

El Arzobispo Escandón no quería bien a Castelfuerte. Por piques de etiqueta, se retiró lo más del tiempo a Surco, que era la residencia rústica de moda. Chorrillos, aldea de pescadores, no servía hasta la segunda mitad del XVIII, sino para excursiones y pachamancas de un día o jornadas de una semana cuando más. A Miraflores y Lurín iban a convalecer algunos enfermos. Surco el Nuevo (el Viejo deshabitado desde el Virrey Toledo, estaba en ruinas, a las faldas del Morro Solar), atraía para largas temporadas, porque se consideraba, por ser descampado y sus buenos aires, como refugio contra los temblores y la peste de viruelas. En el último tercio del siglo anterior, había sido residencia, por más de dos años del Conde de Castellar y su familia, mientras éste rendía cuenta de su administración. Varias familias nobles, no contentas con los ranchos de los indios, habilitaron casahuertas que, abandonadas al fin del XVIII, no han dejado sino vestigios casi imperceptibles, por la fragilidad de sus materiales de adobes y quinchas. Los veraneantes permanecían en Surco hasta bien entrado el invierno por que allí organizaban los paseos a las lomas de Atocongo, en grandes cabalgatas, con música de arpas, y vihuelas, y a veces de violines. Iban a Surco a asistir a la estación de fiestas y toros, y a hacer la corte al achacoso Arzobispo, oidores, títulos y altos empleados de ambas curias, como el Dean D. Andrés Munive, pariente de los Valdelirios, Isásagas y Sierrabellas; el sabio magistrado D. Tomás de Salazar, el canónigo Poveda, los Marqueses de Villafuerte, los Condes de San Juan de Lurigancho, los Pinedas de Guatemala, etc. En Surco fue el comentado noviazgo de Chepita Santa Cruz con D. Francisco Hurtado de Mendoza.

La familia de Santa Cruz pertenecía a los más granados de la nobleza limeña. Aliada en anteriores generaciones con los Isásagas, los Agüero y Añasco, y los Ríos

de Navamuel, condecorada por Carlos II con el título condal de San Juan de Lurigancho, poseía por juro de heredad la tesorería de la Casa de Moneda. El hijo mayor, Capitán D. José de Santa Cruz y Centeno de Chávez, Caballero de Santiago, había sido Alcalde en 1728 y 29 y viajaba por España. El segundo, Diego, en quien al cabo vino a recaer el condado, casó con una Querejazu. Las mujeres fueron por matrimonio Marquesas de Moscoso, Otero y Castellón; pero la más viva, que se llamaba también Josefa (porque estos tiempos fueron de la predominante devoción a San José, difundida desde la reforma carmelita de Santa Teresa), se enamoró del joven D. Francisco de Mendoza e Iturrizarra, aunque por las cartas de Melgarejo se descubre que había el propósito de casarla con novio más opulento. No era fácil que fuera de mejor cuna; pues D. Francisco, hermano del doctor D. Diego y del Rector del Colegio Real de San Felipe descendía de una familia histórica, y era primo de los Marqueses de Corpa y de los posteriores Condes de Monteblanco. Después fue Regidor Perpetuo y Alcalde de Lima, lo cual constituía entonces ejecutoria auténtica. El idilio de Mendoza y la Santa Cruz se realizó en las arboledas frutales de las quintas surqueñas. Fue agitado, volcánico. Hubo que casarlos. Para disipar las últimas resistencias del viejo Conde, se encargó de pedir la mano de la niña el acatado jurisconsulto D. Tomás de Salazar. Se casaron en Lima el 18 de marzo de 1732 en la Casa de Moneda, con plática del Arzobispo; pero se censuró mucho que Mendoza llevara a la novia a vivir en una mera casa alquilada, de la calle del Capón, y mucho más que los esposos se quedaran sin misa al día siguiente, que era día de precepto y el santo de la desposada, porque no salieron ni un instante a la calle y no tenían oratorio. Otras comidillas del chismorreo en los estrados eran las genialidades y extravagancias del Comisario General de la Caballería,

D. Domingo de Oyague, cuñado del Conde del Portillo; y la riña de los gentileshombres y pajes del Marqués de Villagarcía en las fiestas del recibimiento de este Virrey (mayo de 1736) con los colegiales de San Martín, hijos de los oidores Concha, Bolaños, y el Conde de las Torres.

Contrastando con tan frívolo ambiente, hubo un rebrotar de genuina poesía mística, a pesar de cuanto se ha dicho y declamado. Este renuevo de la inspiración de Hojeda, en forma lírica e íntima, se debió al franciscano Juan de Peralta, que nada tuvo que hacer con nuestro ruidoso D. Pedro el Cosmógrafo, ni con su hermano el Obispo de Buenos Aires y la Paz y en el que apenas ha reparado hasta ahora sagazmente, de nuestros investigadores de historia literaria, Ventura García Calderón. El manso y contemplativo Fray Juan de Peralta nació en Lima, el mismo año que su resonante homónimo, el 27 de diciembre de 1663, hijo de Antonio de Peralta y de María Durán. Profesó en Los Descalzos, no sin crisis de escrúpulos, en 1687. Vivió largo tiempo en Huarás, en Pisco y en sus claustros de la Alameda limeña; y en esa recolección murió el 4 de setiembre de 1747, después del gran terremoto, que aseguran había anunciado. Dejó muchas obras inéditas en prosa y verso; pero sólo se imprimieron sus *Tres jornadas del Cielo* (dos ediciones en Lima, 1749 y 1794). No es conceptista ni gongorino, como todos los demás en su derredor. Es un preservado, un rezagado si se quiere. Entre la literatura cortesana de retruécanos y paranomasias, de antítesis y acrobacias retóricas, sigue humilde y fiel la senda de Fray Luis de León y Fray Juan de la Cruz. No siempre rima bien, ni cuenta con exactitud las sílabas ni acierta con la palabra precisa. Alma suave, casi infantil, su llaneza degenera a veces en desgarmo y niñería. No es tampoco de propósito un precursor de la reacción prosaica, la vanguardia de Olavide, Bernardino Ruiz y Valdés, cuya vena devota supera con mucho. Sabe

de conflictos espirituales que sus criollos sucesores no vislumbran o no logran expresar. Ajeno a las alharacas de los vates de certamen, academias y salones, tanto como a las vulgaridades de panllevar del prosaísmo ramplón, se absorbe en el drama interior de la soledad, en el que van las alternativas de la aridez desolada a la efusión de los arrobos:

*Confuso laberinto  
De diversos caminos y senderos  
Forma todo el recinto  
Descubriendo fatales paraderos.*

*Al báculo estribando  
Lleno de sobresaltos y presura  
Las sendas voy tentando  
Para reconocer la más segura.*

*Como niño me has puesto  
Para aprender a andar, a esta prisión.  
Que no está en andar presto  
De este camino real la perfección.*

*Así camina el niño  
Ceñido al andador que se le da,  
Y en él a do el cariño  
De su padre lo llama, sólo va.*

Enamorado de su quietud cenobítica, junto a los pedregosos cerros de Abajo del Puente, o en los vergeles de Pisco y del Callejón de Huaylas, celebra las delicias del retiro campestre:

*Corra por alto mar  
Al aura que le sopla, quien quisiere,  
Que yo no he de levar  
El áncora de tí, mientras viviere...*

*Al campo solitario  
Salgamos dueño mío, a hallar quietud...*

*Dejemos el poblado*

*Al campo vamos, cómodo oratorio  
Para entender lo eterno y transitorio.  
Vamos a las aldeas,  
Donde en feliz simplicidad se vive,  
Huyendo las tareas  
De tanto inútil trato, en que recibe  
Desasosiego el cuerpo, el alma atraso...*

Este pobre fraile, a fuerza de sinceridad y tradición, barrunta el hartazgo de urbanismo y frivolidad, que acometerá pronto a todo el siglo con la reacción de Rousseau, amanerada por Florián y los bucólicos nuevos. Parafrasea con fresco sentimiento el *Cantar de los Cantares*:

*Cristalino licor, agua risueña  
¿Miróse en tí quien verme ya desdeña?*

*Dadme rosas, cercadme de manzanas,  
De aquellas encendidas  
que imitan lo fogoso de las granas.  
¡Influye tú, sol mío, que la flor  
Toda será obediencia y toda amor!*

*¡Oh cristal sucesivo  
Cómo, alegre y festivo,  
Lo verde vas plateando a la ribera!*

Vienen luego las ansias de vida eterna:

*¡Oh Muerte, de la sombra  
No color sólo, calidades tienes!  
Al que de tí se asombra  
Y huye de tus horrores, a ese vienes.*

*Llegue aquel claro día  
Que ponga fin a este morir tan largo  
y de esas llaves el alegre ruido...  
Por verse ya volar suelto y veloz.*

*No serán para mí  
Alas de muerte las que a ti me lleven,*

*Leves penchos, sí,  
De paloma que eleven  
Con manso vuelo y tránsito derecho  
Y todo en aquel mar de luz me aneguen,*

Tal era la música a la sordina que se exhalaba de los conventos de mayor observancia, mientras resonaban los otros con profanidades y escándalos. El Arzobispo Zuloaga, el logroñés enterrado en el Sagrario había prohibido en vano desde 1716 que los sacerdotes llevaran vestidos indecentes, como telas de oro y encajes, y sombreros y zapatos blancos. Escandón combatió el afán adulatorio y los excesos de los propios clérigos que los rodeaban. Había muchos frailes amancebados, excomulgados y apóstatas. La descripción de las relajadísimas costumbres generales se puntualiza en las *Noticias* de Juan y Ulloa, y en los muy significativos edictos del Arzobispo Barroeta, (en especial el del 2 de diciembre 1757). Por más que la decadencia de Potosí, la desorganización del comercio de galeones, y la definitiva segregación de Panamá y Quito en 1739, disminuyeran los recursos, seguían las mujeres limeñas en su lujo proverbial. El traje era muy corto y descotado; las ligas de oro o plata, bordadas con perlas. La ropa blanca se componía sólo de encajes porque la tela, aún finísima, no entraba sino en parte mínima. El calzado, muy ajustado y breve, llevaba hebillas de diamantes y pedrería. Se ponían en la cabeza

tembleques de diamantes; en el cuello, rosarios y cruces de perlas; y un sinnúmero de perlas y diamantes, en manillas y tumbagas. Para vestirse de gala, consumían el capital de la familia. Todavía en 1760, después de máximas calamidades, afirmaba de los limeños el Padre Ribera. "El brillo y lucimiento del ropaje es el feble de este país".<sup>15</sup>

### I I I

Los temblores y los amagos de piratas se sucedían con frecuencia; pero ni unos ni otros, por ineficaces, parecían turbar la perpetua fiesta en que vivía la criolla ciudad derrochadora. Uno sólo de los temblores de menos nombradía, el de la noche de luna del 1º de diciembre de 1732 (hace hoy 205 años), menor que los de 1709, 16, 24 y 25, causó la muerte de cuarenta personas y muchísimos heridos. El 28 de octubre de 1746, después de varios días de extraños ruidos subterráneos, a las diez y media de la noche, sobrevino un espantoso terremoto, cuyos estragos fueron relativamente mayores que los de Lisboa y Mesina ese mismo siglo. En poco más de tres minutos, cayó todo el caserío con mortandad horrible de cuantos no huyeron a plazas y huertas, o se refugiaron bajo los quicios. Hasta el día siguiente se contaron 200 temblores, de remesones muy recios. En el Callao una inmensa ola sísmica hundió 19 navíos, arrojó otros cuatro a lugares muy distantes de la playa, y arrasó el puerto sin dejar más que un corto lienzo de los baluartes. Entre Lima y el Callao, lugares no muy populosos, murieron más de 5,300 habitantes, poco menos de la décima parte de la población; y fueron innumerables los que perecieron a corto plazo, por graves lesiones mal atendidas, como ha-

---

<sup>15</sup> Exequias de Fernando VI.

ber perdido piernas o brazos, y por la peste que cundió en los dos años sucesivos. Siguió estremeciéndose la tierra por más de cuatro meses; y se percibieron, hasta el 24 de Febrero de 1747, 451 temblores, que acabaron de arruinar o quebrantar casi todo lo que subsistía. Juan y Ulloa escriben: "Convirtiéndose en destrozó lo que era la grandeza y hermosura de Lima. Quedaron eclipsadas sus glorias, majestad y riquezas, que la hacían célebre en el mundo". De las grandes iglesias, no se salvaron sino San Francisco y la Capilla de la Penitenciaría en San Pedro. De las casas notables, el Palacio de los Marqueses de Torre-Tagle y una de las mansiones de los Olavides. Entre colinas de desmontes, anidaban los fugitivos o acechaban los bandidos negros.

Renació Lima con lentitud e imperfectamente, porque faltaban los antiguos caudales, con la disminución del Virreinato y del comercio. Monasterios como el de la Encarnación enajenaron sus fincas, y vieron acabada por siempre su opulencia. El terrible descenso se advierte en la relación de las fiestas por la jura de Fernando VI. Corría el año de 1747 y los escombros embarazaban el tránsito de la comitiva oficial. Mucho tuvieron que trabajar el Alcalde Conde de Monteblanco y D. Diego de la Presa Carrillo, que era el otro Comisario de las obligatorias ceremonias reales, para sobreponerse a tantas penurias y obstáculos. La Catedral estaba irreconocible. No se veían casi indemnes sino algunas capillas, la portada principal, y las que en la calle de Santa Apolonia acababa de dirigir el viejo Marqués de Casa-Concha. Los oficios divinos se celebraban en una ramada, en medio de la Plaza de Armas. La Merced había perdido la torre; pero se preservó como en San Agustín, la característica portada churrigueresca, que nuestros tiempos, para mayor lástima, han tenido el despropósito de echar a perder y desnaturalizar. En lo intelectual, no era menos el desánimo. La

loa del clérigo Félix de Alarcón para las citadas fiestas, que se representó en el segundo patio de Palacio antes de una comedia de Calderón, es apocado y triste reflejo de las de Peralta. Mermada en lustres y edificios, la Lima posterior al terremoto creció en área dentro de las murallas, con la urbanización de las huertas en los barrios de Belén, Pampa de Lara y los Naranjos; y con el auge del suburbio de Abajo del Puente, en el largo período de Amat.

Se ha exagerado de manera extraordinaria la influencia de Amat sobre la sociedad limeña, y la de su favorita, la cómica *Perricholi*. Amat no fue querido de la clase superior de Lima, a quien decía desdeñar, ni de los clientes de ella. En fealdad, mal genio y testarudez, lo comparaban con el Conde de Aranda que era algo deudo suyo; lo apodaban por su desgarbo, *el Chueco*, y por su obesidad y pesadez *el Baúl*. Se reían de sus seniles amores y del habla impedida y silbante, por el acento catalán y los dientes postizos. "Propicio a la gente baja, ha maltratado a los nobles y a la magistratura", leemos en el *Drama de los Palanganas*. Desairó en efecto, al Conde del Castillejo, D. Fermín de Vargas Carbajal, quien le ofreció levantar a su costa una compañía de Caballería de la Nobleza, para la guerra contra los Ingleses. El Conde le escribió luego, desde España, una despectiva carta. Los limeños vituperaban mucho los peculados de Amat; y sus dispendios en la quinta del Rincón del Prado, y en la de la Perricholi, llamada del Molino y situada en la esquina de la Alameda de los Descalzos y de la Plaza Navona o Paseo de Aguas. Los periodistas y turistas mal informados se empeñan en regalarle a Miquita Villegas el palacete en Malambo de los mayorazgos de Presa, que eran los Carrillo de Albornoz. Para que todo sea inexacto en esa fábula, que han forjado de consuno la desaprensión y la ignorancia, indican en el fondo del jardín, como retrato de la Perricholi un busto de mármol, traído modernamente

de Génova y que representa un fauno. Por decoro de Lima, hay que prescribir tan risible ficción. En la casa-huerta del Rincón del Prado era donde Amat celebraba sus convites, cuyo ruido perturbaba a las monjas vecinas. Allí el vulgo admiraba o censuraba las salas de techos enserpentados o sean adornados con dragones de estuco; el jardín simétrico a la francesa, el juego de trucos, el estanque, y el teatrillo en que la Villegas representaba comedias, entermeses y sainetes. Otros de los lugares de esparcimiento de la irregular pareja estaban en el Callao, donde los funcionarios de la trasladada Aduana agasajaban con banquetes a la favorita; y en Miraflores, adonde iba Amat a convalecer; y la Perricholi montaba a caballo, vestida de hombre, como la Reina Isabel Farnesio. En Miraflores ofrecían representaciones escénicas y desfile de carros. Iban a pasear a un próximo Cerro de la Arena que no parece la inmediata Huaca Juliana, sino el de Chorrillos, acostumbrada excursión de los Virreyes desde los tiempos de Nieva y de Lemos. Aparecía la cómica con un gran sombrero de plumas y en cabriolé rojo con pasamanería de oro. Algunas señoras principales la acompañaban, y consentían en danzar a la vez que ella; otras, como Doña Marcelina de las Cuentas, adulaban al Virrey por lo que menos tenía, la dócil suavidad, como hubo turiferario que hasta lo llamó *Febo americano* en una loa escénica. Pero la gran mayoría de la aristocracia le era hostil, y se burlaba sin cesar de Miquita y de su anciano amante. Aseguraban que Amat no protegía sino a sus paisanos catalanes, los cuales eran casi todos pulperos. De las fiestas religiosas, la que más honraba era naturalmente la de la Virgen de Monserrate, a cuya iglesia y conventillo concurría a pie todos los años en setiembre, haciendo tender las tropas desde la Plaza de Armas. Descuidó reconstruir las torres de la desdichada Catedral. En cambio, estrenó el templo de Nazarenas, para el cual hubo colecta pública

dos años consecutivos; el recamarín de la Merced, que tiene azulejos de un vistoso rococó; la fachada y torre de San Juan de Dios, el alto campanario de Santo Domingo, la Cancha de los Gallos en la calle de ese nombre, la Plaza de Toros; y el Paseo de Aguas, que quedó inconcluso, entre la Plaza de Otero, los Peines y la Navona. Para casi todas estas obras contribuyó con suscripciones el vecindario. Amat mejoró igualmente el Paseo de la Piedra Lisa y Lurigancho, y el de la Alameda de los Descalzos, que desde mucho antes existían; y para la seguridad nocturna, estableció las rondas y el alumbrado de las calles. Desde el principio de su gobierno, hubo conscripción militar y adiestramiento de milicias, en previsión de ataques de los enemigos ingleses, cuyas velas se divisaron cerca de Santa. Los limeños le reprochaban que la revista militar de Barbones a la Plaza Mayor, en 1771, costó más de cien mil pesos; y que sus mentados batallones eran a la vez quiméricos y lucrativos.

Por oposición, recibieron al Virrey Guirior con transportes de sincero júbilo. Cuando salvó de una grave enfermedad, a mediados de 1780 las congratulaciones fueron muy espontáneas. Culto, fino, prudente y honrado, se hizo el ídolo de la gente distinguida. Decían que había venido a restaurar la decencia y purificar Palacio, porque trajo consigo a su esposa Doña María Ventura, la Virreyna del Perú más celebrada en todo el curso de aquel siglo. Tuvo además Guirior, el mérito supremo de oponerse a la separación del Alto Perú, y a las nuevas contribuciones de Areche que suscitaron la rebelión de Condorcanqui; desastrosas medidas que acabaron de postrar nuestro Virreinato y su capital. D. Domingo Ramírez de Arellano comparaba entonces el Perú con Galicia, región histórica y señorial, descuidada por remota, y muy venida a menos.

En literatura proseguían los certámenes y los elogios, las descripciones de exequias y las parentaciones; pero cada vez peor y ya en pleno descrédito. Había saciedad del gongorismo. Penetraba con intercadencias e incertidumbres, el nuevo gusto francés; se generalizaba la lectura del *Teatro Crítico* de Feyjóo, tan recomendado desde D. Pedro Peralta. Siguieron pronto, bajo capa, los tomos de Montesquieu y la *Enciclopedia*. Aparecían traducciones de Boileau, como la sátira contra los médicos y aristotélicos impresa en Lima el año de 1752. En la relación de la *Pompa funeral por Fernando VI* (1760), se topa con galicismos, como la superflua repetición de los pronombres. En los malos versos de D. Diego Román de Aulestia, hay reminiscencias del terremoto:

*Entre presagios de ruina  
suena el aire, cruje el viento  
La tierra...  
Parece desencajarse  
De sus mas íntimos senos,  
Y con rumor vengativo  
Pone su latir funesto.*

A la fama de Peralta, sucedía ahora la de un joven pariente de los Querejazu, el naturalista Llano-Zapata que en 1750 se ausentaba a España. Entre esta especie de embajadores intelectuales que Lima enviaba a Europa, al polígloto y erudito Marqués de Valleumbroso reemplazó el inquieto Olavide.

En filosofía, el franciscano español Soto y Marne, Catedrático de Prima de Scoto en San Marcos, se afanaba por armonizar a escotistas, tomistas y suaristas. Adelantaban los estudios de matemáticas, física y medicina, bajo la dirección del aragonés D. Cosme Bueno. Con la expulsión de los jesuitas y el establecimiento del Convictorio de

San Carlos, refundición de los Colegios Viejos de San Felipe y San Martín, se inició la reforma de los estudios, que en muchos casos equivalía a la extranjerización y al filosofismo enciclopédico. El Colegio del Príncipe de Esquilache para indios nobles, se mudó del cercado al antiguo de San Pablo, actual Biblioteca; y no limitándolo ya a los hijos de los Curacas, sino extendiéndolo a criollos blancos. Amat lo puso bajo la dirección del abate vasco-francés Juan de Bordenave. En los cursos universitarios se señaló como texto el de Heinecio para Derecho Natural, y para teología el benedictino Cartier y el oratoriano Juan Bautista Duhamel; pero, como parece mal inveterado en el país la ambigüedad de doctrinas, se añadió el semi-jansenista Honorato Tournely. Las consecuencias se palparon poco después, con el clero cismático que fue el de los contemporáneos de Vigil. Hacia 1790, en el libre campo extrauniversitario, el filósofo admirado era el abate sensualista Condillac.<sup>16</sup> Para contener la inundación de libros prohibidos, como los de Raynal, Marmontel y Rousseau, se les ocurrió la idea irrisoria o traidora de comisionar como censor y visitador de librerías al mismo Padre Jerónimo Fray Diego Cisneros, insigne volteriano que era quien los introducía y distribuía en gran escala. D. José Baquíjano, en las aprobaciones y censuras que por esta época escribió (como son la de un folleto del cura Castro, y la de un sermón del Padre mercedario Fray Cipriano Jerónimo Calatayud y Borda), no obstante las precauciones oratorias que emplea, deja traslucir su volterianismo. Baquíjano, a quien a la sazón los inquisidores calificaban de *libertino*, se mostraba muy galicista en fondo y forma: en vez de *obra maestra* estampa *jefe de obra*, en la citada censura encomiástica del *Sermón* de Fray Cipriano Calatayud y Borda (Lima, 1783).

---

<sup>16</sup> *Diario de Lima*, número del miércoles 17 de noviembre del referido año.

La predicación se saneaba de las deformidades gerundianas. Comenzó la relativa limpieza desde el Jesuíta arequipeño Juan Bautista Sánchez, Rector del Colegio limeño de San Martín, maestro en el de San Pablo y la Universidad de San Marcos, y autor de la *Oración fúnebre de Fernando VI* (1760). Continuó y amplió la necesaria depuración del gusto el Obispo del Cuzco, D. Agustín de Gorrichátegui, natural de Panamá, educado por los jesuitas en Lima, Cura del Sagrario y Rector once años del Seminario de Santo Toribio. En su *Oración Fúnebre por la Reina María Amalia* (1761), se advierte algo de lo que los contemporáneos con harta benevolencia graduaban de "elocuencia vehemente y viril, y madura y castiza prosa". Fue el educador del recordado Baquijano y de la docta Marquesa de Casa-Calderón. Siguiendo la corriente, el agustiniano Padre Suero, en una publicación de 1786, se indignaba contra los relatos antañones de pompas fúnebres "insubstanciales, indigestos, llenos de equívocos y conceptillos".

Después del desbroce, la cosecha literaria se hizo esperar muy largo tiempo. Fue innegable el progreso de la instrucción, *de las luces*, como ellos decían, mas en bellas letras la aridez se hizo desértica absoluta.

A fines del siglo XVIII Lima contaba con tres periódicos noticieros, el *Diario* de Bausate, el *Semanario* y la *Gaceta* de Guillermo del Río; y una revista científica de tanto mérito como el *Mercurio*. Los versos y los artículos de mera literatura que en ellos se publicaban, son del más rastrero e increíble prosaísmo. Los retóricos de principios del siglo, Granja, Bermúdez, el mismo Peralta, se asemejaban a los tallados y estofados retablos de sus iglesias, con dorados excesivos, ángeles mofletudos, taraceas y espejerías, frontales de plata y flores de briscado; estos, a cuatro tablas de pino sin pintar. Los primeros eran todos especies picantes, abultados hojaldres y azucarados dulces;

los nietos se habían reducido a la dieta más insípida. La reacción, como suele suceder, se había excedido lamentablemente. Esto en el lirismo; porque en el teatro, reformado en el período del Virrey Croix (1786), seguían atronando nuestro viejo coliseo las comedias de Zamora y Cañizares, la degenerada prole del gran Calderón, los indignos adversarios de D. Leandro Moratín. Para el recibimiento del Virrey O'Higgins (10 de agosto de 1796), se dió una pantomima con sumos de neoclásica, en que intervienen Damón y Dorila, Venus y Diana, de la mayor ramplonería imaginable. No pasaban de infelices copleros los que proseguían la cansada y servil tarea de relatar fiestas reales, como *El sol en el mediodía* para la exaltación de Carlos IV, por el andaluz Terralla y Landa, el propio que después nos ultrajó con el pseudónimo de *Simón Áyanque*, y logró el triste honor de ser uno de los más soeces en la caterva de los detractores de Lima. No lo es por cierto el agudo Concolorcorvo, que en su *Lazarillo*, anterior veinticinco años a la *Lima por dentro y fuera* de Terralla, nos trazó la fidedigna y viviente imagen de nuestra capital dieciochesca. Entre las señoras de Lima, habla de "ninfas cuyos entretenimientos son elevadas composiciones en prosa y verso". De estas continuadoras de la Andrade y de las monjas letradas se nos ofreció como la más notable, bajo las nuevas influencias francesas, Doña Manuela de Orrantia, hermana del conocido Oidor D. Domingo y relacionada del académico español D. Agustín de Montiano y Luyando, el que fue primer Director de la Academia de la Historia. La tertulia de la Orrantia era un verdadero salón literario. Digna continuadora de las letras y tertulia del Marqués de Casa-Calderón fue su hija la Marquesa Doña Juana, que ya he nombrado, tan instruída en idiomas, poesía e historia y traductora en verso del *Cantar de los Cantares*. No son de olvidar, en la siguiente generación Doña Rita Unamunsaga, amiga de los

del *Mercurio Peruano*, y Doña Isabel de Orbea, muy del mismo grupo, lectora de los enciclopedistas. De las distinguidas meramente por sus dotes organizadoras y benéfica actividad social, no puede omitirse a Doña Mariana de Querejazu y Santiago-Concha, hija del Oidor decano de Lima D. Antonio Hermenegildo, antes Presidente de Charcas. Se casó algo madura con D. Jacinto Rudecindo de Seguro, antiguo y aprovechado Colegial de San Martín, que no igualaba en calidad a los maridos de las demás hermanas, y era endeble de salud y complexión. De ella sabemos, por una carta que escribió a su hermano D. Agustín el Obispo de Trujillo Martínez Campañón, que gustaba de leer obras de historias eclesiásticas y profanas, y que hacía sus delicias de los centones o traducciones del conocido polígrafo español tradicionalista D. Francisco Nifo, el tan zaherido por el extranjerizado Moratín. Doña Mariana de Querejazu había heredado sobre todo la actividad y condiciones de mando del padre, que tanto se desveló en su vejez por el mejoramiento de la ciudad, sus alamedas e institutos de beneficencia. La llamaban *el tercer poder de Lima*, después del Virrey y del Arzobispo. Fue la asidua protectora del Refugio. La superaba en locuacidad, intrepidez, y férreo imperio, hasta parecer su caricatura, Doña Josefa de Silva, mujer del Rector de San Marcos, el Coronel D. Félix Morales de Arámburu, Alcalde en 1764. Los limeños, siempre burlones, fingieron e hicieron imprimir en 1771 una carta del filósofo conquistador Federico II de Prusia en que felicita a la Coronela criolla por su elocuencia y marcialidad. Tampoco faltó por desgracia, en estas postrimerías del XVIII, el tipo goyesco de la gran señora desenvuelta y maja; y como las rápidas semblanzas de limeñas pueden interesar a este auditorio femenino, séame lícito recordar en esa clase y traspasando un poco los límites del siglo propuesto a Doña Clara Buendía, Marquesa de Castellón por derecho

propio desde 1808, que no era por cierto ni una beldad ni una literata, pero muy afecta en su juventud a las crudas novelas francesas de Crebillón y Diderot, por lo que la denunciaron a la Inquisición; que cuando fue Vicepresidenta de la República, en el período de Torre-Tagle, se montaba en los cañones para disparar las salvas; y que llenó con el ruido de sus aventuras y peripecias la crónica social escandalosa en el primer tercio del XIX.

La Lima de los Virreyes Croix, Gil de Taboada, y O'Higgins se consoló del menoscabo en su comercio y en el número de las provincias a que había presidido. Se adaptó a su disminuída situación. Ya nadie podía dar las cacerías y banquetes con que en 1687 el Conde de Torres agasajó al Duque de la Palata. Desde la creación del Virreinato de la Plata y desde la pragmática mercantil de Carlos III el año de 1778, en sentido librecambista, casi ningún patrimonio en Lima pasó de la medianía. Los mayorazgos, empeñados por el juego y los censos. Hubo apenas convalecencia, como tantas otras que luego la época republicana ha presenciado: apacible aunque efímera, pálida, un poco gris. Si no el esplendor de la hegemonía abolida, Lima recuperó la tranquilidad y comodidad. La desgraciada Catedral quedó desde entonces mediocre, fea, trunca, aguardando las torres, que no se acabaron sino al finalizar el siglo. Se perdió en ella el *San Cristóbal* pintado por Alessio, cuya imitación resultó menos que mediana. No se logró reedificar en el trascoro la capilla de la Antigua, patronato de la Universidad; y se substituyó por el altar de la misma advocación, obra neoclásica de D. Matías Maestro, que hemos alcanzado hasta después de 1895. Pero otros templos restauraron casi todas sus riquezas, como La Merced, San Francisco y San Agustín, hoy tan desfigurados, en que los retablos respectivos de la Virgen, San Antonio y el Santo Cristo de Burgos, deslumbraban con la profusión de cha-

perías de oro y plata, desaparecidas en el caos de la República. La ciudad conservaba su sello, su aire criollo, risueño y lánguido, andaluz, semimoruno; las meriendas en las huertas del Cercado, bulliciosas tardes de toros, desfiles de la Alameda; iglesias claras, churriguerescas y coruscantes; profusión de torres macizas, de miradores y de medias naranjas; las calles con balcones cerrados y afiligranados; ventanas de rejas salientes, con hierros de labores complicadas; el color local que hubiéramos debido retener con celo y cariño; pues quien no quiere los recuerdos, edificios y costumbres regionales, no puede de veras amar a la Patria.



V I I

FELIPE Y MANUEL PARDO

Discurso pronunciado el 23 de enero de 1935 en el homenaje de la ciudad de Lima —durante las fiestas de su cuarto centenario— a don Felipe Pardo y Aliaga y a don Manuel Pardo y Lavalle al colocarse dos placas conmemorativas en la casa de los ilustres limeños. Se publicó en *El Comercio*, de Lima, el 24 de enero de 1935, p. 5; en *La Prensa*, de Lima, del 24 de enero de 1935, p. 1; en el libro titulado: *Centenario de Manuel Pardo 1834-1934*, (Lima, Lib. e Imp. Gil, 1935, pp. 246-254); y finalmente en *Por la Verdad, la Tradición y la Patria* (Opúsculos), Lima, 1937-1938, t. II, pp. (275)-282.

Este enjuiciamiento de Felipe y Manuel Pardo debe confrontarse con las páginas dedicadas al primero en el capítulo correspondiente de *Carácter de la Literatura del Perú Independiente* (V. el t. I de estas *Obras Completas*, pp. 111 y ss.) y con el discurso sobre Manuel Pardo escritor, que se publicará en el tomo de las *Obras Completas* que reuna los estudios históricos de Riva-Agüero sobre la *Independencia y la República*.

**V**ENIMOS a inaugurar las inscripciones conmemorativas de dos verdaderos prohombres limeños, padre e hijo, D. Felipe Pardo y Aliaga, y D. Manuel Pardo y Lavalle, insignes políticos y escritores, poeta satírico y dramaturgo el primero, economista y crítico histórico el segundo, estadistas prominentes ambos que, contrarrestando las disociadoras tendencias del medio sudamericano, y de aquellos anárquicos y calamitosos tiempos, acertaron a imprimir, en sus vidas y su tradición familiar, que ha continuado feliz y dignamente, un sello de cívica majestad, digno de los más auténticos patricios de la antigua Roma republicana.

No sientan mal ciertamente los recuerdos clásicos al tratar de los Pardos. Felipe, hijo de un gran magistrado, nacido y criado en el mundo de la toga y de los áulicos Consejos, discípulo predilecto de Lista, y afectuoso amigo de Ventura de la Vega y de D. Andrés Bello, vino a ser entre nosotros acabada representación y símbolo de la

cultura literaria, de la pulcritud moratiniana y del humanismo genuino. Si como decía *Juan de Arona*, Segura es nuestro Plauto, Felipe Pardo, a no dudarlo, es nuestro ático Terencio. Sus ingénitas dotes de buen gusto y de finura se acrisolaron con la esmerada educación que recibió en Madrid, de tan acendrados maestros como D. Alberto Lista y D. José Gómez Hermosilla; y aunque él, con sus variadas lecturas y experiencias, ensanchó y enriqueció luego el harto rígido ideal poético en que sus preceptores madrileños lo formaron, le quedó siempre el amor a la nitidez y a la perfección, el anhelo de orden y lógica, de racionalidad, regularidad y precisión, que son virtudes a la par estéticas y éticas, disciplinas saludables para lograr lo bello y lo bueno. Advirtamos, en efecto, Señores, cómo los opuestos vicios de estilo, la incoherencia, la declamación, la hinchada rimbombancia y la bambolla, suelen aliarse con inferioridades, máculas y aun monstruosidades morales, porque todas las sombras son hermanas. Contra ellas es el diáfano y cristalino Felipe Pardo uno de los mejores antidotos en toda nuestra literatura.

Antes de regresar al Perú, Pardo traduce en Madrid, en 1827, cuando no contaba sino veintiún años, la oda primera y todavía clásica del joven Víctor Hugo a la *Columna de Vendome*, luciendo en su versión mucho de la robustez rítmica y la corrección bruñida que ostentaba entonces D. Juan Nicasio Gallego. Las mismas condiciones caracterizan la férvida exhortación a Olmedo, compuesta en Lima, en 1829. Las musicales estrofas de *La despedida*, fechadas en Gibraltar el año anterior, al emprender el viaje de retorno a América, ofrecen quizá a través de Arriaza, un eco de las dulzuras de Metastasio. Igual elegancia italianista, bebida en Meléndez y Moratín, con variedad melódica de metros (como en *Los Padres del Limbo* de este último), hay en la *Cantata a la entrada del año*, que es también de 1829. Vienen enseguida las pulcras

composiciones *A Rosa* y *Elegía en la muerte de Joaquina*. Al investigador curioso de los pormenores de nuestra historia social y literaria, interesará tal vez saber los nombres completos de estas primaverales musas de Pardo. La esquivada y burlona Rosa, celebrada en aquellos fluídos heptasílabos, era la Díaz de Rábago y Avellafuertes, que casó después con un Puente; y la malograda Joaquina, llorada en la *Elegía*, era la Moreyra y Avellafuertes, prima de la anterior. El puro y armonioso lirismo del recién venido, repercutía, como una alegre y luminosa reacción, en nuestro ambiente limeño, al cual el gran guayaquileño Olmedo no pertenecía sino por fugaces temporadas. Fenecidas ya las contradictorias plagas del gongorismo y conceptismo, que duró hasta después de mediado el siglo XVIII, y del prosaísmo y la afectación pastoril, que se arrastraron lánguidamente entre nosotros hasta principios del XIX (de ello no están exentos ni Olavide, ni Melgar, ni Valdés), el mal gusto retoñaba en otras formas, con el énfasis y la sensiblería aprendidos en Rousseau, asociados a veces, en contubernio extraño, con los más fósiles rezagos de antiguas modas españolas. La moratiniana factura de Pardo remontaba muy por encima; y saltando esos escombros, hacinados en la lentitud e incuria semiprovincianas, reanudaba la tersa y apacible expresión de los tercetos y sonetos que aquí se habían escuchado al comenzar el siglo XVII, con las poetisas anónimas y Diego Mejía de Fernangil. Ni era de maravillar tal coincidencia al cabo de doscientos años; porque las escuelas neo-clásicas de Salamanca y de Sevilla, cuyas influencias concurrían en los versos de Pardo, se inspiraban, del propio modo que las antecesoras españolas de iguales focos en los siglos de oro y las análogas italianas, en los modelos que encaminaron a nuestros mejores ingenios del primitivo Virreinato. Volvían a deleitarnos reminiscencias de Horacio y Tibulo, Terencio y Marcial, combinadas con semejanzas

de Alarcón y Salas Barbadillo. Restaurar, en estas tierras olvidadizas, parece ser la más expedita manera de purificar y regenerar. A este desbroce literario, y en especial dramático, se dedicaron D. Felipe Pardo y su compañero D. Antolín Rodulfo, desde las columnas del segundo *Mercurio Peruano*, bajo la dirección de D. José María Pando, diplomático y escritor cultísimo. A veces el desatino se presentaba cubierto con los ropajes de lo tradicional, y no obstante había que acometerle sin vacilación. Sucedió así con la *Raquel* de García de la Huerta, famosa y altisonante tragedia de los tiempos de Carlos III, que aun conservaba ciegos panegiristas en Lima. Entusiasmarse con ella hacia 1830, equivalía a lo que hoy podría ser para nosotros enloquecer de admiración ante los más convencionales dramas de Pérez Galdós o Echegaray. Porque para la introducción del romanticismo en el Perú, que este culto de Huerta disparatadamente preludiaba, faltaban todavía muchos años y bastantes requisitos; y con *Raquel* no se trataba de una obra de belleza intrínseca y duradera, sino de mérito muy relativo y circunstancial. El mencionado D. Vicente García de la Huerta fue, en la España del siglo XVIII, un versificador sonoro, ampuloso y estrafalario, detractor feroz de la fama de Cervantes, polemista sin cultura ni sindéresis, que para colmo de extravagancias se había forjado una ortografía propia, y estampaba de continuo *Hespaña*, con *h*, y *Sevilla*, con *b*, por todo lo cual se concitó la mofa de los literatos de buenas letras, y entre ellos la del grave Jovellanos en sus romances y jácaras a *Antioro*; no de otro modo que como aquí hemos dado en la inaguantable y pedantesca flor de escribir *Cusco*, *Huarás* y *Tumbes* con *s*, proscribiendo sin razón alguna de peso la secular y universalmente popularizada *z* de aquellos nombres geográficos, cual si se pudiera adoptar a estas horas y a medias un sistema ortográfico de fonética inconsecuente y estrechamente localista. Al

desterrar de la escena limeña, o poco menos, a Huerta, con la polémica entre el *Mercurio* y el *Telégrafo*, y la sátira en tercetos *A Salvagio*, Pardo vengó los manes del sumo Cervantes, y los entonces recientes y frescos de su tan preferido *Inarco Celenio*, D. Leandro Moratín. Le restaba sin embargo por hacer, en obsequio de éste, lo más importante: aplicar la fórmula dramática moratiniana a la realidad criolla, y dotar el Perú de un teatro clásico nacional. La empresa era difícil e inédita, pero no la rehuyó. Lima, tan aficionada desde su infancia al arte escénico, había tenido comediógrafos, escritores de loas y de autos sacramentales, a partir de Floristán de Lasarte y Alonso del Aguila, hasta el Padre jesuíta Pedro López, el Licenciado Urdaide, D. Pedro Peralta y D. Pedro José Bermúdez de la Torre; mas lo poquísimo que de ello se ha salvado (prescindiendo naturalmente aquí del teatro quechua del Cuzco y la Sierra), parece indicar que esa producción intermitente no había alcanzado aún, como tampoco en las otras secciones de Hispano-América, la madurez de la originalidad regional. Pardo la obtuvo desde el primer intento, con *Los frutos de la educación*, preciosa comedia de costumbres, que se estrenó en Agosto de 1829, y triunfó a pesar de las severas críticas que contiene contra la vida doméstica criolla y de las airadas protestas consiguientes. Fue, pues, el iniciador y padre de nuestro efectivo teatro de la pasada centuria, exiguo en repertorio pero sazonado en calidad; y le lleva a su competidor Segura conocida ventaja, no sólo en tiempo, diez años cuando menos, sino en plan, arreglo y estilo, según es fácil de comprobar, cotejando estos primorosos *Frutos de la educación* con *La saya y el manto* y *La Mozamala*, que son, por primogénitas y hasta por el tema, las correspondientes piezas de Segura, ya que *El Sargento Canuto* del mismo no pasa en sentir general de un humilde entremés. No variaría mucho la proporción si extendiéramos el examen

a las restantes comedias y artículos de costumbres de dichos dos émulos criollos. No es esto rebajar a Segura, ni negar sus prendas muy positivas; pero la verdad es que Pardo describe los tipos populares, los carnavales ruidosos, los banquetes y bailes rústicos, las mulatas de monjas y el habla de los negros esclavos, con igual fidelidad que aquél, con igual extraordinario brío, y a la vez con urbanidad, tacto y donosura incomparables. Sus estudios costumbristas del *Espejo de mi tierra*, compiten con los de Larra. El inolvidable *Niño Goyito* es la sátira saladísima de aquella pereza, flojedad y molicie que, descendiendo de la clase superior a la media y a la muchedumbre, ha constituido la profunda causa de nuestra decadencia y desventuras. En otros ensayos míos tengo dicho ya que D. Felipe Pardo, por su criollísimo teatro, su *Espejo de mi tierra*, y su inconcluso poema *Isidora*, hermano menor de los de D. José Joaquín de Mora y de *El proscrito* de D. Andrés Bello, es el antecedente directo del excelso tradicionista D. Ricardo Palma.

El jardín poético de Pardo semeja una antigua quinta del Cercado, como la que en su D. *Leocadio* evoca; pero por todo extremo aseada y nítida, de pulquérrima aristocracia y virreinaticia distinción. Las salas, antecuada y cuadra de recibimiento muestran, más arriba de los alizares de azulejos, ricas tapicerías y lienzos de Goya; los techos y las antepuertas tienen pinturas de *tapadas*, de mano de Pancho Fierro, al lado de rosadas ninfas de discípulos de Mengs; y no faltan en las consolas, junto a los búcaros y a las cajas enconchadas, algunas novedades inglesas, como grandes y dorados relojes de bronce. En los cenadores del huerto fragante, bajo los emparrados y el tendido follaje de las peruanas granadillas, entre los chirimoyos y los naranjos, se alzan bustos marmóreos y mitológicos de la escuela de Canova. Desde las galerías y miradores de la quinta artística, situada a muy superior

nivel sobre los tapiales y terrosos callejones del valle, se descubren los arrabales de Lima, sus plazuelas y barrios más bulliciosos, donde a las *nochebuenas* de la Colonia han sucedido los motines electorales y los oscuros pronunciamientos cuarteleros. Por ellos el refinado poeta vió invadido y saqueado su ideal palacete campestre. La beoda turba ultrajó las hermosas estatuas, rompió los muebles clásicos y gentilicios, destruyó o truncó las alhajas tradicionales más preciadas; y sólo en el ocaso angustioso de su vida, paralítico y ciego, pudo el literato eximio acogerse a la paz del hogar, y en la quietud melancólica que sigue a los desastres, ponerse a advertir y recontar, con amarga sonrisa más desgarradora que las lágrimas, los destrozos causados por el infantilismo y el vandalismo de la demagógica inconsciencia. Esa entristecida sonrisa fue su sátira política, la porción culminante de sus escritos.

Arrepentido de muchas de sus personalísimas diatribas contra la Gran Confederación de Santa Cruz, cuyos gamarristas adversarios lo engañaron y burlaron, casi no dió cabida a aquéllas en la definitiva colección de sus obras. Poseemos en cambio íntegras las que le dictó el espectáculo de la izquierdista temporada de 1855 a 1860. De allí nacieron, como invectivas reaccionarias, los mejores sonetos epigramáticos, *El Rey Nuestro Señor*, *La triste realidad*, el poema satírico *La Constitución* y la inmortal *Epístola a Delio*, que todos los peruanos deberíamos saber de memoria. Sus justos improperios se desbordaban, en las nobles octavas de *El Perú*, contra la *plebe ociosa*:

*Que en la inacción y crápula vegeta.  
Es tiempo ya que activa y ardorosa  
Se afane por su bien, cual bulle inquieta  
Cuando, al influjo de anarquista aleve,  
A trastornar la sociedad se mueve.*

Y con más severo enojo tronaba contra los pseudo dirigentes, laxos y tímidos, que

*En torpe sueño, ceden sin aliento  
El campo a la atrevida turbulencia.*

Santamente airado, desolado en su patriotismo, como se lo cantaba su amigo el romántico Arnaldo Márquez, envejeció y murió el vate valetudinario. Su mejor discípulo, su vengador y el ejecutor de lo esencial de su programa, fue su hijo D. Manuel, cuya ínclita memoria y cuyo martirio hoy también conmemoramos.

En las termas de Yura, el año de 1843, no tenía Manuel sino diez años, cuando su padre le dictaba las estrofas de *La lámpara*, himno espléndido de esperanza y alegría por la ascensión del caudillo conservador Vivanco, y que entre las classicistas poesías de D. Felipe, compone una vibrante excepción romántica, como lo son *La jura de la Reina Cristina* y *El nacimiento del Príncipe Imperial* entre las de su parecidísimo coetáneo y compañero Ventura de la Vega. Bien aprovechó Manuel la substancia de estas primeras lecciones. D. Felipe transmitió a su hijo toda su entrañable devoción por la figura histórica del chileno D. Diego Portales, que D. Manuel expresó luego por su parte en términos tan encarecidos como si presintiera que habían de tocarle igual glorioso destino e igual sangriento fin. Aunque crecido y educado en tiempos del general contagio del liberalismo, D. Manuel, si nó en lo económico, en lo político y social tuvo como maestros preferidos a los más firmes amigos paternos: Bello en Chile, D. Bartolomé Herrera en el Perú, el Conde de Cheste en España. Por eso en el sagaz y enjundioso prólogo crítico que escribió para las obras de su padre, y que bastaría a justificar por sí solo que hubiera heredado su puesto de Académico Correspondiente de la Lengua,

decía reivindicando todo lo fundamental del programa ideológico de D. Felipe: "Derrumbado el edificio colonial, no hay que conservar sino la religión y el idioma" Preservaba así las dos esencias intangibles, que restituyen lo demás por añadidura: la tradición espiritual del fondo, la de la conciencia, la moral y la Iglesia, y la de la forma, o sea la expresión literaria. Con la íntegra subsistencia de ambas, quedan salvos los cimientos del heredado y castizo albergue; y ambas las guardó en definitiva, no obstante los tanteos y maléficos soplos de aquella ambigua e insegura época. La actividad política de D. Manuel está prefigurada, anunciada y anticipada en los versos de D. Felipe. Al propio tiempo que éste redactaba la sátira de *La Constitución*, preparaba su fiel hijo, con las mismas tendencias, para la *Revista de Lima*, los célebres artículos económicos y de Ciencias Sociales en que ya campeaba la robusta y abundante prosa, de enérgicas sentencias y visos metálicos, que había de lucir después en los mensajes presidenciales y en el largo estudio sobre el *Belgrano* de Mitre. Los primeros escritos de Manuel Pardo, por los asuntos, móviles y estilo, recuerdan mucho los del gran Conde piemontés Camilo de Cavour, con quien tuvo Pardo tántas analogías de orígenes, cualidades, ocupaciones y temperamento. Si el éxito de la tarea fue en los dos tan diverso, la culpa estuvo en la diferencia del ambiente. No careció Manuel Pardo de amigos y colaboradores abnegados, que con él no vacilaron en ir hasta el sacrificio; mas por desgracia, la mayoría del país se resistió a las necesarias reformas, y en vez de ansiar como en Italia unidad, regeneración y fuerza, no aspiraba sino a disolverse en el ocio, la relajación y el desorden. No pudo sanar y engrandecer a su patria, como Cavour lo hizo. El medio, falto de jerarquías y de suficientes elementos consolidados, le impidió desplegar todas sus facultades geniales, y le impuso aplazamientos y transacciones que

fueron yerros. Pero si su suerte le negó llevar a término la redentora faena, de cuyo impulso vivimos y que todos nosotros estamos en la obligación de proseguir, a lo menos la saña de sus enemigos le brindó con lo que vale más que el triunfo: la suprema grandeza, la altísima consagración de la muerte heroica y trágica. Julio César de la legalidad, superior en empuje al Conde Rossi, cayó como ellos romanamente, asesinado a tracción en el Senado que presidía. A esta su casa trajeron su desgarrado cadáver hace cincuenta y siete años, antes que a la solemne capilla ardiente en Santo Domingo; a esta casa donde lloraba los resultados de la abnegación del prócer su atribulada familia, su esposa, su madre y sus tiernos hijos, y donde no hacía aún diez años, había expirado su doliente padre, el insuperable poeta. En el cuarto centenario de la ciudad, recordamos a ambos, colocando, en las ya históricas paredes, inscripciones que resarcan y apologizan la cultura y el carácter de Lima, porque perpetúan la memoria de dos de sus más preclaros hijos. Persuadidos estamos, porque confiamos en la nobleza, continuidad e inintermitido mejoramiento de nuestro Perú, que rodeados de ferviente celo patrio, se conservarán estos signos de gratitud y de honor; y que, como reliquia pública, subsistirá muy largos años esta leyendaria morada, ejemplar en su modestia, casi intacta en su venerable arcaísmo, contrastando con los vulgares palacios de los advenedizos, y testimoniando, con estos sus epígrafes y todo su aspecto, las fuertes virtudes que demandan el servicio de la república, y el fecundo cultivo del corazón y la mente.

VIII

RICARDO PALMA



El Inca Garcilaso y don Ricardo Palma fueron las dos figuras literarias peruanas que más constantemente interesaron a Riva-Agüero. Amigo de Palma, fue su más importante exégeta desde su obra juvenil, *Carácter de la literatura del Perú Independiente*, en la cual, pese a sus pocos años y a la admiración que sentía por el autor de las *Tradiciones Peruanas*, lo enjuicia en forma objetiva —y algunas veces con cierta severidad—, tratando de precisar el contenido de las "Tradiciones" y las principales influencias que ellas revelan.

En el presente capítulo se reúnen hasta siete textos de Riva-Agüero, de diversas épocas, sobre Palma y su obra literaria. El primero es el discurso pronunciado en la velada en homenaje a D. Ricardo como desagravio por su separación de la Biblioteca Nacional, que se publicó íntegramente en *La Prensa de Lima*, del 12 de marzo de 1912, pp. 1-2, y parcialmente en *Varietades*, N<sup>o</sup> 211, Lima, 16 de marzo de 1912, p. 327. El segundo artículo, firmado en Biarritz en noviembre de 1919, con motivo de la muerte de Palma, se publica primero en el *Bulletin de L'Amérique Latine*, N<sup>o</sup> 1, 2 y 3, París, oct.-dic. de 1919, pp. 1-20, luego en el *Mercurio Peruano*, N<sup>o</sup> 19, Lima, enero de 1920, pp. 3-19, en *La Prensa*, Lima, 11 de octubre de 1921, en *La Crónica*, Lima, 11 de enero de 1920 y en una edición española de las *Tradiciones* (Madrid, Espasa-Calpe, 1935, T. IV, pp. (5)-20. El tercer texto es el artículo

titulado *El Monumento a D. Ricardo Palma*, aparecido en *El Comercio, de Lima*, el 14 de agosto de 1932, seis meses antes de cumplirse el centenario del nacimiento de Palma, con el propósito de mover a la opinión pública y a las instituciones para que se decida la forma y la ubicación y se acelere la construcción del monumento al tradicionista. Ese artículo tuvo resonancias y una consecuencia de ellas es la carta de Riva-Agüero al Dr. César Revoredo, aparecida en *El Comercio de Lima*, el 18 de agosto de 1932, p. 7 y que lleva el Nº 4 en este capítulo; ambos textos, artículo y carta, se reproducen también en *Por la Verdad, la Tradición y la Patria*. Opúsculos. (J. J., Lima, 1937, pp. 343-354). En quinto lugar aparece el *Elogio de D. Ricardo Palma*, pronunciado en la Sociedad "Entre Nous", el 7 de febrero de 1933 en la conmemoración del centenario de su nacimiento. Esta pieza, que resume todos los escritos anteriores de Riva-Agüero sobre el tema, se publicó parcialmente en los diarios y periódicos limeños de entonces y se reprodujo, con ligeras correcciones del autor, en el volumen conmemorativo del centenario (Ricardo Palma. 1833-1933. Lima, Sociedad Amigos de Palma, 1934, pp. (15-42) y en *Por la Verdad, la Tradición y la Patria*. Opúsculos, J. J., Lima, 1937-1938, pp. 405-428 con el título de *Homenaje centenario a D. Ricardo Palma*. Con el epígrafe *Comentario a la conferencia de Jorge Guillermo Leguía sobre Palma*, se publican en sexto lugar las palabras de Riva-Agüero al final de ese acto (realizado en la Sociedad Geográfica el 13 de febrero de 1933). Inéditas hasta ahora, Riva-Agüero preparó la versión mecanográfica de ellas, con alguna corrección manuscrita suya, y la añadió al final del folleto *D. Ricardo Palma por Jorge Guillermo Leguía* (Lima, 1934, 42 pp.), de su propiedad, que hoy se guarda en la Biblioteca del Instituto Riva-Agüero. El último escrito de Riva-Agüero dedicado a Palma es el discurso pronunciado el 25 de enero de 1935 en la ceremonia de colocación de la primera piedra de su monumento, que aquí aparece en séptimo lugar. Ese discurso se publicó en *La Prensa de Lima*, el 26 y 28 de enero de 1935, en *El Comercio, de Lima*, del 28 de enero de 1935 y se recogió luego en su libro titulado *Discursos Académicos* (Lima, 1935, pp. 35-43).

Estos siete textos deben confrontarse con las nutridas páginas sobre D. Ricardo en el *Carácter...* (Obras Completas, J. J., sobre todo las páginas 176-203) y con los dos

trabajos sobre *Angélica Palma*, que forman el capítulo XIV de este tomo.

No existe aun un estudio integral sobre la vida, la obra, el estilo y la influencia de don Ricardo Palma en nuestra literatura. Algunos de los diversos ensayos de Raúl Porras Barrenechea son posteriores a los de Riva-Agüero e interesa por tanto mencionarlos aquí: Tres ensayos sobre Ricardo Palma (Lima, Lib. Mejía Baca, 1954. 59 pp.) que contiene sus estudios sobre Palma satírico, Palma romántico y Palma y Gonzalves Díaz, y su extenso estudio preliminar al *Epistolario de Palma* (Lima, Ed. Cultura Antártica, 1949, T. I, pp. IX-XXVII). La más completa bibliografía sobre Palma es la reunida por el propio Raúl Porras Barrenechea, que se publica al comienzo de la reciente edición limeña, en seis tomos, de las *Tradiciones* (Lima, Lib. Internacional del Perú, 1959, T. I, pp. VII-LXXXI).



LA GRAN VELADA EN HONOR DE  
D. RICARDO PALMA. (1912)

Señor don Ricardo Palma:

**E**STE rendido homenaje de admiración y cariño constituye el solemne desagravio que la sociedad de Lima y por su medio el Perú todo os ofrecen de las culpas de infieles representantes, y constituye también el cumplimiento de una obligación nacional, que las actuales circunstancias han hecho aún más imprescindible y urgente. La alteza de vuestra fama y el mérito de vuestra calidad literaria, reclamaba desde hace mucho tiempo que nuestro país, del que sois orgullo y consoladora gloria, os tributara, en ceremonia pública, demostración semejante a las que en el siglo pasado hizo España a Quintana y Zorrilla. Rehusásteis, pocos años ha, coronaros; mas con lo

recientemente ocurrido, no podíais ya rehuir esta manifestación, que equivale a una coronación espléndida, porque no teníais el derecho de impedir que lo mejor del país cumpliera con el imperioso deber de manifestaros su adhesión calurosa y satisfaceros de la inexplicable ofensa recibida de los personeros oficiales.

Las repúblicas vecinas nos han dado hermosos ejemplos de la veneración debida a la ancianidad de los escritores notables. Llona tuvo en sus últimos años el lustre de su laureada consagración en Guayaquil, y Luis Cordero el de una embajada extraordinaria, para la que lo nombraron sus mismos adversarios políticos; colmado de consideraciones y honores bajó a la tumba de Chile el historiador Barrós Arana; y en Buenos Aires los niños, en larga y conmovedora procesión, rodearon de flores el lecho en que reposaba inválido el poeta Guido Spano. Y vos, señor, que representáis para el Perú mucho más que los mencionados para sus respectivas patrias, vos cuyo universal renombre alivia el abatimiento de nuestros infelices destinos, ¿no habíais de oír resonar el vibrante aplauso de vuestros conscientes conciudadanos? De no hacer lo que hoy hacemos, hubiéramos faltado, por negligencia y tibieza, a la suprema virtud de los hombres nobles y de los pueblos dignos: al culto de la vejez gloriosa, al respetuoso fervor por los ancianos insignes.

Sois, señor, como nadie y antes que nadie, encarnación legítima del espíritu de nuestra patria, viva y sagrada voz de su pasado. En vuestra individualidad tomó cuerpo el alma gentil de la raza; y por vuestra pluma hemos gustado nosotros mismos plenamente y ha conocido el mundo entero, el encanto del criollismo refinado. En vuestras inmortales tradiciones, evocáis, con magia insuperable, las leyendas de nuestra tierra, las costumbres de nuestros abuelos, los recuerdos de nuestra historia, ya sangrienta y trágica, ya pacífica y blanda, sosegada y ri-

sueña. Con el primoroso engarce de vuestro estilo, nos habéis hecho amar doblemente nuestras cosas; las habéis enaltecido envolviéndolas en el luminoso manto de la fantasía; y al hacernos convertir la atención hacia ellas, al inspirarnos afecto y ternura por las peculiaridades nacionales, habéis fortalecido el patriotismo, que tiene siempre en lo tradicional su raíz y su sustento. Vuestras elegantes narraciones, al volar con las alas del genio, como aves ligeras y finas, hasta los términos remotos del mundo civilizado, han notificado a los hombres cultos que en este joven país neohispano, a orillas del Pacífico, existe literatura con géneros propios, de personalidad inconfundible, reflejo artístico de particulares usos y hábitos populares. Por todo ello, sin hipérbole alguna y pesando cuidadosamente las palabras, se os debe proclamar uno de los más principales y eficaces agentes en la formación del sentimiento de nuestra nacionalidad.

El vínculo indisoluble que a ojos de propios y extraños une vuestro nombre al del Perú, es el más exquisito y magnífico elogio de vuestra obra, porque prueba el eminente lugar que ocupáis en el alma y la memoria de este pueblo. Cuando se piensa en el Perú de antaño, forzosamente tiene que pensarse en vos, que habéis sabido reanimarlo y personificarlo. Por eso, quien os honra, honra a la patria; quien os irrita, la ofende. Y la íntima asociación con la historia del Perú, no existe sólo en vuestros esclarecidos escritos, sino en todo el curso de vuestra larga vida. En la niñez, os cupo la dicha de endulzar, con una última aclamación afectuosa en Lima, el desengaño del gran Santa Cruz, vencido y fugitivo; en la juventud, participásteis de todos los generosos entusiasmos del romanticismo literario y del liberalismo político, conocísteis la ufana altivez de aquellos felices días en que el Perú predominaba sobre esta parte de América, asistísteis al desembarco de Castilla en Guayaquil y al combate del

Callao el Dos de Mayo; padecísteis luego ruina y desastre en la derrota nacional; en la época de reconstitución y convalecencia, rehicísteis la Biblioteca, debida a vuestros desvelos, en cuyo grave recinto os hemos contemplado como la viviente imagen de la tradición y el saber antiguo, y que dejáis dando lección tan noble de entereza; y para que en todo os toque parte de las vicisitudes prósperas y adversas de la patria, permite la suerte que lleguen hasta turbar vuestra serena vejez las tristezas del momento presente.

En vuestra senectud a la vez augusta y benévola, iluminada por la amable sonrisa de siempre, aparecéis como uno de aquellos venerados patriarcas homéricos, que en deliciosos discursos daban cuenta a las generaciones de los hechos y costumbres de los predecesores; en cuyos labios, tesoro de experiencia, hacían su morada las gracias y en cuyas palabras fluían las mieles del bien decir. Como ante un abuelo querido y glorioso nos inclinamos ante vos reverentes todos los peruanos capaces de apreciarlos.

Legendario desde ahora, decoro y ornamento de la nación, símbolo de lo pasado, intérprete y medianero de la antigüedad situada en el umbral de lo Eterno, sobre la blanca majestad de vuestras canas resplandece el de la apoteosis.

Recibid, señor, los aplausos de este público, que son ya para vos los de la posteridad y cuyo eco resonará largamente en la historia; escuchadlos como rey de nuestras letras, joya y reliquia inviolable de la patria.

## EN LA MUERTE DE D. RICARDO PALMA (1919)

CON D. Ricardo Palma que a los ochenta y seis años de edad acaba de fallecer en una pequeña casa de campo de Miraflores, junto a Lima, desaparece para el Perú el más representativo y característico de sus literatos; y para toda la América Española, el último sobreviviente de la escuela romántica que en nuestros países no llegó a difundirse y prevalecer sino hasta bien mediado el siglo XIX.

Sus célebres *Tradiciones*, nutrida serie de breves y amenas leyendas en prosa, evocan, como una colección de brillantes miniaturas, toda la historia peruana, en sus más significativos aspectos y contrastes, desde el siglo XVI; son el cabal florecimiento y la artística concreción de aquel donairoso criollismo limeño que Palma supo sentir y expresar insuperablemente, y que vino a encarnarse y condensarse, con toda perfección, en su persona y escritos.

Nació en Lima, el 7 de Febrero de 1833. Durante su infancia y su primera juventud, conservaba aún su ciudad natal el ambiente singular que en América la hizo famosa; y en él se educó e impregnó D. Ricardo Palma, de indeleble manera. Fueron los primeros años de la República agitados y anárquicos cual ningunos; pero, por los excepcionales y externos impulsos que determinaron la independencia del Perú, dejaron subsistir casi intactos los usos y sentimientos de la época colonial. Los turbulentos Mariscales y Generales republicanos se codeaban y fraternizaban con los viejos marqueses y los innumerables frailes mendicantes. Al lado de los cuarteles, resonantes con la vocería de los pronunciamientos ahumados y maltrechos por los continuos asaltos revolucionarios, se alzaban, íntegras todavía, las extensas cercas de los monasterios de monjas, sombreados de platanares; las fachadas churriguerescas y retorcidas de las iglesias; y las de los caserones de títulos y mayorazgos, cuyos balcones tallados, con caladas y voladizas celosías de madera, recordaban por atavismo remoto, mucho más que los *miradores* españoles, los *mu-xarabiés* arábigos. Con mayor frecuencia que los desfiles y los *cierrapuertas* pretorianos, ocupaba las calles el despliegue de las procesiones religiosas, en que alternaban, con las andas hieráticas y recamadas, las burlescas comparsas populares. En las arcaicas alamedas de Abajo del Puente, rodaban las últimas carrozas doradas de la nobleza criolla; y junto a los surtidores virreinales, las *tapadas de saya y manto* perpetuaban el incitante misterio de su disfraz semioriental. Al caer la tarde en los ruidosos portales de la Plaza de Armas, perfumados de frutas y misturas de flores, cesaba de pronto la alegre algazara de la abigarrada muchedumbre, cuando de las torres de la Catedral descendía el pausado toque de la Oración. Quitábanse los clérigos los puntiagudos sombreros de teja, los caballeros los altísimos tarros, las vendedoras los *jipi-*

*japas*, y los esclavos los gorros. Por unos minutos se descubrían todos; y rezaban a coro, unánime y devotamente, las Avemarias del *Angelus* los pobladores de Lima, del propio modo que en las tierras islámicas suspende el bullicio vespertino la plegaria del *muezin*. Por las portadas de las murallas que erigió el Duque de la Palata, penetraban soldados y montoneros de extraños y rotos trajes y armados de trabucos disformes. Aclamaban un día al taimado Gamarra, otro al apuesto y arrogante Orbegoso, otro al sanguinario Salaverry; y, en nombre de tántos y tan encontrados cabecillas, iban a perturbar con sus violencias y desmanes, la placentera paz de la capital risueña.

De entre las miserias de la cotidiana guerra civil y las ruindades del vulgar personalismo, lució de pronto una noble idea: la reconstitución del *Perú Grande*, la reunión federativa del Bajo Perú con el Alto Perú o Bolivia. El caudillo que la personificó y realizó, el Mariscal D. Andrés de Santa Cruz, obtuvo, por un momento, para este propósito de reacción nacionalista en el mejor sentido de la palabra, el concurso, no sólo de la mayoría de las clases altas y conservadoras, sino también de buen número de liberales, y de casi toda la clase media y el pueblo de Arequipa y Lima. El padre de D. Ricardo Palma, modesto comerciante limeño al por menor, fue un ferviente santacruzino; y sus opiniones se transmitieron desde la niñez al futuro tradicionista, el cual en su ancianidad se complacía en repetir la siguiente anécdota, que varias veces escuché de sus labios:

Corrían los postreros días de Enero de 1839. La Confederación, al cabo de tres años de establecida, se deshacía al embate de sus ciegos enemigos domésticos y de sus muy perspicaces adversarios extranjeros. El Protector Santa Cruz, después de recuperar Lima, a la cabeza del ejército Perú-boliviano, se había dirigido al Norte, hasta el valle denominado Callejón de Huaylas, persiguiendo en

su retirada al ejército chileno, engrosado ya por varios cuerpos peruanos disidentes. Susurrábase que en esta campaña la suerte había abandonado a Santa Cruz; pero el vecindario limeño, que lo había recibido jubilosa y triunfalmente hacía dos meses, le continuaba su adhesión.

Era una noche de verano, el 24 de Enero. En un largo balcón, próximo a la iglesia de San Francisco, tomaba fresco la familia Palma, en compañía de otras honradas familias de mediana condición que habitaban departamentos de la misma casa. De repente, en el silencio y la obscuridad de la calle, apareció un pelotón de hombres montados y armados; varios militares, embozados en capas, que apresuradamente tomaron hacia los barrios de Santo Toribio y San Pedro. El padre de D. Ricardo, sin saber quiénes eran, no quiso desperdiciar la ocasión de manifestar sus predilecciones políticas, y lanzó un estentóreo: *¡Viva Santa Cruz!*, que fue coreado por su familia y vecinos. Entonces el jinete que ocupaba el centro del grupo, y a quien al parecer obedecían los demás, volvió la cara, paró un instante el caballo y se tocó el sombrero, como contestando la ovación. Enseguida continuó su acelerado caminar. Según pudo averiguarse después, era, en efecto, el propio Santa Cruz, que rodeado de algunos leales edecanes, venía huyendo desde los aciagos campos de Yungay. Recién llegado esa noche a Lima, a los cuatro días de prestísima y fatigosísima marcha, se enderezaba a cenar y descansar un momento en la casa de su inquebrantable amigo, D. Juan Bautista de Lavalle, situada en la esquina de las cuadras de Melchormalo y Beytia. A las pocas horas, continuaba de allí su viaje hasta Arequipa, donde acabó de malograrse y desvanecerse aquel su empeño restaurador de la unidad y supremacía de la raza peruana en el Occidente de Sudamérica; y se vió obligado a dimitir el mando.

Cuando muchos años después, D. Ricardo Palma, consecuente con sus tradiciones paternas, fue en Europa a rendir homenaje al ilustre desterrado, que vivía en una casita de Versalles (propio lugar de extinguidas grandezas), comprobó que bien recordaba y con qué íntima emoción había agradecido Santa Cruz aquél último aplauso que le tributó Lima en la más amarga hora de su derrota, como espontánea y conmovedora muestra de fidelidad. En esta escena de la infancia de Palma, que en sus postremos años tanto recordaba, nos place hallar un símbolo profético: el que había de ser supremo evocador histórico del Perú, tesorero y joyero de sus leyendas, encarnación de su ingenio, viva voz de su alma, aclamó, con la presciencia del niño, y más tarde con la del artista, al precursor del magno ideal patriótico que es clave de nuestro porvenir.

La ruina de la Confederación trajo para el Perú años calamitosos, de conflictos y desastres externos y de imponderable caos interior. Hubo época en que a la vez coexistieron tres gobiernos. Al cabo renació el orden, en el primer período de Castilla (1845-1851), y pudieron cultivarse los estudios y las letras, en el respiro que dejaron las destructoras contiendas civiles.

El canónigo limeño D. Bartolomé Herrera, en el Colegio Mayor de San Carlos, y el profesor murciano D. Sebastián Lorente, en el de Nuestra Señora de Guadalupe, reabrieron y renovaron los cursos de Filosofía y Humanidades, que habían cesado hacía largo tiempo en la vetusta Universidad. Ya desde el gobierno de Santa Cruz, y aún algo antes, los había iniciado el que fue su secretario, el gaditano D. José Joaquín de Mora, que en *El Ateneo del Perú* enseñó las teorías psicológicas y éticas de la escuela escocesa del *sentido común*, y que en literatura popularizó el nombre y las obras de Sir Walter Scott. Pero las semillas de novedades románticas que esparció

Mora, no fructificaron entonces, por lo áspero y revuelto de los tiempos; y fueron, un poco más tarde, otros dos españoles, el ya citado Lorente y el montañés Fernando Velarde, los verdaderos introductores del romanticismo en el Perú, y los maestros que decisivamente influyeron en Palma y sus compañeros de bohemia literaria.

Era Velarde un joven y fogoso poeta santanderino. Por el año de 1847 llevó al Perú el culto de Zorrilla y Esprocenda, que impuso como modelos, junto con sus propios versos, a sus discípulos limeños. Entre los menores en edad, pero entre los más distinguidos, se contaba ya Ricardo Palma, quien desde su adolescencia comenzó a publicar poesías y leyendas en prosa. Sus primeros versos, coleccionados en *Juvenilía*, son, en efecto, de 1848. Por entonces, igualmente, apareció su breve cuento incaico *Oderay*, muy débil e inexperto, pero que es uno de los primeros productos del romanticismo narrativo en el Perú, al propio tiempo que el *Padre Horán* de Aréstegui.<sup>1</sup>

También compuso e hizo representar dramas históricos, que él mismo no quería luego que se recordaran, y que en verdad no merecen serlo. Fueron obras prematuras de sus años de efervescencia bohemia y de gran melena romántica; cuando se hizo de moda en la juventud literaria limeña la ingenua copia del mediovalismo europeo; cuando Corpancho, embozado en su capa española con vueltas rojas, meditaba *El poeta cruzado* y *El caballero templario*.

Más grande influencia ejerció otro amigo suyo, el eminente neogranadino D. Julio Arboleda, uno de los primeros políticos y literatos del siglo XIX en la América Meridional. Proscrito de Nueva Granada por el radica-

---

<sup>1</sup> Novela regional cuzqueña de D. Narciso Aréstegui, impresa en Lima el año de 1848, y no tan desdeñable como lo dí a entender en *Carácter de la literatura del Perú Independiente*. Se advierte en ella muy claro el influjo de *Notre-Dame* de Víctor Hugo.

lismo triunfante, vivía en Lima hacia los años de 1852 y 53. Ricardo Palma lo trató mucho: recibió de él lecciones de inglés; se apartó por su consejo de la pueril imitación de los temas propios de Europa; y convirtió la atención a los asuntos de historia americana. Sobre el modelo del *Gonzalo de Oyón*, poema que a la sazón Arboleda escribía, trazó Palma su leyenda en verso *Flor de los cielos*, dedicada al mismo Julio Arboleda.

El cenáculo de los regocijados y traviesos bohemios de Lima, no era ningún lóbrego subterráneo, ni ninguna plebeya taberna, sino nada menos que los iluminados salones de un ministro de Estado, el político y magistrado arequipeño D. Miguel del Carpio. Antiguo partidario de Santa Cruz y, como casi todos los conservadores, reconciliado con Castilla y principal colaborador de su primer gobierno, Carpio tenía aficiones literarias y hasta había compuesto en sus años juveniles una cierta oda *Al Misti*, de la que se chanceaban sus propios contertulios. De sus frustradas pretensiones poéticas le quedó siempre, vivo amor a las letras; y aprovechaba su valimiento oficial en proteger y alentar a los principiantes. Para con los bohemios, Carpio deponía la seriedad ceremoniosa de sus altos empleos; se olvidaba de su posición y sus años; y se permitía desenfrenadas bromas, chocarrerías y crudezas de expresión que superaban a las de sus jóvenes amigos románticos.

Pero no todos los dignatarios del Presidente Castilla usaban de igual llaneza y benévola familiaridad en el trato con los literatos mozos, y Palma debía experimentarlo pronto. Gracias a D. Miguel del Carpio, había obtenido plaza de amanuense en un Ministerio; y en tal calidad recibió el encargo de llevarle personalmente al Mariscal Castilla el Mensaje destinado a la instalación de la Legislatura. Había dado la última mano a la redacción del solemne documento D. Manuel Ferreyros, antiguo liberal

de la Independencia y Director General de Estudios en la República; y, queriendo esmerarse en exquisiteces gramaticales, había escrito al principio del párrafo relativo a la amenazada paz pública: *Los falsos alarmas*.

Palma entregó respetuosamente al Mariscal los dos ejemplares del Mensaje que le traía: uno para la imprenta del Estado y otro para la lectura en el Congreso. Castilla leyó en alta voz, enterándose del texto definitivo que le sometían sus consejeros. Al llegar al pasaje de *los falsos alarmas*, se detuvo sorprendido:

—Eh, dijo... qué cosa? Vamos a ver, joven, preguntó dirigiéndose a Palma; Ud. que es escritor, ¿cree que esto está bien así?...

—Así debe de ser, Excmo. Sr., respondió algo perplejo Palma... desde que el Sr. Ferreyros lo ha escrito...

—Diga con franqueza, ¿no le extraña?

—Sí, señor; nunca había oído esa palabra en masculino.

—Y ¿cómo la pondría Ud.?

—Diría *las falsas alarmas*, que es como dice todo el mundo.

—Eso es... eso es...; falsas alarmas... lo demás son pedanterías... pedanterías... repitió, según su costumbre, Castilla— Vaya a decirle a Ferreyros, ahora mismo, que ponga *falsas alarmas*.

A los pocos momentos, el amanuense ministerial notificaba al Director de Estudios la corrección que deseaba Castilla:

—Y cómo se le ha podido ocurrir eso? preguntó Ferreyros... El Mariscal sabrá de milicia y gobierno, pero no de gramática... Además, la decisión de la Academia Española es formal y contundente sobre este género masculino, añadió hojeando el *Diccionario*... ¡Ah! ya caigo... Será Ud., señor literatuelo, el que ha ido a llevarle al Presidente tan buen consejo y a corregirme la plana...

—El me preguntó mi opinión, y yo le dije lo que me parecía, contestó Palma, que no se atrevió a negar la verdad.

Ferreyros se enojó:

—Pues valiente consultor gramatical se ha buscado Su Excelencia. Ya se ve; con lo que estudian y saben estos mozos románticos, y con el lenguaje que emplean... Venga, venga acá, y lea lo que dice el *Diccionario* de la Academia...

Y acabó de abrumar al atortolado joven con las autoridades y textos de Moratín, Quintana y Martínez de la Rosa, oráculos del clasicismo de entonces.

El final de la bronca fue, más o menos, como sigue:

—Vuélvase por donde ha venido. Yo no cambio esa concordancia, porque soy el responsable de la publicación del Mensaje, y no puedo autorizar disparates. Y otra vez, jovencito, no se ponga a corregir a quien sabe más que Ud. si nó, me verá obligado a pedir su destitución en el Ministerio, por ignorante, presuntuoso y entrometido.

Palma refería que, muy cabizbajo y sofocado salió de la casa de D. Manuel Ferreyros; pero que a las dos horas escasas de la escena, sin haber vuelto a hablar con Castilla, saboreó el desquite, al escuchar que, en la ceremonia de la lectura del Mensaje ante las Cámaras, repetía el Presidente con énfasis, mirando fijamente a Ferreyros:

—*Las falsas alarmas, sí señor... así es... las falsas alarmas.*

Poco después, a consecuencia de cierta aventura amorosa, Palma se vió amenazado de que una madre enérgica, con ayuda de bravos parientes, lo obligara a contraer inmediato matrimonio. En este aprieto, acudió, como siempre, a su providencia, D. Miguel del Carpio, quien, para sacarlo del lance y evitarle peligros y venganzas, lo colocó de contador en el bergantín de guerra *Guisse*.

Al año subsiguiente, 1855, navegaba con igual empleo en la goleta a vapor *Rímac*. Naufragó con ella cerca de Acarí y Atiquipa. A punto de perecer de sed estuvo en los horribles arenales de la costa; y en una de sus *Tradiciones* ha recordado sus padecimientos y los de sus numerosos compañeros en esa travesía del desierto.

Hacia 1857, lo hallamos de revolucionario, en las filas ultraconservadoras del General Vivanco. ¿Cómo, D. Ricardo Palma, que siempre se proclamó volteriano, y que luego fue, según hemos de ver, liberal militante, pudo hacerse en aquella temporada caluroso vivanquista, que equivalía a reaccionario extremo, desembozado partidario del poder personal y de los privilegiados fueros militar y eclesiástico?

De un lado, las tradiciones santacrucinas que respiró en su hogar paterno, como ya apuntamos, y la atmósfera dominante de Lima y el Perú lo llevaban en su juventud al campo de la autoridad y de lo pasado, en cuanto lo permitía su móvil, ligera y jovial naturaleza. Y su propia complexión de artista, su romanticismo arqueológico, su culto de los recuerdos y las añoranzas, lo inclinaban sentimentalmente a aquel partido, el más directo heredero del antiguo régimen español entre nosotros; de igual modo que, mucho más tarde, ya en su ancianidad, cuando su viaje a España, simpatizó con el carlismo intransigente (hasta el extremo de que varios de sus amigos madrileños lo apellidaban *el carlistón*) por íntimas razones estéticas, no desemejantes de las que han mantenido y avivado los *legitimismos* de Valle Inclán y Barbey d'Aureville.

Pero, más que todo, ha de decirse claramente que D. Ricardo nunca tomó la política en serio; ni había nacido para apasionarse por ideas abstractas; ni se dió el trabajo de ahondar en las doctrinas sociales, ni de armonizar sus sentimientos con sus principios. Era, de pies a cabeza, un literato, y no era sino eso: ora escribiendo,

ora actuando, era un poeta; leve, alado, caprichoso y sensible, obediente a las sugerencias de la más amable fantasía, no a los secos corolarios de la adusta razón. Siguiendo la funesta costumbre peruana de atender meramente a la persona de los caudillos, y nó a los programas (cuando, por raro caso, los tienen), se prendó de Vivanco, mucho más que de la reacción que simbolizaba. Como toda la juventud culta de su tiempo en el Perú, se rindió a la fascinación de aquel bizarro General, que no sólo encabezaba la protesta conservadora (en muchas cosas tan justa y razonable que, aún vencida militarmente, logró imponer la reforma de la constitución liberal), sino que representaba la distinción y cortesía de maneras, la inteligencia y la elegancia literaria. Era Vivanco un devoto de Cervantes, un hablista exquisito, un académico. Calcúlese cuánto ascendiente ejercería sobre Palma.

Habían sido grandes amigos desde larga fecha. Cuando las circunstancias sacaron a Vivanco de su retiro, y lo volvieron a poner al frente de una extensa porción del país, y cuando la escuadra se pronunció por él, Ricardo Palma, siguiendo a sus compañeros marinos, se le plegó entusiastamente. Estuvo en la campaña sobre Lambayeque y en el desembarco del Callao. Pero allí se enfriaron sus ardores partidaristas. Varias veces le escuché el relato de su desengaño.

Entre muchas y brillantes cualidades, tenía Vivanco dos graves defectos: blandura de carácter y negligencia en la administración militar. Procuraba ocultarlos o remediar sus consecuencias con rigores intempestivos y a veces crueles, que degeneraban en terquedades deplorables. En tales pasajeros accesos de severidad, se fortalecía contra los intercesores, invocando la rigidez de sus principios ordenancistas y la necesidad trascendental y filosófica de la pena de muerte. Ya una de estas obstinaciones de implacable justicia, al mantener una sentencia de ejecución

capital contra los capitanes Lastres y Verástegui, apesar de los ruegos de todas las autoridades y de las señoras de Lima, le costó en 1843 la popularidad y el gobierno. No escarmentado, a los catorce años, hizo innecesariamente en Lambayeque someter a consejo de guerra a un oficial; y nombró por su defensor a Palma. Este, que era muy humano y compasivo, tomó la defensa con vehemencia extraordinaria, al comprender el peligro en que se hallaba la vida del reo; y abogando ante el Consejo, hizo presente la lenidad obligatoria en las luchas intestinas, la barbarie absurda de la estricta y rigurosa penalidad política en un país donde no podía haber acusador ni juez exento de la tacha de conspiración, y los contraproducentes efectos que la desmedida severidad había acarreado a Salaverry, Santa Cruz y al mismo Vivanco; y aludiendo en velados términos a la anterior historia de éste, añadió que era indispensable que el vivanquismo no se salpicara más con sangre. Tanto calor y eficacia puso Palma en sus palabras que salvó a su defendido; de lo que el General en Jefe concibió notable desabrimiento por juzgar con la sentencia quebrantada la disciplina de sus tropas.

A las pocas semanas, la escuadra revolucionaria expedicionaba sobre el Callao; y Palma se escandalizó grandemente cuando, después del sangriento y frustrado asalto, oyó que Vivanco decía —con la frialdad del militar avezado a las matanzas, o con culpable frivolidad de *dilettante*— al contemplar el cadáver de un capitán mulato, muerto en su servicio: “Tan feo está muerto como vivo”.

Estos síntomas de insensibilidad y egoísmo, lo desencantaron de su caudillo; y cuando acabó la revolución, permaneció en la marina del Gobierno, muy curado de sus fanatismos facciosos. Reconciliados los partidos del Perú ante el conflicto con el Ecuador, asistió Palma al bloqueo y desembarco de Guayaquil en 1859. Creo que

poco antes estuvo, por primera vez, en Europa; y residió algunos meses del 58 en París.

De vuelta al Perú, en 1860, su actividad literaria tomó mayor vuelo con la fundación de la *Revista de Lima*. Colaboró en ella con los dos Pardos, padre e hijo (D. Felipe y D. Manuel), José Antonio de Lavalle, el general Mendiburu, Casimiro Ulloa, el ingenioso venezolano Juan Vicente Camacho, Carlos Augusto Salaverry, Manuel Adolfo García, el economista Masías y algunos otros, que significaban lo mejor y más selecto de la cultura peruana. Ya por esa fecha, comprendía Palma que en el verso y en la prosa elevada podía tener émulos entre sus contemporáneos; pero que no los tenía en la prosa finamente burlesca, en la leyenda histórica corta y festiva. Orientándose cada vez más en el sentido de su definitiva vocación, comenzó a descuidar la poesía por las picarescas *tradiciones* que, en competencia con Juan Vicente Camacho, publicaba en la mencionada *Revista*.

La política volvió a distraerlo. Con la inestabilidad de su naturaleza, se hizo liberal, siguiendo las corrientes de la época, la reacción extremista contra el Mariscal Castilla, y más que todo, la influencia de José Gálvez, joven catedrático, a quien Palma quería y veneraba entrañablemente. Comprometido por él, entró en la conjuración de 1860. Fue el encargado por Gálvez de llevar a los conjurados del Callao las noticias del ataque contra la casa de Castilla; y de comunicarles la contraorden del movimiento en el puerto, cuando fracasó el golpe en Lima.

A consecuencia de estos sucesos, tuvo que emigrar a Chile con D. Manuel Toribio Ureta y otros prohombres del liberalismo. En Valparaíso vivió con el General Echenique, y le redactó un extenso manifiesto, apesar de su reciente disconformidad de ideas con este derrocado presidente conservador. En Santiago intimó mucho con los hermanos Amunáteguis y otros literatos chilenos, disci-

pulos de Bello. Durante su permanencia en Chile publicó varios artículos críticos, entre otros uno sobre el *Salterio Peruano* de Valdés.

Un día en Valparaíso o Santiago, asistía a un mítin internacional, que se celebraba en un teatro, en honor de Méjico o los Estados Unidos. Ocupaba un palco en compañía de otros desterrados peruanos, entre los cuales era el más notable Ureta. Hubo un orador chileno que, en el fuego de su peroración sobre los *tiranos de América*, mencionó al Mariscal Castilla equiparándolo al Dr. Francia y a Rosas. Herido Palma en su patriotismo, le dijo en voz baja a Ureta:

—Ud. que ha sido ministro de Castilla, debe protestar de lo que aquí se afirma.

—No tiene importancia, le contestó Ureta.

—¿Cómo no ha de tener importancia que pinten al Perú como un país esclavizado? Pues si Ud. no habla, yo, aunque no soy orador, voy a pedir la palabra.

Y acto continuo, se levantó, diciendo que un emigrado peruano deseaba hacer una rectificación; y, entre la sorpresa del auditorio, expresó que, aunque adversario político de Castilla, y proscrito por él, no podía permitir, en su calidad de peruano, que al mandatario de su patria se le describiera como a un monstruo exterminador, comparable con los que el orador había recordado; que el Perú no producía monstruos semejantes, y que tenía orgullo al declararlo, por lo mismo que nada tenía que hacer ni nada deseaba con aquel gobernante cuyos errores había combatido con las armas en la mano.

Estas palabras tuvieron eco en Lima; y cuando se las refirieron a Castilla, exclamó en su tertulia:

—Ese muchacho tiene talento y patriotismo... Yo lo quiero mucho... Pero él no me quiere... no me quiere...

Con numerosas *tradiciones suyas*, desmintió después D. Ricardo este aserto del viejo Mariscal.

Debió Palma regresar al Perú cuando la presidencia de San Román. En 1863, publicó la primera edición de su estudio histórico *Anales de la Inquisición de Lima*. Hecho con los escasos documentos del archivo inquisitorial que aún se conserva en nuestra patria, este folleto es deficiente como obra de erudición. Hay en él, como en cuanto Palma escribió, levedad, soltura, desembarazo, epigramas a la manera del siglo XVIII; pero no da, ni por asomo, la verdadera impresión del asunto, la sensación de aquella formidable máquina de gobierno; de los móviles, tanto religiosos como políticos, que la guiaron; y de las desviaciones y vicios que la estragaron y perdieron. D. Ricardo en una ocasión me reprochó, con afectuosas quejas, que yo hubiera dado a entender la tenuidad de este su libro, alabando exclusivamente el de José Toribio Medina. Pero es que no se puede ni se debe disimular la verdad; y el gran erudito del país rival, al escudriñar la historia de nuestra Inquisición, sin esfuerzos de ingenio, sin primores de estilo, por la sola virtud de la masa de documentos que compulsó, acierta a hacer lo que no hizo Palma con todas las gracias de su pluma: a revivir ante nuestros ojos la tenebrosidad de las cárceles y la fiereza de los tormentos; los misterios de iniquidad y de hipocresía depravada que se ocultaban en los senos de la primitiva sociedad colonial; las demoniacas figuras del hereje Fray Francisco de la Cruz, especie de andaluz Rasputin, que con su misticismo erótico infamó las estirpes de los más orgullosos conquistadores; y el terrible inquisidor Gutiérrez de Ulloa, pendenciero, malvado, feroz y sacrílego, que puede servir para acreditar la fidelidad de su contemporáneo arquetipo literario D. Juan Tenorio; y que, después de haber dominado por el terror al Perú entero de las postrimerías del siglo XVI, vino a morir al fin des-

honrado y desesperado. La índole artística de Palma, tan mesurada y fina, no era para inspirarse en tales caracteres, ni para deleitarse en tan espeluznante escenario.

A poco, fue nombrado Palma cónsul peruano en una ciudad del Norte del Brasil; no recuerdo si en San Luis del Marañón o en Pará. Los excesivos calores, las lluvias ecuatoriales, el exuberante pero monótono y agobiador paisaje de las selvas, el aparato y la pompa del Imperio Brasileiro; todo lo que era antitético de su recalitrante limeñismo, lo cansaron y enfadaron hasta el punto de que enfermó gravemente y tuvo que dejar el consulado. Para disipar el tedio, se dirigió a Francia, me parece que por segunda vez. En París fue a ofrecer su tributo de admiración al gran Lamartine, anciano, pobre y decepcionado, a quien halló para su gusto, en el trato personal (sin duda a causa de la melancólica situación en que lo vió) harto estirado y ceñudo. Y como muestra de la extraña heterogeneidad de sus devociones literarias, conviene saber que casi tanto como su visita al egregio Lamartine, se complacía Palma en recordar su casual encuentro con Paul de Koch, en una calle parisiense. Se hizo muy amigo del colombiano D. Rafael Núñez, que fue después insigne estadista y escritor, y que por entonces era cónsul de su país en uno de los puertos franceses del Atlántico. Viajó Palma por Italia y llegó a Venecia, sometida aún al yugo austriaco, y cuyo excepcional hechizo, galante, marino y barroco, evocaba con delicias hasta en la vejez. El espectáculo de su esclavitud le dictó una de las mejores composiciones del libro de versos *Harmonías*.<sup>2</sup> Al pasar por las Antillas en este viaje, cumplió con otro de los obligatorios ritos del romanticismo hispanoamericano: visitar el *sublime vate* Abigail Lozano. Era éste un poeta muy obeso, natural de Venezuela, que residía en una de las islas inme-

---

<sup>2</sup> Impreso en París el año de 1865.

diatas a su patria, y que producía a destajo endecasílabos y alejandrinos tan fofos y abultados como su persona física. Venerábanlo como a excelso maestro los bohemios limeños, por inexplicable error de gusto; y con el indestructible arraigo de las primeras aficiones, D. Ricardo Palma, luego tan delicado y perspicaz en sus juicios siguió, no obstante, reputando de muy buena fe hasta el fin de sus días, como autores eximios a dicho Abigaíl Lozano y a los peruanos Manuel Adolfo García y Arnaldo Márquez. Y no toleraba burlas sobre estas sus idolatrías, tan respetables y simpáticas, por ser generosas ceguedades de sus afectos y entusiasmos juveniles.

Creo que fue en su regreso al Perú cuando trató en Panamá al célebre mejicano Porfirio Díaz, en una corta ausencia a que éste se vió obligado durante las campañas del Sur de Méjico. En esta misma ocasión fue cuando vió por última vez a García Moreno.

Hacía mucho tiempo que lo conocía, desde que sus primeros viajes, como contador de marina, lo habían llevado al triste puerto de Payta, donde García Moreno pasaba una de sus expatriaciones, encerrado en una casita de madera en aquellos ardientes arenales, y devorando día y noche, no obstante tener enferma la vista, tomos de ciencias naturales y de teología y filosofía escolástica. Palma, que con frecuencia iba a darle conversación, le propuso una tarde, para distraer los ocios de aquel destierro, emprender juntos el asedio amoroso de dos agraciadas viudas que residían allí de temporada. El austero García Moreno le respondió, mirándolo de arriba abajo severamente:

—No acostumbro esos que Ud. llama *trapicheos*, y hágame el favor de no volverme hablar en semejante tono.

A pesar de ésta áspera lección de ascetismo, no se interrumpió la buena amistad entre García Moreno y Pal-

ma, que charlaban en aquellas semanas todas las tardes sobre literatura castellana y francesa.

Ahora en vísperas del rompimiento del Perú con España, lo volvía a ver, en Guayaquil y en condición muy distinta. Estaba de Presidente del Ecuador. Acababa de llegar de Quito, con celeridad maravillosa, sin comer ni dormir en todo el largo camino, para sorprender y debelar una insurrección liberal guayaquileña. Ya tenía vencidos a los revolucionarios, a quienes se disponía a fusilar. Subió a visitar el buque en que Palma venía. Vestía un frac azul abrochado, y empuñaba una lanza en la mano.

—Ud. va sin duda a entrar en la revolución contra Pezet, le dijo a su amigo peruano.

—No es imposible, le contestó éste. También Ud. D. Gabriel, tiene a su Ecuador movido.

—¡Oh! Lo que es aquí, no hay cuidado. Los expedicionarios de Jambelí no me asustan. Mañana mismo habré dado cuenta de ellos.

Me refería Palma que al oírle estas palabras, le pareció reconocer en los claros ojos de su amigo, el incansable lector de Payta, la mirada fría e impacable, de acero pavonado, de los retratos de Felipe II. Tenía delante de sí a un inquisidor, hermano tardío de aquellos cuyos hechos estudiaba en los papeles viejos de Lima.

Como lo preveía García Moreno, Palma, apenas llegado al Perú, se adhirió a la revolución contra el gobierno de Pezet, cuyo primer ministro era su antiguo caudillo, el General Vivanco. Sirvió a las inmediatas órdenes de D. José Gálvez, fue empleado en el Ministerio de éste, cuando, triunfante el movimiento revolucionario, se constituyó la Dictadura y se declaró la guerra a España; y estuvo en el combate del 2 de Mayo en el Callao. La siguiente revolución, contra Prado, lo contó también entre sus voluntarios; y fue secretario privado y persona de la mayor confianza del jefe vencedor en ella, el Coronel Balta, en

los sucesivos períodos eleccionarios y presidencial. Estuvo, por consiguiente, muy mezclado en todos los acontecimientos de aquella administración. El fue quien por primera vez puso en contacto al joven escritor D. Nicolás de Piérola con Balta, cuyo Ministro de Hacienda debía ser en breve; pues fue Palma quien solicitó de Piérola, poco conocido entonces, la redacción del programa electoral de Balta.

Perteneció al Senado, aunque era muy poco afecto a la elocuencia parlamentaria. Hasta la víspera del pronunciamiento de los Gutiérrez, se empeñaba en convencer a Balta de la necesidad de no impedir la ascensión presidencial de Manuel Pardo, y creyó haberlo conseguido.

Después del asesinato de Balta y de la matanza de los Gutiérrez, se retiró al pueblecito de Miraflores, que fue su lugar preferido; y se entregó con ahinco a sus tareas literarias. D. Ricardo fue feliz en todas las épocas de su vida, y aún puede decirse que cuanto es posible en la suerte humana: tuvo ingenio, renombre, salud, buen humor, la holgura indispensable, familia cariñosa y vida larga; pero sus más dichosos años fueron, a no dudarlo, los que pasó en Miraflores de 1879 a 1881. Estaba recién casado; había adquirido una casita de campo, en la que nacieron sus primeros hijos; y se hallaba en la plena fuerza y madurez de su talento. Las *tradiciones* que entonces escribió (de la *Serie Tercera* a la *Octava*), resaltan como las más sazonadas y primorosas. Muchas aparecieron en la *Revista Peruana*, dirigida por D. Mariano Felipe Paz Soldán.

La desastrosa guerra contra Chile vino a afligirlo y a hacerle perder el fruto de largos trabajos: su biblioteca y sus manuscritos, entre otros su novela histórica, lista para la imprenta, *Los Marañoses*. Ya en 1880 había suspendido voluntariamente la polémica continental que suscitó con un estudio sobre el asesinato de Monteagudo,

por consideración a Venezuela, que en aquella oportunidad nos ofrecía ayuda diplomática y pertrechos militares. Cuando las tropas chilenas se aproximaron a Lima, algunos amigos de Palma, entre ellos varios oficiales, lo exhortaron a que pusiera en seguridad sus libros y papeles, pues Miraflores quedaba en la segunda línea de defensas de la capital. Ricardo Palma rechazó el consejo:

—Parecería, dijo, que desespero de la victoria en la línea de San Juan y Chorrillos; y en estos momentos las excesivas precauciones son desmoralizadoras y de pésimo ejemplo.

A los cuatro días, perecían totalmente en el saqueo e incendio de Miraflores por el ejército chileno, la biblioteca que había reunido con tanto afán y los originales inéditos de varios ensayos-históricos y de su mencionada novela *Los Marañones*, cuyo argumento eran las andanzas y fechorías del famoso Lope de Aguirre en los bosques americanos del siglo XVI.

Tras las amarguras y estrecheces que padeció en la ocupación chilena estaba a punto, en los primeros días del gobierno de Iglesias, de partir para Buenos Aires, donde le ofrecían en el periodismo lucrativa colocación, cuando su fraternal amigo, el Ministro de Relaciones Exteriores, D. José Antonio de Lavalle, lo persuadió a que se encargara de la dirección y reconstrucción de la Biblioteca Nacional, enteramente destruída por las tropas chilenas.

Sin más interrupción que su corto viaje a España en 1892, (cuando fue a representar, con gran lucimiento literario, al Perú, en las fiestas del Cuarto Centenario del Descubrimiento de América), estuvo Palma al frente de la Biblioteca Nacional por más de veintiocho años. La principió a rehacer sin mayores gastos para el Estado, gracias a sus relaciones con autores extranjeros; y la dirigió hasta 1912, en que fue separado, bajo el primer go-

bierno de Leguía, con las circunstancias que todos deben recordar en el Perú.

Volvió a pasar sus últimos años en Miraflores. A la salita de su modesto rancho, pieza que le servía a la vez de recibimiento, escritorio y biblioteca, acudían en peregrinación todos los viajeros cultos que pasaban por Lima. Era, en efecto, D. Ricardo la mejor reliquia de la vieja ciudad virreynal, la imagen de lo pasado, la personificación del Perú histórico. Delgado, con la cara completamente afeitada, la boca burlona, y los ojos risueños apesar de la senectud y la extrema miopía, se parecía ahora muchísimo a su amado Voltaire, cuyas obras completas y cuyo irónico busto le hacían siempre compañía, colocados, a manera de altar, en un estante frontero a su sillón de anciano valetudinario. Lo rodeaban sus hijas ejemplares, la mayor de las cuales, Angélica, distinguidísima literata, le servía de lectora y secretaria. Así se ha extinguido, dulcemente, en quietud envidiable, el gran tradicionista peruano.

Hace catorce años, en mi primer libro que cimentó mi cariñosísima amistad con él, dije que *Palma era nuestro Walter Scott en pequeño*. No me desdigo. Discípulo de Walter Scott fue, lejano si se quiere, pero indudable, por la inspiración arcaica, la efusión de leyendista anticuario, la vena juguetona y optimista, y hasta por las leves inexactitudes de color local y las floridas afectaciones de estilo, que, a fuer de romántico, a veces se permite. Pero agregaré (porque de otro modo la descripción peca de incompleta) que si, en nuestra literatura regional peruana, alcanza Palma la significación que en el pasado siglo obtuvieron en las europeas Walter Scott y sus imitadores inmediatos, si es un *Walter Scott criollo* o sea reducido y abreviado, menos formal y compuesto, y en cambio muchísimo más libre, zumbón y satírico que el escocés, empapado —rico y complejo mixtión— de españo-

lismo y volterianismo: es también el Bocaccio del Perú, inferior como artista, sin duda alguna, al italiano, pero tan vario, picaresco y deleitable narrador como él; y las *Tradiciones Peruanas* son el *Decamerón* luminoso y ágil de la antigua Lima.

## EL MONUMENTO A D. RICARDO PALMA (1932)

**F**ALTAN menos de seis meses para el centenario de Palma. Urge decidirse acerca de la forma y colocación de su monumento y acelerar la construcción de él, para que a tiempo esté listo. Conocido del público es el diseño de la gran fuente ornamental, presentado por el arquitecto Velarde y el escultor Pró. Feliz y muy factible hasta en las excepcionales circunstancias de escasez que atravesamos. Hay que empezar a ejecutarlo sin demora. Sería por todo extremo negligencia aflictiva e indecorosa, que, para conmemoración tan de veras nacional fallara la eficacia que ha de improvisar, en casos como éste, los módicos recursos necesarios. Pocas perpetuaciones en efecto, más merecidas y legítimas. Lima y el Perú entero tienen el estricto deber de solemnizar, en mármol o piedra, la imagen del incomparable tradicionista; porque los países que no aciertan a honrar a sus grandes hombres y en especial a

los que, dando forma y perenne vida artística a sus sentimientos y recuerdos, forjan su alma colectiva, son países que demuestran carecer de continuidad y no alcanzar, en consecuencia, la dignidad y jerarquía de los seres conscientes. Por eso el monumento que reclamamos significa una reivindicación patriótica. Atestada está nuestra ciudad de estatuas, bustos y placas; pero no siempre dedicadas a personalidades indiscutibles ni del más acendrado peruanismo. Nuestro entusiasmo tropical y novelero, infantilmente excesivo e hiperbólico y perversamente informado, suele prodigar a los extranjeros los mayores homenajes, sean cuales hayan sido sus procederes para con nosotros en escritos y hechos. El Perú sólo es tibio o implacable para con sus hijos fieles, o con sus padres históricos y genuinos. Apenas, hace muy poco, hemos logrado ver justamente rememorados en nuestras plazas al insigne D. Bartolomé Herrera y a D. Hipólito Unánue, cuya glorificación fue un tiempo tan objetada y combatida ¿Cuándo se levantará la efigie del ático poeta D. Felipe Pardo? ¿Cuándo se inaugurarán la de Segura, la del Inca Garcilaso y la del cultísimo e integérrimo General Vivanco? ¿Cuándo permitirán las rencillas políticas que se contrapongan, en reconciliación suprema, la del otro Pardo, mártir de la anarquía, cuya modesta inscripción aseguran que ha desaparecido hasta del Senado y la de su digno émulo Piérola? Oprobioso estigma de degeneración es la permanente ingratitud de un pueblo, que reniega de los beneméritos propios, para postrarse ante los anónimos o los extraños.

Felizmente, no ha sido el Perú tan olvidadizo e ingrato con la apacible y dulce memoria de D. Ricardo Palma. Lo prueban sus funerales, la edición oficial de sus obras y el monumento que la Municipalidad de Lima acordó elevarle. Pero es menester que este último tributo no quede, como a menudo sucede entre nosotros, limi-

tado al papel, a sonoros discursos o a la ceremonia de la primera piedra sino que se cumpla con toda formalidad y exactitud, y en la oportuna e imprescindible ocasión del inmediato centenario. Es el anhelo de cuantos guardamos celosamente el culto de la literatura patria y de nuestra nativa capital limeña, a la cual, desde la época de Terralla, zahiere y aparenta despreciar la vil y grotesca ralea de los hipócritas Catones, vocingleros y venales.

Lima la gentil, muelle quizás pero valerosa, generosa y sonriente, con notorios atavismos de andaluza y moruna gracia e hidalguía castellana, pese a la lívida envidia y señoreando las declamaciones frenéticas muy por encima de dicterios y calumnias, luce su adorable y eterno encanto en las tersas e insuperables páginas de Palma. Tal es la paladina razón de nuestro amor entrañable por ellas. No faltó quien, midiendo los ánimos de los demás por la mezquindad del suyo, atribuyera mi nunca desmentida, admiración a la obra estética de Palma, al interesado y subterráneo propósito de utilizarla en la propaganda de las doctrinas hispanófilas y conservadoras. Los leales ciframos precisamente nuestro orgullo en ignorar esas tretas y malicias; y la espléndida civilización hereditaria española, de que los criollos peruanos compusimos porción filial y predilecta, no necesita por cierto, para su fácil apología, de auxiliares forzados y vergonzantes. Nadie más instintivo, espontáneo y franco en su españolismo, a pesar de sus resabios radicales, que D. Ricardo Palma. El casticismo clásico vivifica y orea todos sus escritos; y a raudales lo percibe quienquiera que no se halle enajenado y enloquecido, sin remisión, por la pasión sectaria. Cuanto a sus famosas chanzas, a la vez tan limeñas y tan dieciochescas, único aspecto de su arte que pueden aplaudirle y corearle nuestros modernos Tersites, poco segura de sí estaría la disciplina social que no pudiera soportarlas y aún complacerse en ellas; que no son tan endebles nues-

tros fundamentos doctrinarios como suponen los alborotadores. A despecho de torpes maniobras insidiosas, Palma, por la esencia y espíritu de sus evocaciones, será perdurablemente nuestro mejor amigo. ¡Qué benevolencia en sus mismas inofensivas picardías, qué ingenio tan humano y tolerante en sus propias burlas y travesuras! En él, a más del idioma, deberían aprender educación y hombría de bien los contemporáneos iconoclastas.

Para todos los limeños de auténtica cepa, será fausto y triunfante el día en que, conmemorando el primer centenario de Palma se descubra su monumental simulacro, tanto o más que como consagración de su fama continental y aún mundial, como cumplimiento del voto que la ciudad y sus personeros meritísimamente han ofrecido. Constituirá desde 1933, uno de los mejores preparativos y adornos para el ya próximo cuarto centenario de la fundación de Lima, a principios del 35, en vez de atropellar y derribar manzanas, y demoler edificios, emulando y anticipando terremotos, como alguien lo ha propuesto, sin tener con qué pagar las expropiaciones ingentes. La estatuaría apoteosis de D. Ricardo Palma, corresponderá, como adecuado símbolo a su vida y su arte: no será una empresa de transtorno y desolación, sino de efectivo embellecimiento y concordia.

Planeaban algunos situar la hermosa fuente, ideada por Velarde, en la típica y arcaica Alameda de los Descalzos, al fondo, delante del convento. Pero el lugar me parece demasiado lejano y solitario; y además, esta colocación, por el espacio y por el telón posterior de árboles que requiere, echaría a perder una de las pocas perspectivas originales que Lima conserva, ocultando la rústica y pintoresca fachada del templo. Igualmente resultaría muy arrinconada, y afeada por el humilde caserío circundante, poniéndola en el lateral Paseo de Aguas (también denominado antaño, muy romanamente Plaza de la Navona,

según es de ver en los viejos planos limeños), ante el gran arco virreinal de la esquina de los Peines y la Plazuela de Otero. Entre otros inconvenientes, allí habría que adquirir la antigua estación del tranvía. Se me ocurre que será lo mejor abandonar todo pensamiento de acomodarla Abajo del Puente, arrabal tan decaído y trasnochado; y aprovecharla muy al contrario, con verdadero lucimiento en los jardines de la Exposición o en el moderno Parque de la Reserva. Había yo pensado hace meses en el terreno que media entre el palacete Municipal y el Restaurante Zoológico, dándole frente al Paseo Colón, del que distaría, para el debido realce un buen trecho y utilizando la alta arboleda que en el lado sur existe. Pero las dimensiones de la proyectada fuente me hacen desistir de lo que había imaginado. Aparecería aquella oprimida entre el Municipio y las vulgares vidrieras del Zoológico; y no hay tiempo ni dinero para derruir este armatoste de la desmesurada fonda, que usurpa la ubicación más ventajosa. Dentro de lo hacedero en el actual momento, sería lo más conveniente y práctico llevar el monumento de que tratamos, al Parque de la Reserva, donde hay muchos emplazamientos por escoger y toda la visibilidad y vegetación deseables. Sería también el más eficaz medio para acabar de imprimir en dicho Parque verdadero carácter peruano y limeñizar de intención y fisonomía aquella novísima barriada.

En la churrigueresca curva de la fuente, a ambos lados de la estatua, se representarán en seis relieves las más sugestivas tradiciones. Además de algunas de los siglos XVII y XVIII, en que pueden interpretarse muy barrocamente las líneas de los trajes y los guardainfantes, importa no olvidar por lo menos una, tocante a la conquista y primeros años de Lima, para contraponer al ímpetu de los caballos la plasticidad académica india; y otras de tauromaquia y de principios del siglo XIX, que permitan expre-

sar el garbo de las costumbres y danzas populares en el reinado de Carlos IV.

Me acometen escrúpulos al entrar en estos pormenores, cuando recuerdo que un pobre artículo mío, de hacia 1917, destinado a absolver una consulta de la Asociación Universitaria Cuzqueña, relativa al monumento de Manco Cápac en la Plaza de Collcampata, fue inocente causa, trastocadas las proporciones y mudados material y sitio, del bien intencionado pero infeliz obsequio de la colonia japonesa, que tan desairadamente pretende ornar nuestra Avenida Grau. Mas ahora el caso es muy distinto; y no temo que los discretísimos artistas diseñadores de la fuente, adulteren mis indicaciones.

Con alguna decisión y entusiasmo, podemos lograr que la hermosa planta arquitectónica se realice para el entrante febrero. En los nuevos jardines de la ciudad y como augurándola y bendiciéndola, se alzarán la figura de su leyendista eximio. Ante, él, como en el Miraflores de su senectud, jugarán los niños, al murmullo del follaje y los chorros de la fuente. Su amable sonrisa y los grupos de las tradiciones selectas, trozos idealizados de nuestro pasado venturoso, se reflejarán en el móvil y límpido espejo del agua, alegre, ondulante y sano, como la fluída vena de sus relatos deleitosos.

## CARTA AL DR. CESAR REVOREDO

Lima, 16 de agosto de 1932.

Señor Dr. D. César Revoredo

Mi muy apreciado amigo:

**E**STOY reconocidísimo a su atenta carta, fechada ayer, que en la noche recibí y he vuelto a leer esta mañana en el periódico. Califica Ud. muy encarecida y benévola mi artículo sobre el monumento a D. Ricardo Palma, inspirado en mis naturales afectos de peruano y limeño, celoso del ornato y deberes de mi ciudad, y del recuerdo de quien fue mi venerado amigo y maestro.

No he pensado en Ud. ni en la comisión municipal cuya secretaría desempeña, al dar la voz de alarma contra ideadas demoliciones de casas y ampliaciones de calles. Tuve sí, muy presentes los audaces planes de amigos

nuestros, publicados hace pocos días en "El Comercio" y que es de suponer haya Ud. leído. Para tratarlos con la merecida consideración y no incurrir en el calificativo de *filípicas*, que aplica Ud. a mis reflexiones, diré con el mayor eufemismo, que parece cuando menos innecesario e imprudente agravar, con tales expropiaciones y apertura de múltiples vías, la tremenda y desoída crisis de la propiedad urbana, hoy tan agobiada, desamparada y maltrecha, y repetir, en esta angustiosa escasez que padecemos, los superfluos desembolsos y las equivocaciones estéticas de los centenarios últimos y las modernizaciones pasadas. Pero ninguna de estas elementales advertencias del escarmiento y el buen criterio, se dirige a Ud. ni a su comisión. Muy al contrario, he sentido gran alivio (y conmigo lo experimentarán muchos), leyendo la explícita y terminante declaración de Ud. contra tan extemporáneos y alarmantes programas de revolvedor urbanismo. Ya sabemos que la comisión los rechazará: y me declaro profundamente satisfecho con este resultado de mi artículo.

Lo que no me satisface en manera alguna, es la posible postergación del monumento; pues del tercer párrafo de la carta se desprende que la comisión se inclina a admitir el aplazamiento de la inauguración de la fuente de Palma, hasta 1935. Así, su inmediato centenario carecería de la adecuada y anunciada celebración. No veo la necesidad de esta dilación deslucida y dolorosa, y que puede frustrarlo todo, porque nadie ha de garantizarnos la situación del Perú para 1935. El tiempo, aunque estrecho, es suficiente, si aprobado el proyecto de Velarde y Pró, se ponen a la obra con toda actividad. En último extremo bastaría con la fuente y la imagen de D. Ricardo, dejando para después la ejecución cuidadosa de los seis relieves.

Hace ya más de un año, desde el 2 de julio de 1931, durante mi alcaldía y a iniciativa del Dr. D. Eduardo

Pérez-Aranibar, inspector de obras, que el Concejo resolvió por aclamación levantar una estatua a D. Ricardo Palma, en las parte de los jardines de la Exposición denominada Parque de las Tradiciones y que en ellos se erigieran, rodeando la estatua, varios grupos alegóricos. Poco después con las hijas del tradicionista procedí a buscar el mejor emplazamiento; y nos persuadimos, por de pronto, que estaría bien en el espacio entre la Municipalidad y el Zoológico, como lo recordé en mi artículo. Pero se trataba entonces del proyecto español, que acababan de enviarnos desde Madrid, por efecto del concurso promovido, y que supone un gran conjunto y gastos difícilmente realizables. Uniformadas las opiniones, como lo están, en favor de Velarde y Pró, mucho más hacedero, insisto en creer que debe comenzar desde luego a ejecutarse, y colocarse en el Parque de la Reserva. No es razón, contra este apropiadísimo lugar, que el barrio sea moderno, si es principal y concurrido. Precisamente por ser moderno importa consagrarlo con genuinos recuerdos históricos. La tradición equivale a continuidad moral; y como su propio nombre la indica, consiste en comunicar las memorias de los antiguos objetos y momentos a los recientes, ennobleciendo lo nuevo. Permítame Ud. en consecuencia, que no aplauda la ubicación de la proyectada fuente en el parquecito de Neptuno. Conviniendo Ud. y yo, por evidentes argumentos cuya repetición huelga, en no situarla dentro de zonas urbanas verdaderamente arcaicas y típicas, no veo por qué hayamos de desdeñar para el caso la fresca amenidad y el vasto espacio que ofrece el Parque de la Reserva, y atenernos por inciertísima consonancia, a la primera y exigua parte de la Exposición de tan mediocre antigüedad. No es ésa ciertamente la atmósfera de Palma: o el campo, que, por natural, es eterno o un rincón de veras colonial. Fuera de la insignificante circunstancia de haber sido D. Ricardo secretario privado de Balta, el

Presidente constructor de la Exposición, (nimia coincidencia en que Ud. ni nadie ha de reparar) no le descubro ningún vínculo con aquel ensanche de fines del siglo XIX. Muchísimos hemos alcanzado en nuestra infancia los tiempos anteriores al Paseo Colón, en que la Exposición constituía las afueras de Lima y las vecindades de su plaza y del lado oeste se reputaban casi rústicas. De modo que *aquel paisaje de vejez limeña*, que pinta Ud. me parece inexacto; y los *rumores de leyenda y simbolismo* de dicha entrada principal inmediata a la Penitenciaría, y muy desusada y desierta entonces, equivale a calificar de legendaria la época de 1870 a 1900, y de remotísimo el pasado de ayer por la mañana. Es muy módico plazo para las evocaciones de Palma.

Hay, además, graves inconvenientes materiales. Corta toda perspectiva la Penitenciaría, desnuda, adusta y chata; y no la hemos de destruir, por lo menos ahora. Sería lamentable por todo extremo, que se desnaturalizara el arco triunfal, que yo también hallo hermoso; pero no creo plausible asociarlo, como Ud. insinúa, a la fuente en proyecto, porque son muy distintos los respectivos estilos: churrigüeresca la fuente, el arco greco-romano, con clasicismo del Segundo Imperio, y en lo esencial miniatura del de Constantino y del Carrousel. Cuando la espontaneidad de la historia nos lega, en edificios y ordenaciones, muestras de diferente carácter artístico, es justicia y buen gusto respetarlas todas; mas es muy otra cosa componer deliberada y contemporáneamente pepitorias tales, congregando tan disímiles concepciones arquitectónicas o subordinando las primitivas como en esta hipótesis, a lo sobreviviente como es aquí encajar el casco homérico, a una figura que por el indumento reclama a gritos el chambergo o el tricornio.

Coincidimos en desear, para el monumento diseñado, un fondo umbroso, de lozana frondosidad. Y, ¿cuál

tendría en el lugar que Ud. propone? Afirmo que uno deplorable, porque habría que deshacer la antigua fuente de Neptuno; y las dos filas de viejísimos, pálidos, cloróticos y agusanados ficos de la avenida central se abren y espacian de tal manera que dejan como perspectiva patente la parte posterior y menos lucida del Instituto de Higiene. Entre los muros y empalizadas de estas dependencias y la ceñuda y lúgubre cerca de la Penitenciaría, quedaría encerrado el vistoso monumento que nos desvelamos en realizar. Algo mejor puede descubrirse sin duda que este jardincillo en que hemos ido agolpando heterogéneas construcciones: a más del busto de la señora Dammert y de la estatua de D. Manuel Candamo, los tres arcos supérstites de las sacrificadas rejas (sin que para salvarlas, en lo demás de la Exposición, antes de mi período, valieran los ejemplos parisienses, siempre entre nosotros tan poderosos, de las del Luxemburgo y el jardín de las Tullerías), el pabellón de Higiene con progresivos aditamentos y el anchuroso y claro Museo Italiano, que es por otra parte en su interior uno de los más recomendables ambientes estéticos de la Lima novísima, excelente colección de discretas y apacibles pinturas, casi ignorado refugio de arte, tan abandonado desgraciadamente por el público y por la sección ministerial a cuyo cargo corre, pero que con su simpática mole ocupa el lado oriental, e impide así la vista de la gran plaza. Ni se remedia esta exigüidad y apretura del Parque Neptuno trasladando según está acordado, el busto de la señora Dammert; porque el emplazamiento que restará vacante, es excéntrico y resultaría en él la fuente apartada del eje principal, reclusa en un ángulo, pero siempre con el fondo de los árboles grisáceos y caducos, que ya he señalado, impropios para la blancura de la piedra escogida. De seguro que en el Parque de la Reserva con las Alamedas de Santa Beatriz que subsisten, con los pinos y cipreses modernos

del lado sur; o con los diversos que en todo caso pueden allí plantarse dondequiera; hay muchos puntos de vista superiores a los de la breve y terrosa área del Parque Neptuno.

Con esta explicación, cuya latitud Ud. y el público han de dispensarme, en atención al cívico interés que me mueve, he agotado cuanto tenía que decir acerca del monumento a D. Ricardo Palma. He correspondido así de antemano a la amable invitación para la encuesta que me dirige Ud. No me queda ya sino reiterarle mi agradecimiento por sus elogiosas palabras.

Con atención y estima, soy de Ud. obsecuente amigo y servidor.

HOMENAJE CENTENARIO A  
D. RICARDO PALMA (1933)

**C**UENTO entre las mayores honras y satisfacciones de mi vida, haberme tocado pronunciar este elogio público de D. Ricardo Palma en el primer centenario de su nacimiento, así como hace diecisiete años me correspondió el del Inca Garcilaso en el tercero de su muerte. Porque, en épocas distintas y en géneros análogos, el Inca Garcilaso y D. Ricardo Palma, el cronista cuzqueño y el tradicionalista limeño, son, sin duda alguna, los más representativos de nuestros escritores, los dos literatos que realizan más cabal y gloriosamente las peculiares propensiones artísticas de nuestro carácter peruano. Los argumentos de sus obras esenciales y la manera de tratarlos, o sean el fondo y la forma, los constituyen perfectos trasuntos del

Perú; y el patriotismo en ellos a la par se alimenta y se recrea. En las páginas de ambos se deleitó mi niñez; mi juventud se empleó en estudiarlos críticamente; y mi madurez les rinde el merecido homenaje en sus solemnes conmemoraciones seculares. La ternura por las costas vernáculas, el apasionado apego a los recuerdos y usos de nuestra tierra, los sentimientos patrios, en suma, tienen en los relatos de ambos autores sus más amenas y claras fuentes.

En el caso de D. Ricardo Palma, a la simpatía literaria se agrega el vínculo de mi cariñosa amistad. No pasaba yo de los ocho años cuando mi abuelo me llevó a conocerlo, como a un monumento curioso. Acababa Palma de regresar de España; y al oírle hablar con los míos, conjuntamente de personas familiares y de pretéritos sucesos, mi mente pueril adivinó en él un benigno brujo que convertía lo lejano en próximo, lo muerto en redivivo, y que nos hacía contemporáneos de lo pasado. Entonces se guardaban, en los salones de la Biblioteca, la galería de retratos de los gobernantes, y los cuadros de Lazo y de Merino. Aquel día D. Ricardo me los enseñó y explicó, respondiendo con indulgencia a las incesantes preguntas de mi vivacidad infantil. Desde esa tarde, para mí memorable, su imagen se me asoció de inseparable manera con las de los arcaicos personajes; las sangrientas escenas de nuestros lienzos románticos, como *La venganza de Cornaro*, ante la cual se detuvo un buen rato; y las pintorescas figuras de frailes y tapadas, que en dicho embrionario museo aparecían. Mi ingenua mirada de niño lo situó en su exacto medio espiritual, presintiendo de golpe la serie íntegra de sus *Tradiciones*. Bastantes años después, evoco nuestras charlas, cuando, estudiante universitario, acudía yo con igual solicitud a consultar los libros de la Biblioteca y las remembranzas del anciano Bibliotecario ilustre; su venerable e insólita asistencia personal en la Facultad de Le-

tras, con que quiso realzar las ceremonias de mis grados académicos; luego la célebre velada del 11 de Marzo de 1912, en que la juventud intelectual le tributó fervorosa adhesión, al propio tiempo que él y nosotros expresábamos de consuno inquietos presagios sobre el porvenir del país, por desgracia sobrado cumplidos; y en fin, su serena senectud triunfal, su limpio ocaso de apoteosis en Miraflores, cuando del campestre retiro vino únicamente a su Lima a recibir las aclamaciones de los representantes estudiantiles de la América Española, y a bendecirlos con efusión, como un abuelo excelso, en nombre de la común herencia que a todos nos hermana. Las noticias de su tranquilo apagarse de octogenario y de sus espléndidos funerales, fueron en 1919 a reanimar en el extranjero mis memorias y mis nostalgias. Hoy, al contarse cien años de su natalicio, han inaugurado en la Biblioteca que tanto amó y que restauró con su esfuerzo, la legítima obra de arte de su busto, ciñéndolo y regándolo de flores, tal como él lo deseaba y preveía en 1909, cuando rehuyó la coronación poética; y ahora nos reunimos aquí, en este centro magnánimo de *Entre Nous*, que tan bien substituye a las desfallecientes corporaciones literarias locales, y que es acreedor por ello al reconocimiento, no sólo de la familia de Palma, sino de todos los que somos admiradores del maestro incomparable. En rededor del duplicado de su busto, debido, como el de la Biblioteca, al vigoroso escultor español Piqueras, y obedeciendo al requerimiento de un gratisimo deber de cultura y peruanismo, vamos a estudiar una vez más los principales aspectos de la personalidad literaria de Palma, y a celebrar justamente las dotes que lo hicieron el más característico y famoso de nuestros prosistas en el pasado siglo.

Los veinte primeros años posteriores a la desaparición de un gran escritor, suelen ser los más desfavorables para su recta apreciación y crédito. Pocos se libran de la

reacción extremosa. Después del luminoso cortejo del tramoto y de la glorificación que acompaña a las exequias, se manifiestan en el público la saciedad y el hastío, el movimiento oscilatorio de la contradicción, las peripecias del tránsito ascendente desde las diarias categorías artísticas hasta las históricas, y en el fondo el desquite de ese vil instinto humano que de pésima gana soporta el ostensible yugo de la superioridad. Las famas que sobrepujan tan difícil período y salen casi indemnes de sus embates (pues algo les merma, aun a los máximos, el ritmo pendular de la moda), quedan ejecutoriadas y probadas en definitivo troquel. Y es lo que va ocurriendo con la de Palma. Ni en el número de los lectores, ni en la resonancia de la popularidad, ni en el gusto de los críticos, ha perdido en escala considerable. Hasta podría sostenerse que la actual boga del neocolonialismo en arquitectura, costumbres y mobiliario, le hace ganar terreno. Tras las loas fervientes, contemporáneas de su vejez, verbigracia las de Ventura García Calderón, los recientes juicios, como los de Ors y Díez Canedo, que son de 1924, el de Gómez de Baquero, que es de 1925, y los de Pérez de Ayala<sup>1</sup> y Luis Alberto Sánchez, que son de 1927, señalan la persistencia del interés y el agrado. La ardua prueba ante la descontentadiza posteridad inmediata, se trueca en victoria. Yo de mí sé decir que ni las vicisitudes de la vida, ni las naturales modificaciones de mi criterio, —el cual procuro mantener abierto a las nuevas enseñanzas e impulsiones estéticas, y a la sincera revisión de valores— han invalidado en punto substancial mi admiración por las *Tradiciones Peruanas*. Las releo con la misma afición y encanto que en mi mocedad, si bien no es siempre la misma que antes la razón de mis aplausos. Indicaré sumariamente las corroboraciones o retoques que se me ocurren acerca de las cuestiones

<sup>1</sup> Prólogo de Ramón Pérez de Ayala a *La boda de D. Juan*, novela de Carlos M. Noel.

suscitadas por la obra de Palma, y tratadas por mí en dos antiguos ensayos.

La índole de Palma fue, según lo certificarán cuantos lo lean y cuantos lo conocimos y tratamos, la más genuinamente limeña que cabe, y en consecuencia muy auténticamente peruana. La pretensa dualidad antagónica infranqueable entre la capital y las provincias, y en particular entre los espíritus costeño y serrano, es en gran parte imaginaria y amañada; y por vehemencia disociadora o retórica barata han procurado algunos abultarla hasta extremos inverosímiles y absurdos. Nadie niega que las diversas regiones de país tan extenso y vario ofrezcan matices propios de sensibilidad; pero la historia y la observación cotidiana nos demuestran que esas divergencias secundarias concurren dentro del tipo fundamental psicológico patentizado en toda nuestra evolución. Conforme a él, era Palma brillante y fácil, gracioso y leve, a la vez burlón y entusiasta, irónico a flor de piel e indulgente, y harto inclinado a seguir las imitaciones y modas de su tiempo. Dos predominaban en su juventud: el romanticismo en el arte, y el liberalismo en el pensamiento y la política. Adoptó las dos, sin advertir que eran por esencia contradictorias, como no lo advirtieron tampoco en inmensa mayoría sus coetáneos americanos y europeos. El romanticismo ensalzaba lo que en el liberalismo rechazaba y destruía. El romántico se enternecía y lamentaba sobre los escombros amontonados por el liberal. El romántico rendía culto al ideal caballeresco, a la aventura trágica, al pesimismo soberbio, a los deslumbradores fantasmas de lo pasado, mientras que el liberal consecuente pugnaba por el advenimiento de una sociedad utilitaria y optimista, apaciguada y burguesa, sin concentración, sin recia disciplina, sin desigualdades ni desniveles, ni coloridos contrastes. Prescindiendo de fugaces accidentes y engañosas circunstancias, tales eran los opuestos sentidos de las dos

principales corrientes afectivas en el siglo XIX. Ambas penetraron fluctuantes en la vida y los escritos de Palma; y explican sus antitéticas faces.

Muy lejos estoy de atribuir desmesurada importancia a sus variaciones políticas; pues bien sabemos cuán versátiles, efímeras y personalistas fueron aquellas viejas contiendas. Pero para su formación mental no hay que olvidar que, nacido de una familia partidaria del Mariscal Santa Cruz, cuya figura encomia en su última *tradición*, fechada el año de 1914, se inició en la carrera literaria, casi niño, con unos versos panegíricos en memoria de su rival Gamarra,<sup>2</sup> y enaltecíó a su otro rival Salaverry en innumerables pasajes de sus leyendas; y que, por largo plazo alumno de D. Bartolomé Herrera y luego militante vivanquista, condiscípulo o íntimo amigo de los entonces más netos reaccionarios (Lavalle, Barinaga, Piérola, Pedro José Calderón, Solar, etc.), colaboraba sin embargo, desde los dieciocho años, en calidad de gacetillero, en periódicos izquierdistas y anticlericales, como aquel *Correo de Lima* cuya imprenta estaba en la calle de Aumente, y cuyos inspiradores eran los proyectos magistrados Mariátegui y Benito Lazo, representantes de la exaltada generación democrática de la Independencia. Es conocidísimo cómo fue después fiel adepto del partido liberal doctrinario de D. José Gálvez; y padeció por ello persecuciones y destie-

---

<sup>2</sup> No. 2824 de *El Comercio*, correspondiente al día 26 de Noviembre de 1848 (citado por José Gálvez en *Nuestra pequeña historia*).

D. Ricardo, que en aquella época se firmaba Manuel Ricardo Palma, desde éste su prematuro estreno y tímida primicia, se tomó grandes libertades con la verdad histórica, a fuer de poeta y futuro tradicionista, transfigurándola y hermoseándola hasta el punto de cantar de D. Agustín Gamarra nada menos que las siguientes textuales y encarecidas hipérboles:

*Siempre marchó con luminosa tea  
Y, cual el cóndor con triunfante garra,  
Y era su voz, en medio de la guerra,  
El eco de la paz y libertad.*

rros. Mas cuando funcionó la atrevida Constituyente de 1867, lógico resultado del liberalismo, la satirizó en *La Campana*, y si bien se muestra, en el escaso folleto *Semblanzas por un campanero*, partidario de la tolerancia de cultos y se da trazas para recordar elogiosamente a Vigil (a quien, dicho sea de paso, con frecuencia había servido adolescente de amanuense), no perdona a los tribunos de la izquierda, y zahiere con ensañamiento a Casós, Quimper y Bambarén, mientras alaba a los conservadores principales, Arenas y García Calderón. Al año de bosquejar esas semblanzas, cierra significativamente su ciclo político plegándose a la causa de Balta, que siempre estuvo muy tachado de conservador, como que destruyó la Constitución del 67, reprimió las manifestaciones contra el Vaticano y gobernó con el núcleo derechista. Dentro de esa situación, llegó a ser Palma secretario privado del Presidente, y Senador por el Departamento de Loreto.

Si en él la vida pública no fue descollante ni sistemática, tampoco lo fue la producción lírica. Sus versos son sus obras menores. Pero no hay que desdeñarlos, como él mismo y otros críticos, por remontada presunción, lo han hecho. A pesar de su tenuidad y defectos, se sostienen muy bien al lado de los de sus compatriotas de aquella época. No tendrán la alteza y empuje de Carlos Augusto Salaverry, ni la clásica corrección y el patetismo que con frecuencia avaloran los de Clemente Althaus; pero resaltan por la animación, el despejo y la fluidez. Los más inseguros y débiles son naturalmente los primeros, coleccionados bajo los nombres de *Juvenilia* y de *Armonías*. Poesía de reflejos, como la de todos los principiantes: aprendida en Zorrilla, Esproceda y Arolas. En *Plegaria* suenan ecos flagrantes de la popularísima versión de la *Oración por todos* huguesca debida a D. Andrés Bello. Cuando se inclina excepcionalmente a la estricta escuela clásica, como en *Veintiún años*, repite la fraseología de

los autores académicos de principios de ese siglo, para revestir sentimientos de amargura y misantropía románticas. Los zorrillescos himnos devotos a Dios y al Cristianismo alternan con las rebosadas declamaciones anticatólicas, que han de menudear luego en sus posteriores escritos. Razón tuvo para confesar categóricamente, en el prólogo con que en 1910 precedió sus versos juveniles: "Los románticos de 1845 a 1860, en América, fuimos verdaderos neuróticos por lo revesado y *contradictorio* de nuestros ideales, ora henchidos de misticismo ampuloso y de candor pueril, ora rebosando duda cruel o desesperanza abrumadora". Así, él propio ha diagnosticado con exactitud implacable el vacilante artificio de toda esta poesía, correspondientes a los dóciles calcos que componían a la sazón nuestra vida social, intelectual y política. Su orientalismo está tomado de Arolas; su almibarado humanitarismo, paralelo al de los *gólgotas* de Nueva Granada, proviene de Lamartine; el andalucismo de sus serenatas, *cabe la cerrada reja*, que al fin es antecedente inmediato de nuestro criollo limeñismo, significa la tradición española reavivada hasta en sus mínimos accesorios, con el amoroso celo que en su cultivo puso siempre Palma, y que en lo físico lo hacía envolver su esbelta y cenceña silueta en los pliegues de la capa castellana. Pero sus tribulaciones y querellas no son todas afectaciones románticas. Por más equilibrado y sonriente que fuera de carácter, los contratiempos de la juventud imprimieron, en las volanderas endechas, veraces huellas. De seguro que no finge cuando en la emigración exclama:

*Las brisas de la patria aquí no olean  
Con su soplo mi frente enardecida,  
Ni alivio blando a mi congoja crean  
Mi padre anciano, mi gentil querida.*

*En la noche, el apoyo de mi brazo,  
 Tu cuerpo en vano buscará doliente,  
 ¡Pobre viejo! Al herirme, de rechazo,  
 Hirió el destino tu ánimo valiente.*

Mas tampoco se deja abatir por la adversidad largo tiempo. Su orgánico optimismo, su propia ligereza espiritual, lo consuelan pronto. Las acerbadas reflexiones del *Poema en cuatro sonetos* rematan en cuatro chistes inofensivos, sin veneno de sarcasmo, aunque lo pretenda. Cuando peor sesgo toman los sucesos, espera y chancea:

*De la borrasca a la merced boguemos,  
 Y en la bonanza próxima fiemos.  
 . . . . .  
 Siempre asoma la risa en mi semblante,  
 Siempre la burla entre mis labios juega.*

*Mas sé, con pena tirana,  
 Mi bien, que ni tú ni yo,  
 Hemos de enmendar la plana  
 Al que este mundo creó.*

Los *Cantarcillos* son graciosas imitaciones de Trueba. Ya predomina francamente en ellos el elemento popular, satírico y *folklórico* que ha de constituir el principal encanto de las *Tradiciones*. Hay zumba de la actualidad política, a lo Felipe Pardo y a lo Mesonero. Las series siguientes de poesías, entre imitaciones y traducciones de Heine, reminiscencias de Bartrina y Campoamor, escarceos trovadorescos o en *fabla* medioeval, letrillas o anécdotas licenciosas,<sup>3</sup> marcan la rápida progresión del naturalismo

<sup>3</sup> El cuentecillo en verso, *Una mendiga ciega*, que está en *Verbos y gerundios*, limeñizado por Palma allá en los tiempos del Virrey inglés, es el de Alibec y Rústico del *Decamerón*, Jornada Tercera, Novela X, desde antaño repetido por Francisco Sacchetti y el Abate Casti.

picaresco, la definitiva y proverbial fisonomía de Palma. Si alguna melancolía subsiste en el ánimo, si sobrevienen las infalibles acometidas del destino, cifrará el empeño en disimular las penas bajo la sonrisa, con el púdico estoicismo de los últimos románticos y de los parnasianos, que entonces privaban:

*Arca santa el corazón  
Sea de los sufrimientos,  
Darlos a los cuatro vientos  
Es una profanación.*

*Tu sabes bien que el dolor,  
Si es verdadero y profundo  
Ha de esconderse ante el mundo  
Con cierto noble rubor.*

En verso como en prosa, olvidado el mimetismo de la iniciación juvenil, llega a encajar espontáneamente entre sus congéneres, entre sus legítimos antepasados espirituales, mayores algunos, pero en nada desemejantes: el Arcipreste de Hita, Boccaccio, Batres, Caviedes y La Fontaine.

No es otra la transformación de su manera en prosa, que he de examinar más despacio, por su interés superior e innegable valer.

El primer artículo literario que conozco de Palma, es *Consolación*, de 1851, recuerdo de colegio bordado sobre los temas románticos del suicidio por amor infeliz y los jorobados sentimentales. Llevaba ya compuestos y representados, cuando menos, dos dramas históricos en verso, *Rodil* (1851) y *La hermana del verdugo*, éste de las guerras civiles de la Conquista. Bastan los títulos que retenemos, para darnos cuenta del género melodramático y románticísimo a que pertenecían. En su madurez, los

denominaba "disparatados abortos de mi numen".<sup>4</sup> A la misma época y estro corresponde su primera ficción en prosa, *Oderay* o *La muerte en un beso* (1852), equivalente en todo a *Flor de los cielos*, leyenda en verso, inconclusa, que escribió hacia el propio tiempo, a imitación del poema *Gonzalo de Oyón* de Julio Arboleda. En su derredor, sus amigos explotan idéntica vena de sentimentalismo e historicismo candorosos, en dramas, narraciones y romances. Corpancho, apartándose del pasado americano y ascendiendo a los indirectos orígenes europeos, lleva a la escena a los Cruzados y a los Caballeros Templarios. Aníbal Víctor de la Torre publica su cuento *La cruz de Limatambo*. Hasta el costumbrista criollo Segura, ensaya la novela folletinesca arcaizante en *Gonzalo Pizarro*. Tal fue el ambiente literario que formó a Palma; y de aquí arrancan sus *tradiciones* primogénitas. Con irrefragable autoridad de padre, él propio las definió como *novelas en miniatura, novelas homeopáticas*.<sup>5</sup>

Es notorio que el impulso y modelo de toda novela histórica romántica y basada en *folk-lore*, se halla en Walter Scott, y que su ejemplo creó y difundió dicho género en las literaturas latinas de Europa y América. Por eso no pude menos de indicar a este lejano pero evidente inspirador de Palma, en mis anteriores estudios. Sin embargo, dos críticos lo han impugnado por impertinente. Para ello habría que comenzar rebatiendo al mismísimo Palma, en lo que más de cerca le atañe y es su competencia más irrecusable, pues no le hemos de negar conciencia de su obra y maestros. Al tratar del libro de su discípula cuzqueña, la Señora Matto de Turner, y explicar las condiciones que la *tradición* requiere, declara a la letra que "su tela es la de la novela histórica cultivada por *Walter Scott* en Inglaterra, *Dumas* en Francia, y *Fernán-*

<sup>4</sup> Prólogo a las obras de Segura (1885).

<sup>5</sup> *Tradiciones Peruanas* (Edición Oficial, Calpe, Madrid), tomo V, pág. 362.

dez y González en España".<sup>6</sup> No fue, pues, capricho o vana conjetura mía. Y aun cuando Palma, en esta y otra ocasión, no lo hubiera declarado explícitamente, era facilísimo deducirlo de obvias razones cronológicas, conocidas las lecturas e influencias de esa edad. Las traducciones españolas de Walter Scott, desde la de Moreno en 1830, inundaron las bibliotecas peruanas, como lo atestiguará cualquiera que las haya compulsado. Seguramente Palma conoció y manejó esas ediciones de Moreno y Jordán, o las siguientes, desde su primera juventud. Ni ha de imaginarse nadie a Walter Scott sempiternamente grave, rígido y de una pieza, ajeno a la risa y a las caricaturas, petrificado en la solemnidad de su mundo gótico y feudal; porque millares de sus páginas desmienten idea tan inexacta, y la comicidad de infinitos de sus tipos, como el Barón de Bradwardine, la de Tillietudlem, Guy Mannering, el Anticuario, y hasta el Mayor Dalgetty, y tantos otros del siglo XVIII, recuerdan las zumbáticas *Tradiciones* de nuestro paisano, habida cuenta de las diferencias entre el *humour* escocés y la sal criolla. Pasando ahora a los conductos intermediarios, rememoraré que los más indudables imitadores de Walter Scott, como los franceses Dumas, Vigny y Hugo, y los españoles Larra, Zorrilla, Enrique Gil y el Duque de Rivas, fueron a su vez los modelos preferidos de nuestros románticos. El autor favorito de Palma, sabemos que era Larra, cuyo *Macías*, en drama y en novela, descubre indeleble estirpe escotiana.

A más de las leyendas en verso de Zorrilla y el Duque de Rivas, tan populares en el Perú y tan leídas por Palma, no faltaron, en el período romántico de la metrópoli, breves cuentos históricos, desde el de D. Serafín Estébanez Calderón, *Cristianos y moriscos*, hasta las delicadísimas leyendas de Becquer, incluyendo la del gran

---

<sup>6</sup> Idem, *ibidem*, pág. 361.

amigo de Espronceda, García Villalta, *El golpe en vago*, que se aproxima a las primeras *Tradiciones Peruanas*, aún en la sorna liberal y anticlesiástica. Por más que sobre Palma no hayan influido, conviene finalmente citar, de la literatura portuguesa, la contemporánea y análoga inspiración de Alejandro Herculano en *Lendas e narrativas* (1838-1858), y de la italiana, la del napolitano Carlos Tito Dalbono en sus *Tradizioni popolari* (1841-1843); tan poco respetuosos los dos, del propio modo que el limeño, de la nimia fidelidad histórica y de las instituciones religiosas.

Las primitivas tradiciones de Palma, que aparecen en *La República*, *El Liberal*, *La Revista de Lima* y otros periódicos, hasta 1870 (*Lida*, *Infernum el hechicero*, *Palla Huaracuna*, *El Nazareno*, *La hija del oidor*, *Mujer y tigre*, *Justos y pecadores*, *El Cristo de la Agonía*, *La casa de Pilatos*, *Predestinación*, que en su redacción originaria se intituló *Una tragedia de bastidores*), no todas recopiladas en la *Primera Serie*, son meramente leyendas románticas, populares y arqueológicas, de igual estilo y corte que las publicadas en las mismas revistas y diarios por José Antonio de Lavalle, Doña Juana Manuela Gorriti, Acisclo Villarán y Juan Vicente Camacho. Lavalle se ajustaba más a la realidad histórica, cuando no caía en floreos sentimentales; Villarán se ladeaba ya al criollismo costumbrista; y el venezolano Camacho, domiciliado en Lima, al confundir y trastocar los recuerdos de conocidísimas familias del Virreinato, por ejemplo en *De quién a quién*, superó las audacias inventivas de D. Ricardo. El color local, en estas muy prematuras y aceleradas leyendas de Camacho y Palma, suele ser anacrónico, según bastaría a probarlo el gótico mueblaje de la Doña Engracia de *Justos y pecadores*; y el estilo peca de amanerado y falso arcaísmo. No obstante, al lado del énfasis, fluye en las narraciones de los leyendistas, la vena juguetona y chancera, propia

del carácter de los autores, del tono del país y de patentes dechados literarios. Agudezas satíricas desparramadas en leyendas poéticas, se hallan a cada paso en Byron y en sus imitadores españoles, Espronceda y José Joaquín de Mora, leidísimos por aquella generación. Los socarrones poemas de Mora, algunos inspirados en épocas relativamente próximas, como *El Policarpo*, formaron escuela en Chile y el Perú, países donde Mora había vivido; y engendrado *El proscrito* de Bello y la *Isidora* de Pardo, que se quedaron en fragmentos, y *El campanario* de Sanfuentes. Apenas habría más que resumirlos en prosa, reteniendo el irónico acento y los giros del lenguaje, para obtener genuinas tradiciones de Palma.

Pero el más perfecto antecesor de nuestro insigne tradicionista, su más digno émulo y fiel hermano, es el guatemalteco Batres, quien le lleva en el tiempo considerable ventaja, pues murió en 1844 y sus poesías se imprimieron ese propio año. En el país de Guatemala, tan parecido al nuestro y equiparable, por clima, hábitos y razas, brotó con Batres Montúfar la alegre flor de la tradición colonial en verso, igualmente viva, reidera y desenfadada que la tradición peruana en prosa. Hay similitud y aire de familia entre el desfile de históricos apellidos en el paseo del estandarte del *Reloj* de Batres, y el catálogo de Palma en *Un litigio original*, o sea el pleito de las carrozas. En mil toques más se advierte la confraternidad de ambos ingenios. La pintura de las facciones y estratagemas de la Doña Clara en el mencionado cuento *El reloj*, la de las fiestas y saraos en la dominación española, los chistes sobre las prácticas devotas, las guasas contra la anarquía republicana, gobernantes y congresos, todo anuncia en Batres las páginas de Palma.

En el extenso país inmediato a Guatemala, en Méjico, muy análogo al Perú por la magnitud y calidad de sus herencias indígena y virreinal, aparece también un

notable grupo literario de tradicionalistas, pero nó de tinte libertino y volteriano, como en Lima y Guatemala, sino graves, austeros y ardorosos, de acuerdo con su carácter nacional. Son los románticos D. José Jesús Díaz, su hijo D. Juan Díaz Covarrubias y D. José María Roa Bárcena. Este último, perteneciente al grupo conservador e hispanófilo de Pesado, publicaba por 1862 las *Leyendas mejicanas*, tomadas unas de la historia india, y otras de la época del Virreinato. Los tres mencionados, no fueron sólo narradores y recolectores de consejas y costumbres, sino poetas descriptivos de la naturaleza, paisajistas delicados y tiernos, que nos hacen sentir el encanto de sus comarcas tropicales, la claridad del cielo y de los plantíos de caña dulce, los trapiches, platanares y bosques de las tierras calientes, los huertos, trigales y molinos de las tierras templadas, las calles tiradas a cordel, las enrejadas ventanas, la música de las arpas, y las iglesias y blasonadas casonas del Anáhuac y de su Jalapa nativa. En período posterior, coetáneos de Palma y a menudo tan agradecidos como él, continuaron allí el género tradicional Juan de Dios Peza y D. Vicente Riva Palacio, cantores de la gran ciudad de Méjico, la capital de las cúpulas, de las puertas talladas y repujadas, y de los santuarios coruscantes.

Desde la Primera Serie de las *Tradiciones Peruanas*, junto a las románticas y nostálgicas leyendas, lances de capa y espada, y supersticiones maravillosas, se muestran los cuentos verbosos y dicharacheros, como D. *Dimas de la Tijereta*, inspirados en las antiguas novelas picarescas españolas, y las anécdotas festivas y placenteras, como *Las cayetanas*, *La Castellanos* y *Un predicador de lujo*, rebosantes de garbo dieciochesco. Hacia 1870, Palma abandona definitivamente la seriedad del estirado y espiritado romanticismo; y en sus manos la tradición se hace maliciosa, cómica y realista, a pesar de los temas arcaicos

y del propio modo que en Batres. ¿Cuáles fueron las influencias que cooperaron en este cambio, tan consonante con la idiosincrasia del autor? Ante todo, los costumbristas españoles, contemporáneos de los puros románticos y que encarnaron la necesaria antítesis de éstos: Larra en primer término, luego el manso y divertido anticuario Mesonero Romanos, Antonio Flores, y quizá hasta el clásico Somoza, incrédulo y enciclopedista. Ya el costumbrismo de la primera mitad del siglo XIX había cuajado entre nosotros con frutos sazonados, como los dos primorosos artículos de Pardo, el *Paseo a Amancaes* y el *Viaje del niño Goyito*, y los de Segura. Subiendo de aquí a los castizos predecesores, Palma estudió a Cervantes y a ciertos novelistas de los siglos XVI y XVII. Nos confiesa que, al salir de los claustros universitarios, cuando era atropellado periodista, desdeñaba *El Quijote*, pero, en sus años de contador de Marina, leyó atentamente la colección de Rivadeneyra, y en ella de seguro *El patrañuelo* y *El sobre-mesa o alivio* de Timoneda, cuya airosa brevedad tantas veces iguala (pues Aribau los incluye en el tomo de *Novelistas anteriores a Cervantes*, que es de 1850); y su mentor y jefe político de aquella temporada, el General Vivanco, ferviente cervantista, le fomentó sin duda estas devociones literarias. Saboreó bastante a Quevedo, y le tomó retahilas y refranes, sin llegar al tuétano de su misantropía sentenciosa y tético humorismo. Otro libro viejo castellano que consultó y aprovechó con asiduidad fue el florilegio de sucedidos y dichos picantes, intitulado *El deleite de la discreción y escuela de la agudeza*, publicado en Madrid el año de 1749 por el undécimo Duque de Frías, D. Bernardino Fernández de Velasco y Pimentel.<sup>7</sup> Desde la Segunda Serie, *De potencia a potencia*, lo cita; y después, en otras varias tradiciones. De estos com-

<sup>7</sup> La segunda edición del libro de este Duque de Frías, es de 1764; y hay otra tercera, de 1770, un año antes de la muerte del autor.

ponentes resultó su estilo, no sin afeites y mimos, pero con todos ellos jugoso, vivaz y suelto, a la par tan limeño y tan español, tan criollo y frescamente popular, y de tan clásico dejo, verdadero antídoto de la exangüe, desvaída, galicista y lamentable jerga que los más de sus compañeros y sucesores emplearon.

Tal como la constituyó Palma, la *tradición* es un género mixto o mestizo, producto del cruce de la leyenda romántica breve y el artículo de costumbres. Muchas, como *La niña del antojo* y *La llorona del Viernes Santo*, son simples apuntes de costumbrista. En la carta literaria a Obligado, revela sus propósitos y procedimientos: "La *tradición*, dice, es romance y no es romance; es historia y no es historia. La forma ha de ser ligera y regocijada; la narración rápida y humorística. Me vino en mientes plactear píldoras, y dárselas a tragar al pueblo, sin andarme con escrúpulos de monja boba. Algo, y aun algos, de mentira, y tal cual dosis de verdad, por infinitesimal que sea; mucho de esmero y pulimiento en el lenguaje; y cata la receta para escribir *tradiciones*".<sup>8</sup> Su discípulo Ricardo Rossel agregaba, entre bromas y veras: "Con cuatro paliques, dos mentiras y una verdad, hilvana Palma una *tradición*". Establecida y proclamada así la libertad de invención, significaría candidez o mala fe exigirle rigurosa exactitud en nombres y pormenores. No pretende escribir historia puntualmente fidedigna. Su verdad es la general e ideal del Arte, que reclama y puede alterar los hechos secundarios, para aumentar la significación y belleza del conjunto. Por eso sus infidelidades son deliberadas casi siempre. A veces yerra simplemente por precipitación o descuido, de que ni los severísimos eruditos se libran; pero de ordinario, cuando varía o desfigura la verdad, sabe por qué lo hace, por razón de armonía, de mayor verisimi-

---

<sup>8</sup> *Tradiciones Peruanas* (edición oficial, Calpe), tomo V, págs. 325 y sgts.

litud estética, o de prudencia práctica y decoro. Puede gustar más o menos el sistema, o aun ser contraproducente en ocasiones; pero hay que admitir su licitud en literatura, pues sin él no habrían existido ni la novela histórica, ni el poema épico, ni el drama histórico, ni la tragedia.

Del alma e inspiración románticas, conservó inmutable el cariño a lo pretérito. Como dice Ventura García Calderón: "En Palma la travesura no impide el entusiasmo ni la emoción sincera ante lo pasado". En sus proemios poéticos, el mismo tradicionista nos lo inculca ante cada serie de chispeantes leyendas:

*A veces tanto en verdad  
Me identifico con ellas,  
Que hallar en mí pienso huellas  
De que viví en otra edad.*

.....

*Fue mi embeleso, desde que era párvulo,  
Más que en el hoy, vivir en el ayer.*

Ese embrujamiento de lo arcaico, propio de historiadores y artistas, especialmente en la última centuria, lo poseyó por entero. Y no era en él artificio retórico ni pegadiza afectación arqueológica, sino, como ocurre con los *pasatistas* de complejión, comunidad efectiva con el espíritu de otras épocas, efusiva continuidad de vida con lo pasado, ya que tanto de lo pasado subsiste siempre invívito e imperecedero, íntimo y por eso poético, en las raíces de lo presente. Claro es que este eficaz empuje retrospectivo y resurrector no podían infundírsele de veras (ni fingírsele cual otros, por *esnobismo*, que decimos ahora, a un hombre espontáneo y natural, como era él), los ajenos y remotísimos recuerdos medioevales de Europa; y ni siquiera los incaicos y precolombinos de nuestro Perú, desli-

gados de nuestra existencia presente y costeña, escasos en relatos escritos, y muy oscuros y mal conocidos entonces. En cambio, la Conquista, las guerras civiles del siglo XVI y toda la época del Virreinato, le suministraban sin esfuerzo el equivalente de lo que eran la Edad Media y el Renacimiento para los románticos europeos; y los últimos años del siglo XVIII y primeros del XIX, con ese goyesco hervor de vida popular que prevaleció en los reinados de Carlos IV y Fernando VII, ofrecían la ventaja de un pasado añorado y reciente, cuyos típicos usos, a todos inteligibles, se esfumaban en crepúsculo que atraía la benévola atención del poeta y del escritor de costumbres, y de que fueron entre nosotros acabados retratos las comedias y artículos de Pardo y de Segura.

Trató esta amplia materia histórica, que era la de su explicable predilección, con la rapidez, la salpimentada lisura, la ágil sobriedad y el burlesco donaire propios de su genio, y de su ciudad y patria. No amplifica; ni siquiera insiste; no aprovecha los asuntos, sino que los despilfarrá; no desenvuelve las situaciones ni los caracteres, sino que apenas los indica. De pasada, acumula cuentos, superponiéndolos y entreverándolos. Carece de paciencia y aliento para narraciones largas. Su obra es una galería, nó de serenas estatuas ni de heroicos bronces, ni aun de estampas románticas, las cuales abandonó muy pronto, sino de acuarelas costumbristas, como un álbum de Pancho Fierro, o de vasos de porcelana, como los exquisitos de la extinta fábrica madrileña del Retiro: ingeniosas y deliciosas figurillas que, sobre un fondo de tersa blancura y entre filetes dorados, reproducen las galantes y animadas escenas de la abigarrada sociedad del Antiguo Régimen. No era para D. Ricardo Palma la opulenta y pesada tarea de la novela histórica criolla flaubertiana. En vez de combinar y montar, sobre las áureas piezas de una diadema, los duros brillantes, las profundas esmeraldas, los encen-

didos carbunclos, las claras e indígenas turquesas, incrustando las gemas en recia y cincelada armazón, prefirió engarzar, en hilos sutilísimos y quebradizos, los aljófares o perlas coloniales, como las panameñas, desiguales y barrocas, de lindo oriente y caprichosas formas, que nuestras tatarabuelas usaban; y a veces, cual ellas lo hacían, las guardó sueltas en la cajonería enconchada del bufete filipino, al alcance de la mano.

Pero el mérito no se tasa por el tamaño del relato, ni por la externa y formal unidad de composición. Con tradiciones suscintas, desgranadas anécdotas, y apuntamientos reunidos por flojísimo lazo, nos ha legado Palma nada menos que la epopeya cómica de nuestra historia. Y ¿porqué cómica?, se preguntará. ¿Será acaso que nuestro pasado virreinal no se presta para otra especie de evocación, como con ceguedad y disparate manifiestos lo dogmatizan obtusos declamadores y entontecidos sectarios? Las heroicidades de la Conquista y de las subsecuentes guerras civiles bastarían para destruir alegación tan desatinada. Quedaron después las fabulosas hazañas de las entradas y descubrimientos, que al propio Palma dictaron la perdida novela *Los Marañoses*; persistieron sangrientos bandos en Quito, Potosí y Laycacota, y en el siglo XVIII sobrevinieron dondequiera formidables insurrecciones de indios y mestizos; surcaban de continuo y en todos tiempos, los mares próximos, los corsarios de las grandes potencias inglesa, francesa y holandesa, que muchas veces enrojecieron nuestros litorales; florecieron leyendas hagiográficas de milagros y martirios; en los claustros limeños nació un poema como *La Cristiada*, y Pedro de Oña continuaba *La Araucana*, sin descaecer demasiado del original; los estragos de los terremotos excedían a los de la peste de Milán, que tanto inspiró a Manzoni; y si, con la pacificación del Perú, la vida en Lima se hizo menos febril, como es forzoso en toda capital subalterna, hubo una ciudad en

Castilla, Avila, harto más secundaria y callada que la nuestra, que ha dado materia a la pujante y esplendorosa *Gloria de D. Ramiro* de Larreta. No por ser colonia ultramarina, dejábamos de formar valiosa parte del primero, más noble y más guerreado imperio del mundo; experimentábamos como propias sus vicisitudes y congojas; el ambiente espiritual y familiar, antes de la definitiva extranjerización y decadencia, que no llegó a nosotros hasta fines del siglo XVIII, era el mismo caldeadísimo de Lope y Calderón; y por eso nunca escasearon las catástrofes domésticas, por celos, honra y venganzas. Cuando Palma pretende interpretar todo esto, resulta inferior y nos sabe a poco, o fuerza la nota, cayendo en inverisimilitudes folletinescas, como en *Palabra suelta*, *Mujer y tigre*, *La monja de la llave*, *El Nazareno* (involuntaria parodia de un Mañara oculto), y aún en *La gatita de Mari Ramos*. En *El demonio de los Andes*, lo que lo atrae, no es la épica fiereza de las contiendas entre los conquistadores, la tragedia de las desmandadas voluntades o el bizarro bullir de las lides en las fragosidades del Perú inmenso, sino los gracejos y chistes con que condimentaba sus atroces ejecuciones Francisco de Carbajal. La sublevación de Condorcanqui pudo dar de sí bastante más que *El Corregidor de Tinta*, y la campaña marítima ante Cañete, en 1615, ilustrada con tantos hechos de arrojo y sacrificio, merecía cuadro más extenso y compuesto que *El tamborcito del pirata*. Pero sería descabellada y tiránica pretensión que, por haber mostrado Palma singulares dotes de finura epigramática y amenísima, le reclamáramos igual capacidad y vuelo para toda especie de temas y de acentos. Su vocación no lo llamaba a la seriedad heroica o dramática, ni al cuento sentimental; y habría sido más juicioso que no invadiera a menudo sus límites. Ingenios supremos de las estirpes más excelsas, y en las épocas más agitadas o grandiosas, atendieron de preferencia, como él, al lado risueño

y cómico de la vida. En el encarnizado y lúgubre siglo XIV, y entre las macabras escenas de la peste de Florencia, pule Boccaccio su regocijado *Decamerón*, y en la sombría Inglaterra lo imita Chaucer; sobre el terrible fondo de las batallas de los Cien Años, ilumina Froissart con vivos colores las gráciles y frívolas miniaturas de sus crónicas; junto a D. Pedro el Cruel, ríe el Arcipreste de Hita; junto a Francisco I y las matanzas de las discordias religiosas, retumban las carcajadas de Rabelais; en el purpúreo y rutilante Renacimiento italiano, construye el Ariosto sus brillantes e irónicas octavas, dorados cascabeles vacíos, que suenan a epicúrea irreligiosidad e indiferencia; en la edad altiva y adusta de los austriacos reyes Felipes de España, satirizó amablemente Cervantes, y Quevedo con desenvoltura funambulesca y sarcástica; y ante la suntuosa majestad de la corte de Luis XIV, pirueteó la malicia retozona y libertina de La Fontaine, Chaulieu, Le Sage y Tallement des Reaux. No carece, pues, D. Ricardo de ejemplares óptimos y de defensas excelentes. La risa es propia del hombre; y la alegría es la corona mejor con que se engalanan las razas de veras inteligentes y valerosas.

Ni se entienda que es *Las Tradiciones* un libro todo de bufonadas y facecias. Hay en sus páginas figuras de alta belleza moral, que relampaguean en contraste con caricaturas innumerables. No pinta siempre a la limeña antigua como la muñeca ambarina y caprichosa, gastadora y parlera, que hace guiños, mohines y dengues, que se mofa, y luego se enfada y obstina, progenie innegable de aquellas españolas del *Corbacho*, descritas, cinco siglos antes, por el Arcipreste de Talavera; sino que, rindiendo a nuestras paisanas mejor justicia, las exhibe a veces en actitudes de insuperable abnegación. Tal es la limeñísima Evangelina Zamora, de *Amor de madre*, que entusiasmaba con fundamento a Galdós: santa y sublime nieta de los

conquistadores, que no desmiente su sangre generosa, y en las márgenes del Rímac supera a sus más puras parientas europeas, a la *Estrella de Sevilla* (sea su autor Lope o quien fuere), a la Doña Blanca en el *García del Castañar* de Rojas, o a la resignada Griselda de Boccaccio, con quien es inevitable comparar a cada rato a Palma. Tal es también la campesina arequipeña de *Haz bien sin mirar a quién*, precioso dije de pureza manzoniana. Pasando a inferior esfera, cuando describe amores criminales, atina con los enérgicos arranques de la desesperación sacrilega del *Manchaypuitu*, la Condesa, en *La emplazada*, es digna de Bandello; y en la esquivia cómica guayaquileña María Moreno, la de los ojos garzos, de *Predestinación*, y en la despiadada asesina Benedicta Salazar, la cuarterona de Abajo del Puente, costurera de la Marquesa de Sotoflorido, la *Gatita de Mari Ramos*, ha suscitado criaturas fatídicas y trágicas, criollas y modosas hermanas de la *Carmen* de Merimée. Cuando, por supervivencia romántica, se complace en referirnos horrores espeluznantes, me recuerda el diletantismo terrorífico de Stendhal, no por cierto el de las novelas grandes, sino el de los cuentos romanos (*La Abadesa de Castro* y *San Francesco a Ripa*), los de Anatolio France en *Le Puits de Sainte Claire* y las novelas cortas del mismo Merimée.

Sus ataques a la clase aristocrática y privilegiada de la Colonia, no pasan de jugueteos arañazos; y están muy lejos del ensañamiento del Abate Parini contra los nobles milaneses, de las severas increpaciones de Jovellanos y aun de las doctrinales censuras del P. Feyjoó. Sus continuas pullas y chuscadas contra el mundo religioso y eclesiástico, y el celibato de sacerdotes y monjas, no tienen por único origen la frecuente lectura de Voltaire. Palma podía admirarlo mucho, y colocar siempre a la vista sus obras y su busto; pero no se le parecía sino en lo accesorio: le faltaban la variedad de tonos, el ardiente proseli-

tismo y la malignidad emponzoñada del Patriarca de Ferney. En sus arremetidas, casi temáticas, contra los jesuitas y los frailes, aprovechó sobre todos los residuos y las heces del volterianismo indirecto y ambiente en el siglo XIX, que desde Francia, con las canciones de Beranger y los tomos de Eugenio Sue, parodiados en el inefable *Monsieur Homais* de Flaubert, transmigraron a España, a las *Cartas del Pobrecito Holgazán* (Miñano) y del *Pobrecito Hablador* (Larra), y hasta a las tertulias progresistas de botica. Pero los espesos chistes de Palma en este capítulo, reclaman, por su fisonomía, harto más añeja alcurnia: arrancan, consciente o inconscientemente, de la Edad Media, con *Ser Ciappelletto*, *Frate Alberto* y *Frate Cipolla* en el *Decamerón*, los *fabliaux* franceses, los *Cuentos de Cantorbery* de Chaucer, y los dos Arciprestes; y continuaron en el Renacimiento con la *Celestina*, el *Crotalón*, Marot, el *Heptamerón* de la Reina Margarita, y aún, en las meras burlas inocuas, con el *Diablo predicador* de Luis de Belmonte, y las sátiras del P. Isla y de Fulgencio Afán de Ribera. Sobre estos y otros puntos, como en las jocosas enumeraciones de comidas criollas, y en el larguísimo y cómico catálogo de apellidos de la Colonia del *Litigio original*, se aproxima algo a Rabelais.

No alteremos, sin embargo, con la acumulación de fáciles analogías, el típico aspecto de nuestro festivo tradicionista. Sus primeros maestros, los tradicionistas españoles graves y en verso, el Duque de Rivas y Zorrilla, son como las ciudades que cantaron: Toledo, Granada, Córdoba y Sevilla. El caudal de los ríos ilustres corre aurífero y undoso bajo arcos imperiales de los romanos puentes; en los restos de las murallas, se yerguen cuadradas torres, ceñidas de adarves; las retorcidas callejuelas, entre violentas paredes encaladas, trepan a cigarrales y cármenes de fragante y cruel voluptuosidad leyendaria; los conventos y los palacios lucen pétreas portadas renacentistas y arte-

sonados mudéjares; los campanarios son alminares cristianizados; domina la ciudad un árabe alcázar maravilloso; y sobre los botareles y gárgolas de las catedrales gigantes, soplan soberbios vientos, que aborrascan la azul diafanidad del cielo hispano y estremecen los seculares ventanales. En cambio, Mesonero y Palma son el Madrid y la Lima de principios del siglo XIX: iglesias churriguerescas, casas con vastos zaguanes y balcones prominentes; ríos pedregosos y escasos, y en sus orillas, alamedas castizas, propicias a las meriendas, *nochebuenas* y romerías; tertulias de títulos y frailes, carrozas de consejeros u oidores; en las anchas plazas, graderías y portales que albergan corrillos de mentidero, ociosos, burlones e irreverentes. Y Rabelais es otro mundo, es como nuestra región amazónica: bosque enmarañado, monstruoso y fecundísimo; pantanos, cataratas y rompientes; en la extravagante espesura, rugen las bestias feroces, las serpientes silban, chillan los monos y los papagayos; y los ríos infinitos, como océanos de lodo, se precipitan entre desmesuradas barrancas, devastadas por la lepra.

Ricardo Palma fue único e inconfundible. Después de haber procurado agotar nosotros el estudio de las influencias, coincidencias y semejanzas que en él pueden advertirse, subsiste impávida, a través de nuestro análisis, su originalidad fina y gallarda. A pesar de los reparos y vaivenes del gusto en el medio siglo transcurrido, Palma permanece intangible, en florida y deleitable eminencia. Porque, como os lo decía al comenzar, nadie ha expresado con más fidelidad y cariño el alma y los sentimientos de nuestra capital y nuestra patria. Se ha hecho con razón el símbolo del Perú. En un período de exóticas modas, entre intelectuales canijos que, no obstante un romanticismo de pega, reputaban vulgar todo lo criollo, y desconocían la intensa poesía de lo popular, espontáneo y característico, Palma, casi solo, superando a sus precursores

Segura y Pardo, convirtió la atención a las costumbres y tradiciones nativas. Las allegó con piedad filial; las atavió con filigranas, arabescos y donaires; si les añadió invenciones, no fue sin sujetarse al precepto horaciano de la verisimilitud, *sic veris falsa remiscet*; y ya con suavidad chancera, ya con viveza lozana y restallante, ha eternizado en mil cuentos concisos y sabrosos decires la imagen de la historia y la sociedad peruanas. Sus relatos compendian cual ninguno la gracia inteligente, la benévola y señorial ligereza, y la alada amenidad del genio limeño. Fue, en América y dondequiera, por justa fama, por trascendencia mundial, por el sentido entero de su obra, el encomiador y reivindicador de Lima la noble y gentil, vilipendiada por la ignorante y vocinglera envidia de los hermanos menores.

Pero no ha encarnado únicamente el alma de esta amable ciudad. Escudriñó las consejas de las diversas regiones del país, costeñas y serranas. En numerosas tradiciones de caciques suicidas, de tesoros ocultos, de pueblos desolados, y en el ya citado *Manchaypuitu*, se ha asimilado los tonos con que el espíritu indígena se aparta del mestizo y del blanco. Sin estrechas exclusiones ni antagonismos rencorosos y abominables, ha enaltecido y ensalzado el Perú íntegro y total en el espacio y en el tiempo, en la armónica complejidad de sus zonas y períodos; y así ha acertado a ser uno de los más eficaces propulsores del patriotismo. Nos ha enseñado a todos a querer a nuestros antepasados; porque la ironía acariciadora que sobre ellos vierte, a manera de la cervantina, acrece la ternura, como una dulce luz lunar. Incalculable beneficio, estético y moral. Sólo olvidan a sus progenitores o se avergüenzan de ellos, los villanos y los bastardos. El culto de los abuelos y de las tradiciones, erige y conserva el altar de la patria.

Al escribir el elogio del admirado maestro, a quien por largos años traté y con cuya amistad merecidamente me ufanaba, he sentido revivir las emociones de los días remotos. Lo veo en su aplaudida y radiosa ancianidad, soleada por la gloria, a la vez sonriente y digno, venerado y ameno, llevando con ejemplar y afable sencillez el peso de nombradía literaria tan excepcional entre nosotros. Me parece que vuelvo a hablar con él; que le insto averiguándole recuerdos juveniles, de poesía y política, o por los disfrazados u omitidos protagonistas auténticos de alguna tradición, que a veces amigablemente disintimos (como ocurrió con mis juicios sobre Adolfo García y sobre los *Anales de la Inquisición limeña*), porque ni él ni yo abrigábamos la ruin mezquindad de exigir, para el aprecio y el aplauso estético, previa identidad de opiniones y principios en todo orden. Por encima de nuestras discrepancias, instintivas o razonadas, nos unía intensamente el vivo sentimiento de la peruanidad. Aquel anciano amaba el Perú con vehemencia y hondura indecibles. Toda su labor artística consistió en el encumbramiento y la glorificación del nacionalismo. En él se había concentrado la vida multiseccular de la tierra peruana. Tenía en el corazón el apego a los pasados tiempos, y muy particularmente a los del Virreinato, que marcaron nuestro apogeo. Si reconocía y señalaba, como toda persona sensata, sombras y vicios en ese pasado, daba a entender a las claras, o con reticencias expresivas, que alcanzó mayor felicidad que lo presente, y que aquellas sombras fueron menores, y más clementes o mitigadas, de lo que se ha pretendido. Viniendo a épocas posteriores, con motivo de su polémica sobre Monteagudo y Sánchez Carrión, su certero criterio patriótico denunció las antiguas intervenciones forasteras y pseudo-libertadoras, en la efectividad ruinosas, pérfidas y tiránicas, paliadas por bambollas declamatorias. Y en estos momentos de su celebración centenaria, recordando cuáles fueron

sus afectos más constantes, los nortes invariables de toda su existencia, creo escuchar su voz que resucita para dirigir el coro de las nuestras, en defensa y loor de nuestra Lima, tan torpemente afeada; de nuestra herencia española, tan estúpidamente renegada; y de nuestro Perú, tan inícuamente cercenado, denostado y combatido.

COMENTARIO A LA CONFERENCIA DE JORGE  
GUILLERMO LEGUIA SOBRE PALMA (1933)

EN la importante disertación del señor don Jorge Guillermo Leguía hay palabras que me conciernen y que me han conmovido profundamente. Las atribuyo a la fiel y constante amistad que nos une y a la que no son óbice nuestras divergencias y discrepancias de opiniones; pero no merezco en verdad que nadie me llame maestro sino a lo sumo compañero o colega; y menos que de nadie puedo pretender yo ser maestro de historiador tan experto y sobresaliente y de tan rumorosa, desmandada y turbulenta elocuencia. Ha dicho también, con igual ponderación amistosa, y sin que a punto fijo sepa yo si es elogio o censura, que mi erudición es abusiva; sin duda por la ceguedad que a todos nos acompaña en la apreciación de

la personalidad propia, yo no he advertido haber caído en abuso alguno respecto a los datos que procuro aducir y en cuya exactitud me esmero.

Y no sólo debo agradecer las inmerecidas alabanzas que me tributa mi querido amigo Jorge Guillermo Leguía sino también expresar mi sorpresa por algunos peregrinos descubrimientos que contiene su estudio. Así me ha admirado, entre otras cosas, ver calificado, definitiva y categóricamente de mestizo a Caviedes, cuya filiación étnica hasta ahora ignoramos, y a todos o casi todos los grandes mariscales de la Independencia. Y no me ha admirado menos, aunque el punto sea muy secundario y de escásima importancia, la categórica negativa de haber estudiado un tiempo don Ricardo Palma en las aulas del colegio San Carlos. Cuestión es ésta, repito, de ninguna trascendencia para la apreciación de la obra de nuestro gran tradicionista, pues a las enseñanzas e influencias de Herrera vinieron pronto a agregarse, según es muy sabido, otras diversas y contradictorias. Pero permítame mi amigo Leguía que insista en la certidumbre de este dato biográfico, atestiguando por varios pasajes de nuestro celebrado autor, por mi propio aunque insignificante testimonio, pues recuerdo habérselo oído alguna vez, y finalmente, por el irrefutable de su propia familia, aquí presente, y que confirma, en estos propios instantes, mi versión.

No sólo fue don Ricardo alumno carolino de Herrera, aunque luego siguiera otros rumbos y doctrinas, sino que un tiempo fue partidario militante en las campañas del norte y del Callao del jefe conservador general Vivanco, otro caudillo de aquellas épocas sobre cuya limpieza de sangre anhelaría conocer la singular opinión de mi amigo Leguía, que tan inauditos conocimientos almacena en este respecto.

Sería presunción mía, tanto como aceptar el excesivo título de maestro, dictar consejos a quien no los pide. No

es un consejo el que voy a emitir, sino un voto, un anhelo que a todos alcanza, comenzando por mí mismo, y es que en estas justas celebridades del centenario de un glorioso autor, alabado por tan contrarios bandos, aunque de todos con igual fervor entusiasta y apoteósico, procuremos no entrar en inútil forcejeo acerca de sus diversas tendencias políticas; que miremos en él lo esencial, o sea lo literario, no desprovisto por cierto de contenido mental, como toda obra humana y reflexiva, pero muy predominantemente estético y con notable frecuencia apolítico; y en estas mismas apreciaciones generales recordemos una exhortación antigua, que viene, no de labios de un cualquiera, sino de uno de los más excelsos poetas de la clásica antigüedad, del ético Sófocles. En su tragedia *Antígona* cuando los magistrados de la ciudad acusan a la sublime protagonista de haber infringido las leyes por haber sepultado igualmente a los dos hermanos fraticidas, responde con estas palabras "Obedezco a una ley más alta; yo no atiendo a los odios sino al amor, no a lo que divide sino a lo que reúne".

Nosotros, señores, habitantes de un país inmenso en extensión geográfica, pero pequeño por población y ambiente psíquico; escarmentados por lastimera historia de banderías y rencillas mezquinas; nosotros, concientes de haberles faltado a nuestros predecesores y contemporáneos para la fecunda tarea de consolidación nacional, el trato, el tacto, la grandeza de alma y la claridad y precisión de ideas, reaccionemos contra tan deplorables tendencias y al tratar de nuestros grandes autores y de los que pueden reputarse sus émulos y pares, miremos no a lo que divide, no a lo que rebaja, no a lo que envenena, sino a lo que reconcilia, levanta y unifica.



EN LA PRIMERA PIEDRA DEL MONUMENTO AL  
ACADEMICO D. RICARDO PALMA (1935)

**A**UNQUE sea en desgredada improvisación debo intervenir en esta ceremonia como Presidente de la Sociedad Amigos de Palma y como representante de la Academia Correspondiente de la Lengua, institución de la cual fue D. Ricardo Palma, miembro, y no como quiera, sino principal ornamento, y en su segunda época Director, reorganizador, verdadero resurrector, alma y dechado.

En numerosas ocasiones he expresado mi admiración por nuestro gran tradicionista y he procurado estudiar su obra, desde el folleto con que me inicié en el cultivo de las letras, hasta el elogio pronunciado hace pocos años en su centenario. No temais, señores que os repita lo que entonces dije, fatigandoos con largas exposiciones. Me

limitaré a notas muy sucintas para cumplir con el grato deber que me incumbe.

Ateniéndome al ejemplo y a las propias declaraciones de Palma, he definido la tradición como un género mixto, producto del cruce de la leyenda histórica breve y en prosa, y del artículo de costumbres. Respecto al primer elemento, a la leyenda histórica, apunté que provenía plenamente del romanticismo y que, siendo nuestra literatura peruana y en general toda la hispanoamericana, parte integrante de la española, había que buscar en ésta, las fuentes inmediatas y en las literaturas europeas que sobre la española influyeron, las fuentes, no por mediata; menos reales e innegables. El romanticismo de nuestras letras castellanas fue en buena parte reflejo del francés, que a su vez recibió sus influencias de las literaturas del Norte. Así, para quien no juzgue inútiles los estudios de historia literaria y de evolución de sus géneros, la tradición peruana remonta en su genealogía por un lado hasta el romanticismo histórico. Y en efecto, si examinamos en qué difiere Palma de los anteriores maestros del criollismo, de Felipe Pardo por ejemplo, hallaremos que la diferencia estriba en el sentido histórico y poético de lo irreversible, en la nostalgia de lo pasado, descrito y añorado precisamente porque no volverá, apreciado y sentido en los rasgos que de lo presente se apartan. Y éste es, señores, el secreto, la esencial novedad que trajo el romanticismo. Los clásicos consideraban y amaban lo pasado, o mejor dicho cierto pasado, el greco-romano, como presente, lo reputaban único, estable y permanente como ideal, e intentaban reproducirlo, sin percibir la fluidez irrestañable del tiempo. Por eso en Pardo, representante de nuestra escuela clásica, la nostalgia de los tiempos coloniales, cuando se expresa, como en cierta célebre octava, más que estética es nostalgia política y moral de preferencia.

Poniéndonos a bucear en el origen del romanticismo histórico (que sumado al lirismo subjetivo, y al sentimiento de la naturaleza o del paisaje, compone el romanticismo total), repararemos que arranca de la literatura germana, del *Goetz de Berlichingen* de Goethe y de las baladas de Burger. Pero esta remotísima ascendencia nunca es ostensible ni directamente influyente en el romanticismo español o hispanoamericano, porque nuestros escritores de aquella época no sabían alemán ni leían a dichos autores germánicos, ni aún en traducciones. No ocurría lo mismo con los de una literatura como la inglesa, que ha sido siempre el agente de transición entre el espíritu germánico y la latinidad. El gran leyendista escocés Walter Scott fue el iniciador verdadero del romanticismo histórico narrativo. Sus novelas y poemas, sobre todo las novelas, se puede decir que engendraron la producción legendaria del romanticismo francés, del italiano y del español; y aunque el segundo no tuvo influjo sobre nosotros, no puede evidentemente decirse lo mismo del primero y tercero. Alejandro Dumas padre significa la mera vulgarización de Scott; y en superior esfera habida cuenta de otros ingredientes, puede decirse lo mismo de las novelas y muchas de las poesías narrativas de Vigny, y del primer período de Víctor Hugo. Igual cosa ocurre en España; y sobre los innúmeros cultivadores de la novela histórica y la leyenda corta en prosa, podemos colocar como escotianos los nombres insignes de Zorrilla y el Duque de Rivas, maestros sin disputa de nuestros románticos sudamericanos. Atendiendo a todo esto, y a la extraordinaria difusión de las tradiciones de Walter Scott por Moreno y por Jordán en España y en todas las Repúblicas hispanoamericanas, me atrevía a decir, hace muchos años y repetí en mi último elogio de Palma, que éste contaba indirecta pero seguramente a Scott como a uno de sus efectivos antecesores literarios. Aunque no suelo desis-

tir sin razón de mis opiniones, estuve a punto un instante de arrepentirme, si nó de observación obvia y tan llana, a lo menos de la oportunidad en haberla expresado, porque tres distinguidos críticos compatriotas nuestros, coincidieron en rechazarla de manera perentoria, desabrida y casi desdeñosa. He reflexionado no obstante en los datos que llevo apuntado sobre el origen del romanticismo, y me reafirmo en mi aserción. Sospecho que al rebatirla no han tenido presentes sino las circunstancias de ser las obras del tradicionista escocés, novelas largas sobre asuntos en mayoría medioevales; y han descuidado releer las que versan sobre el siglo XVIII, y las que atesoran abundantes semblanzas satíricas como *El anticuario* y *Guy Mannering*. Ocurre también que los críticos de Palma piensan de continuo en sus últimas y más perfectas tradiciones, en las que prevalece el raudal costumbrista criollo sobre la originaria vena romántica. Pero, cuando se estudian la formación de un género y la de una personalidad literaria, hay que ampliar el examen hasta las primitivas producciones, y no descuidar los ensayos juveniles y las maneras adoptadas en las primeras épocas de producción, porque todo ello concurre a formar el tipo definitivo y a explicar las tendencias internas que lo animan. Así podría comprobarse que Palma, discípulo de Larra, tanto en lo costumbrista como en lo historicista y legendario, y discípulo igualmente ferviente del Duque de Rivas, Zorrilla y Julio Arboleda, comenzó por la mera leyenda romántica y hasta típicamente en verso (ejemplo *Flor de los Cielos*), y prosiguió con las leyendas en prosa *Palla Huaracuna*, *Un bofetón a tiempo*, *Debellare superbos*, *El Nazareno*, *La hija del Oidor* y *Justos y pecadores*, que son lo más específica y exageradamente romántico que cabe imaginar. Su *Doña Engracia de Toledo* y sus mismos tremebundos y fantásticos *Anales de la Inquisición* corresponden en todo al movimiento literario que predominó en Francia y Espa-

ña de 1830 a 1850. Y claro es que así tenía que ser, porque todos somos hijos del tiempo en que vivimos y muy en particular de aquel en que nos educamos. Los compañeros de bohemia de Palma se dedicaban al drama romántico, aún en su extremada y exótica evocación medioeval, como Corpancho en el *Poeta cruzado* y *El templario*, o en todo caso histórico, como algunos de Salaverry y los que el propio Palma escribió, dió a la escena y luego quemó. Juan Vicente Camacho, Lavalle y Aníbal de la Torre, los tres íntimos amigos literarios de Palma y la argentina Juana Manuela Gorriti, avecindada en Lima, publicaban por aquel mismo tiempo leyendas y tradiciones, que ni por el tono ni los procedimientos difieren en cosa substancial de las de Palma de entonces, verbigracia *Un pirata en el Callao*, *Una tragedia de bastidores*, *Lida*, *El peje chico*, *Las querellas de Santo Domingo*, y aquella archiro-mántica *Monja de la llave*, en que inventa una Doña Violante de Ribera del todo imaginaria, atribuyéndole a Nicolás el Mozo hija monja de tal nombre que nunca existió. No hay como negar que tales fantasías románticas son hermanas gemelas de las de Juan Vicente Camacho en los leyendarios relatos *De quién a quién*, *El noveno mandamiento* y *Furens amoris*, que se publicaban junto con los de Palma en la *Revista de Lima*. Hasta el criollo Segura rendía parias a la moda historicista, componiendo la novela *Gonzalo Pizarro*. ¿Y qué más? Bien sabido es que nuestro Palma invirtió buena parte de sus años maduros en redactar la perdida novela *Los Marañones* dentro del mismo cánón de aventuras caballerescas. Por último, el propio Palma, que definía sus tradiciones como novelas históricas comprimidas, en miniatura u homeopáticas, declaró explícitamente, en un estudio sobre su discípula Doña Clorinda Matto de Turner, que su materia o tela era “la misma novela histórica cultivada por Walter Scott en Inglaterra, Dumas en Francia y Fernández y

González en España". Corro así traslado de esta demanda al propio D. Ricardo, no sin advertir que me parece temeridad insigne y calificada falta de respeto rebatir sus testimonios, y contradecir sus dichos sobre los antecedentes de su arte y la génesis de sus creaciones.

Mas es cierto también que a medida que iba multiplicando sus leyendas en prosa las iba abreviando, aligerándolas de arcos románticos y aproximándolas al costumbrismo criollo. Vino así a predominar en él, en su segunda y mejor época, el otro elemento naturalista y cómico. Se fue adentrando cada vez más en la índole nacional, no de otra manera que un árbol, cuanto más hondo penetran en la tierra sus raíces, ofrece más lozano follaje, más jugosos frutos, y más viva y fragante flor. Por ser intensamente local y regionalista, resultó su arte de interés extraordinario y universal. Producto del cruce entre el romanticismo histórico y la dulzura criolla, nacieron sus innumerables y zumbáticas tradiciones, como un dorado enjambre de raudas y melíferas abejas. Se encariñó particularmente con el siglo XVIII, que si no es el más glorioso y próspero para el Perú ni para nuestra capital, ofrece en cambio mayor consonancia para las dotes ligeras y festivas del ingenio limeño, y podríamos decir que del peruano en general. Bien sé que Lima no es todo el Perú, y que las regiones interiores de nuestro vasto país ofrecen diversas condiciones literarias muy apreciables y a menudo antitéticas del puro limeñismo. Pero es una antítesis conciliable con él, que no está separada de nuestro carácter limeño por ningún abismo infranqueable, digan lo que quieran los observadores frívolos y los vacuos declamadores. El peruano, y no sólo el limeño, aparece literariamente con los mismos rasgos fundamentales, sea cual fuere su región originaria: entusiasta, espontáneo, leve, gracioso, epigramático, con tendencia, a menudo lograda, a la claridad, la amenidad y el despejo. La ironía

limeña tiene eco en la socarronería serrana, que se nota hasta en las fábulas y apólogos quechuas. De ahí que el limeñismo de Palma sea adecuada expresión, salvo uno que otro matiz, de todo el carácter nacional. Su obra fue una defensa del Perú castizo y de la Lima genuina y tradicional, la defendió contra la incomprensión y el vandalismo que derribaron, más que los terremotos y la endeblez de los materiales, los monumentos de nuestra ciudad: y que, apreciando con la novelería del siglo XIX, nos ha trocado, de capital pequeña pero original y típica, en pueblo grande y descolorido, hecho a gusto de horteras y pulperos. Nos defendió contra las tachas que los vecinos y hasta los propios, por vil docilidad a la gritería calumniadora, han acumulado contra esta generosa y decaída metrópoli del Pacífico, a la que han solido motejar de Capua americana. Lima ha producido, sin embargo, hombres de acción; y para no citar sino a tres ejemplares que respectivamente van de la fogosidad desbordada a la energía reflexiva y al sacrificio estoico, recordemos los nombres de Felipe Santiago Salaverry, Manuel Pardo y Francisco Bolognesi. En el pensamiento, ha tenido pensadores lúcidos y expositores vigorosos como Bartolomé Herrera, y libelistas vehementes y brillantes como Gonzáles Prada. Pero de ordinario su artística expresión en las letras es la gracia leve y la burla fina. Que tales expresiones predominantes no significan una inferioridad de alma, lo prueban las análogas de la literatura francesa, y de varias otras latinas y mediterráneas. Palma demostró una vez más que el criollismo no es la ordinariez, y que el ingenio limeño posee innata elegancia y finísimo donaire.

En estos días del cuarto centenario se han inaugurado las placas conmemorativas de los representantes del limeñismo, tal como lo hemos definido: Felipe Pardo, Segura, y en edad más reciente y menos fuerte, Leonidas Yerovi. Con la primera piedra de este monumento al ma-

yor de todos, a Palma, queda honrado el coro de sus maestros a los que apenas habría que agregar el colonial Cavedes. Siquiera hemos obtenido para Palma la primera piedra del monumento merecido; porque no es ciertamente bastante para el escritor que concentró y simbolizó el alma de nuestra ciudad y de nuestro país, el busto que hace pocos años colocamos en el patio de su hogar espiritual, la Biblioteca. El mismo vigoroso artista que lo esculpió, va a erigir esta otra estatua, decretada tantas veces por sucesivas resoluciones municipales de 1919, 1923, 1931 y 1932, si no me es infiel la memoria. Es supremo deber nacional honrar sin desmayos ni tacañería a los grandes difuntos. Por eso, en nombre de la Sociedad Amigos de Palma y de la Academia Correspondiente de la Lengua, instituciones ambas que me honro en representar y de la literatura peruana y el país entero cuya personería no tengo ciertamente pero que para tan digno objeto no me han de desdecir y retractar, ruego a los poderes edilicios y a los políticos que allanen los minúsculos obstáculos y cumplan al cabo la tan repetida promesa de levantar adecuado monumento al más fluído, amable, expresivo y popularizado prosista entre todos los que ha engendrado Lima.

I X

CARLOS G. AMEZAGA



**I**NSPIRADO en el más sincero y profundo sentimiento, dedico estas páginas a la memoria de mi noble amigo el poeta Carlos G. Amézaga, repentinamente arrebatado a las letras nacionales en la mitad de su carrera, en el brillante mediodía de su fecunda existencia.

En estos últimos años había intimado yo mucho con Amézaga; y he tenido así ocasión de estimar el luminoso talento y la caballeresca altivez que lo caracterizaban. El, literato famoso en toda la América Española, me trataba, no con esa sonriente benevolencia, evidente reveladora del convencimiento de la propia superioridad, que adoptan los autores de reputación con los principiantes; sino con perfecta igualdad y completa llaneza, como si fuera mi contemporáneo. Y es que, por rarísimo caso entre los literatos de profesión, estaba totalmente exento de vanidad. Era altivo, orgulloso, y el orgullo constituía una de las mayores excelencias de su alma; pero, por lo mismo, ignoraba la mezquina vanagloria, tan común en la gente de pluma.

No he conocido conversador más atrayente y ameno; y jamás he acertado a explicarme cómo el que en privado derrochaba tal suma de expresiones ingeniosas y de pintorescas y relampagueantes frases, perdía estas cualidades, o, mejor dicho, no se atrevía a manifestarlas cuando quería perorar en público. Su nerviosidad lo cohibía. No pudo pronunciar un discurso en todo el tiempo que fue diputado; y seguramente poseía cualidades intrínsecas de orador muy superiores a las de sus compañeros de cámara.

En general, las personas producen impresión favorable las primeras veces que con ellas hablamos; pero la familiaridad destruye pronto esa impresión. A Amézaga cuanto más se le trataba, más se le respetaba. Parece a primera vista que todos pensarán y sintieran con espontaneidad; y, sin embargo ¡cuán escasos son los que de veras conservan en su vida mental y afectiva el más alto atributo humano: la invención, la renovación, la libertad! ¡Cuán escasos los que no reemplazan la actividad y la flexibilidad de las facultades con el mecanismo de la imitación, de la repetición y de las ideas hechas! La inmensa mayoría de los hombres, aun de los inteligentes y cultos, tiene conceptos vulgarísimos fuera de los comprendidos en la especialidad profesional en que se ha recluso, en el campo de sus ocupaciones habituales; y a menudo dentro de ese mismo campo ofrece monotonía desoladora de pensamientos y hasta de narraciones. Cuando a un individuo oímos un juicio o relato, estemos seguros de que ya lo ha dicho una docena de veces y de que se prepara a decirlo otra docena cuando menos. El espectáculo de esta esterilidad de espíritu es una de las más vivas entre las pequeñas molestias de la vida social. No había miedo de sentirla, ni remotamente, en la rica y variadísima conversación de Amézaga. Con frecuencia emitía paradojas; y las mismas verdades comunes al pasar por sus labios se rejuvenecían con paradójico sabor. ¡Cuánto más jugosas

y de substancia eran las paradojas de nuestro poeta que las pesadas e inertes perogrulladas que a diario tenemos que soportar! Valen mucho por cierto las obras que Amézaga deja, su palabra escrita, y en sus últimos versos como *Memento* y *Esotérica*, se percibe un encanto penetrante y misterioso, muy desusado aquí; pero confieso que yo prefería el tesoro que hemos perdido, su deslumbrante charla, el raudal de su palabra hablada. No era erudito: hizo estudios incompletos y desordenados; pero poseía robusta y originalísima inteligencia, alimentada por incessantes lecturas de género muy diverso, ya de letras, ya de ciencias, ya de historia y viajes, y hasta de teosofía y ocultismo. Me deleitaba escucharle sus reflexiones y las peregrinaciones y alternativas de su corta pero agitada vida.

Descendiente de atrevidos navegantes vascos y de conquistadores castellanos, fue su padre don Mariano de Amézaga, en quien, después de tres siglos de colonial somnolencia, vino a despertar y culminar el heroico ardimiento del linaje, no ya para luchar contra las furias de los indios y de los elementos, sino para luchas contra más terribles enemigos, contra los errores y los vicios de una sociedad enferma. En ninguna parte cuadra mejor el elogio de don Mariano que en este homenaje póstumo al hijo que le profesó culto tan ferviente y que heredó sus viriles virtudes. Autor de libro tan injustamente olvidado y relativamente tan notable como *Los dogmas fundamentales del Catolicismo ante la razón* y de buen número de otros folletos de apostolado antirreligioso, Mariano Amézaga se distinguió por la austeridad y pureza moral que ha sido y es glorioso atributo de los principales campeones del libre pensamiento en el Perú. Fue un santo hereje; no dulce y manso, a la manera de Vigil, sino con las violencias, las imprecaciones y los furores de un San Pablo. Atacó la religión católica en esa época de horrendo fanatismo, en que el propagandista de incredulidad se reducía a la con-

dición de paria; y, lo que todavía era más audaz, atacó la inmoralidad de los gobiernos, los feos manejos de la hacienda pública, los escándalos del huano y del salitre, y arrojó durísimas verdades al rostro de muy altos personajes. Que hubo en su actitud intemperancia, sobra de intransigencia, exceso, nadie lo niega; pero fue exceso de celo, de valor y de bien. ¡Benditos en nuestro país tales excesos! Donde abundan los cobardes, los aduladores y los hipócritas bienvenidos son los que juran y cumplen el sagrado voto de proclamar la verdad íntegra y desnuda en cualquier circunstancia y ante cualquiera faz. ¿Qué sería de la triste humanidad si de tiempo en tiempo y en todas las naciones no aparecieran sublimes Quijotes, mártires del ideal, redentores trágicos que salvan la dignidad de la especie? Don Mariano Amézaga prefirió el aislamiento y la pobreza a la vergonzosa retractación de sus principios religiosos y políticos. Con su talento y su pluma, hubiera podido, sometiéndose, o a lo menos callándose, lograr, como tantos otros pingüe parte en aquel festín de Baltasar. Supo respetarse a sí mismo, y aceptó la miseria a trueque de conservar inmaculada la honra. Y cuando vino la derrota, pagó su tributo a la patria, que no le dió medros, aplausos ni honores; y lo pagó con lo más amado: con la sangre de dos de sus hijos. El uno Germán, adolescente en quien por las dotes de inteligencia y carácter se cifraban las más grandes esperanzas, murió combatiendo en la batalla de San Juan. El otro, Carlos, el poeta que hoy deploramos, se batió bizarramente en toda la campaña; después de la ocupación de Lima sirvió en el ejército de la Breña, bajo las órdenes del general Cáceres; y con él recorrió el territorio de la república, desde Puno y Cuzco hasta Cajamarca, ganando sus grados militares en esas memorables guerrillas, en esas prodigiosas marchas y en la famosa acción de Huamachuco.

Establecida la paz, Carlos Amézaga fue a buscar fortuna en el extranjero. Con cortos intervalos de residencia en el Perú, viajó por la Argentina, Uruguay, Paraguay, Brasil, Chile, Estados Unidos, Méjico, y Centro América, trabajando dondequiera honrada y afanosamente para conseguir el pan, y acopiando los preciosos conocimientos que sólo proporcionan la estancia en diversos pueblos y las contingencias y azares de la vida laboriosa en tierra extraña. Entre los países que recorrió, los que le inspiraron mayor simpatía fueron la Argentina y Méjico. Excusado es decir, siendo peruano, por qué amaba la Argentina. Méjico le atraía por el prestigio histórico y por el carácter soñador y belicoso de sus habitantes, con el cual presentaba el suyo muchísimas semejanzas: era para él la segunda patria del alma, que todos tenemos. Los mejicanos correspondieron a los sentimientos de Amézaga y lo colmaron de atenciones. Como manifestación de gratitud por ellas, escribió entonces el libro *Poetas mexicanos*.

Llevaba a todo, hasta a los negocios, el entusiasmo y la poética imaginación. En busca de las gomas valiosas, se dirigió un tiempo a los bosques del Amazonas, del Ucayali y del Pangoa; y allí reunió los apuntes que más tarde le sirvieron para la *Leyenda del caucho*. En esa ocasión se creyó el propio Pablo, el cauchero protagonista de su poema. En seguida se dedicó a la minería en grande escala y luchó encarnizadamente contra la suerte adversa, hasta que se lo permitió la salud. Por mucho que con sobrada razón se quejara de aquella caprichosa industria, magno y alucinante juego, que a cada instante le brindaba con riquezas próximas y fabulosas, para burlarlo, esquivarse y huir, estoy por creer que en el fondo le agradaban tan aventuradas empresas, preñadas de violentas emociones. Ha muerto cuando ya todo indicaba un rápido y favorable cambio en su fortuna, y ha muerto con el desconsuelo

de haber perdido hacía pocos meses a su único hijo varón. ¡Pobre poeta!

Artista y soldado, generoso aventurero como lo fueron sus ilustres abuelos, era hombre de otra edad: un anacronismo en este prosaico Perú de principios del siglo XX. Su mismo aspecto lo decía. Los oscuros ojos, la negra y rizada barba, la tez trigueña, el marcial ademán, revelaban muy a las claras la sangre de Diego de Agüero y de Nicolás de Rivera, de los antepasados andaluces y extremeños. Parecía un emir árabe. La figura reñía con el traje moderno; y aunque él lo modificara en el *sui generis* que usaba, de amplitud casi oriental, la fantasía pedía más que esa transacción entre las exigencias de la moda y la indumentaria adecuada a fisonomía tan singular y se lo representaba inmediatamente con el blanco albornoz mahometano, o con el chambergo, las botas y la capa del español de la centuria decimaséptima.

Exacta era en él la correspondencia entre lo mental y lo físico. Pero valiente, y enérgico, era a la vez, como su padre, sensible, modesto, compasivo, profundamente bueno, con la ingenua y fresca bondad de niño que es privilegio de los corazones elevados y puros. Las doctrinas de Nietzsche le repugnaban y lo sublevaban tanto como el decadentismo. En una de las postreras visitas que le hice, me decía, descubriendo involuntariamente el secreto de su carácter: "La bondad es fortaleza; el egoísmo, síntoma de debilidad y agotamiento; la crueldad, hija del miedo".

Lo que fue como hombre, fue como escritor. Su estilo, cual ninguno natural y sincero, ostenta pocas flores. Ofrece en cambio frutos abundantes y sanos que atraen por la misma robusta acerbidad que los distingue. Desigual y descuidado, sorprende de improviso con rasgos de exquisita belleza sentimental, con lapidarias sentencias ó con toques de refulgencia imaginativa que resaltan más

entre el varonil desgaire del conjunto. Declaro que su primera colección de versos, *Cactus*, no me gusta: lleva por desgracia título harto apropiado. Es poesía seca, dura, espinosa, ruda hasta ser bronca. No me convencen ni la meditación *Sacsahuaman*, ni las celebradas estrofas *El Brasil*; ni menos las composiciones cortas, en metros becquerianos, que, contrariando su índole y rindiendo tributo a la época, intercaló en el tomo, y que quieren ser imitación de Becquer en la estructura, sin conseguirlo por cierto, pues en realidad se aproximan mucho más por el tono y el sentimiento a Bartrina. Mas como Amézaga era de naturaleza eminentemente progresiva y educable, y cada día aprendía y mejoraba, así como templó sus convicciones juveniles, en demasía exclusivas, apasionadas y dogmáticas (de los cuales hay aún bastantes ejemplos en las páginas de *Poetas mexicanos*), así también perfeccionó y enriqueció su manera de disminuirle fortaleza. Para calcular el camino que recorrió desde *Cactus*, conviene releer *Esotérica* y *Memento*, escritas recientemente. Son dos perlas negras, de fúnebre hermosura, como inspiradas en la Muerte que ya tan de cerca lo acechaba. Y entre ellas y *Cactus*, respectivos hitos terminal e inicial de su producción, están, a manera de monumentos de su arte, *Los niños*, *Más allá de los cielos*, los fragmentos de la *Leyenda del caucho* y los dramas. No he leído el inédito *Suplicio de Antequera*, tal maltratado por un crítico implacable, y principal muestra, a lo que dicen, del talento dramático de Amézaga. Pero ¿quién puede resistirse a ver en *El juez del crimen* y en *Sofía Perowska*, en medio de inexperiencias de ejecución, inevitables en el teatro peruano, situaciones interesantes y conmovedores conflictos, que son las condiciones esenciales de la escena?

En la lírica, era hoy nuestro único poeta filósofo. Al poema filosófico lo llamaban sus aptitudes; y abrigaba el propósito de escribir uno, después de

reunir las mejores de sus composiciones dispersas. Entretanto continuaba la *Leyenda del caucho*, de la cual se han publicado algunos trozos, y en la que son de admirar descripciones tan sobrias como intensas y concentradas, v.gr.: la boa, la invocación de los salvajes al dios Tute y la sensación del Amazonas, inmenso y férvido mar de lodo. Está concebida como una relación de viaje puesta en verso que, cuando los acontecimientos lo requieren, se alza hasta el más levantado acento, pero que de ordinario se conserva en el terreno de la sencilla narración. Porque Amézaga se había formado teoría propia del estilo poético; y conformaba la práctica a la teoría, quizá inconsciente justificación (como sucede con casi todas las doctrinas) de irresistibles tendencias. Sostenía que los versos modernos deben procurar a toda costa la copia fiel de la realidad y la sinceridad de impresión, sin rehuir para ello, antes bien, acogiendo las voces y locuciones triviales y las bruscas variaciones del tono. Cuando me leyó *El Señor de los Milagros*, en donde extrema el procedimiento hasta frisar en lo extravagante y lo ridículo, no le oculté el péximo efecto que me produjo la mezcla de vigorosas pinceladas y de sórdidos prosaísmos. Escuchó mis observaciones con esa modestia sin afectación que le era peculiar; y por respuesta me explicó sus ideas con todo género de argumentos, corroboraciones y comentarios. He aquí lo que recuerdo de sus palabras:

El acercamiento entre el verso y la prosa; la proscripción de esos términos ampulosos y rebuscados que formaban y aún forman el convencional lenguaje poético; la facultad de combinar y reunir todos los estilos: el elevado y bajo, el heroico y sublime con el plebeyo, el burlesco y el humorístico; la plena libertad, en fin; deben ser y son los principios fundamentales de la estética moderna. Ese y no otro fue el programa de los románticos. Ud. es opuesto a tales consorcios, en apariencia inarmónicos

pero soberanamente armónicos en realidad, porque reemplazan lo ficticio del arte antiguo con la oculta y divina proporción de la Naturaleza; Ud. es un galo-clásico, a lo Luzán y Moratín, celoso mantenedor de los límites en los géneros. Está Ud. impregnado todavía en los consejos de la epístola de Horacio. Ahora no hay géneros ni tampoco escuelas, puesto que las escuelas contemporáneas son la cosa más inestable: un día se forman, y al siguiente se disgregan y deshacen. No le tema tanto a la anarquía. Ya ve que todas las artes subsisten y prosperan, aun cuando se han destruído las barreras y las clasificaciones, y se ha abolido la policía de la vieja crítica.

—Es que con el radical sistema que Ud. defiende, replicaba yo, podemos justificar todos los excesos y todas las enormidades; podemos ir hasta la supresión del verso, que al fin es regla, traba, que no está en la naturaleza, que es algo artificial. Y encuentro intolerable que un poeta defienda tamaña barbarie.

—No tal; no la defiendo ni la he defendido jamás. Los versos más melódicos y timbrados han nacido de la escuela romántica, y los más yertos del clasicismo académico.

—No hablemos de cuestión tan atrasada como la de clásicos y románticos. Es cuestión casi arqueológica, y, por consiguiente, se compadece con mis aficiones pero no con las de Ud.

—Los nombres habrán envejecido, pero la cuestión es eterna. Románticos son los modernistas y decadentes.

—Según eso no comprendo cómo los aborrece Ud. Por las mismas palabras de Ud. se saca, si no la falsedad, a lo menos la limitación de la teoría que patrocina. Ni los parnasianos, cuya inmensa mayoría ha seguido tendencias genuinamente clásicas, ni los modernistas y decadentes que Ud., no sin razón, califica de románticos, son ni han sido igualitarios y demócratas en el arte. Al contrario: selec-

cionan y pulen, a menudo con exceso; y diferencian el lenguaje poético del prosaico y vulgar más que ninguna otra dirección o escuela. Es lo que sucede y lo que tiene que suceder: la diferenciación es el natural resultado de la técnica.

—Es aserto muy discutible. Hoy tenemos prosa altamente poética en las novelas y en algunos libros de viajes; y tenemos poesía de forma casi prosaica y, sin embargo, de grandísimo precio y de muy honda emoción, en España con Campoamor y en Francia con Coppée. Esos contrarios impulsos de prosaísmo en la poesía, y de filigranas y ritmos poéticos en la prosa, significan que la separación artificial entre una y otra tiende a resolverse en la unidad del sentimiento que es raíz de ambas. Lo prueba claramente la libérrima métrica modernista, vaga y ondulante, sin otra pauta que la interna emoción, y que es la conquista más positiva de que el modernismo puede ufanarse. Y ahora respondo a la objeción de Ud.: el verso no desaparece en el régimen de libertad absoluta que sólo se somete a la Naturaleza, porque el verso, del mismo modo que la música, está en las entrañas de la Naturaleza; es la música del Espíritu. Cuanto más libre en sus combinaciones y estilo, más bello será. La Belleza, como el Bien, brota irrestañable cuando no la comprime la coacción, la ley exterior, la regla escrita.

—Pero las reglas no son arbitrarias; surgen también de la Naturaleza. Sirven para hacerla inteligible. La Naturaleza nos lo presenta todo en estado caótico. Las reglas son el Espíritu, que divide lo mezclado y confundido, y así permite conocerlo. Sin ellas, que son la expresión del gusto, no apreciaríamos la Belleza. No son una imposición tiránica, la opresión producida por un cuerpo externo; son la necesidad íntima, son la propia esencia de la obra artística: lo que la abstracción para el entendimiento en general.

—En efecto, son la abstracción. Ahí está precisamente el vicio. Abstraen, y al abstraer reducen y enflaquecen el contenido real, y al cabo llegan a anularlo como en filosofía, y dejan el nombre vacío, el molde desprovisto de substancia. Y la substancia es la Naturaleza en su opulenta indisciplina, que los lógicos y los ordenancistas se empeñan en adelgazar y extenuar. Claro que la Naturaleza no es sólo el mundo exterior: es la serie y la totalidad de las sensaciones y las emociones, tales como son: es la Verdad. Si de lo grandioso pasa mi alma a lo cómico, y de lo doloroso a lo placentero, ¿por qué no he de expresar todo como lo siento y en la medida en que lo siento, en una misma composición, sin separaciones infundadas, sin prolijas transacciones que no percibo? Mi estética anárquica no reconoce sino una regla, la suprema: la sinceridad. Por eso es la más formidable enemiga de todas las retóricas, desde la relamida y peinada de los partidarios del arte por el arte hasta la de relumbrón, estruendosa y pirotécnica.

No insistí: me callé. Nadie como Amézaga para improvisar teorías y sostenerlas con inesperados argumentos. Me dije a mí mismo: "Puede que tenga razón; y, sobre todo, es saludable que un hombre inteligente y prestigioso profese y practique semejantes doctrinas aquí donde nos cautiva el amaneramiento gongorino, la hinchazón y el vano estrépito de Chocano".

De igual modo que en estética, Amézaga se había creado en filosofía religiosas personales ideas, sirviéndole los libros más bien de estímulos que de guías. Educado por su padre fuera del cristianismo, libre de las ataduras de la fe tradicional, no se detuvo en la negación atea ni se satisfizo con la posición positivista. Ansiosamente le preocupaba el misterio del destino; y su inquietud intelectual y su original fantasía engendraron de consuno un verdadero e interesante sistema que en más de una ocasión

me expuso. Creía que la Materia era una apariencia, el Espíritu la única realidad, y la Muerte un accidente engañoso; que el Bien, superior a la utilidad transitoria y mudable, era la afirmación suprema y por eso indestructible; que el mal era una flaqueza, una limitación de la existencia; y que el hombre en cuanto inteligencia y voluntad, en cuanto pensante y bueno, no podía perderse ni abismarse en la Nada. Había momentos en que parecía prestar crédito a la metempsícosis. Con su imaginación de poeta comparaba rasgo por rasgo la civilización greco-romana del tercer siglo de nuestra era con la civilización actual, las declaraba idénticas; y esperaba que, como en aquélla, viniera un huracanado viento del misticismo religioso o de neoplatonismo teosófico a purificar los ánimos postrados y la moralidad abatida.

Ya ha transpuesto el negro umbral, la obscura y espantable boca en que todos nos hemos de sumir. Si las ideas que con tanto tesón sustentaba, son ciertas; si, como él repetía, el Espíritu es eterno y el Bien nunca perece, alcanza inmortalidad en las esferas extramateriales que soñaba, porque fue ante todo y en sumo grado recto y bueno. Pero si aquéllas sus creencias metafísicas no son sino ilusiones nacidas al calor de generosos anhelos de justicia absoluta y perfecta; si la Naturaleza es ajena e indiferente a la moral humana, y a todos nos iguala en tenebroso seno; por lo menos Carlos Amézaga vive siempre en el recuerdo inolvidable que de él guardan cuantos han tenido la dicha de conocerlo y de apreciar sus nobilísimas prendas.

X

LA VIDA LITERARIA EN EL PERU (1909)



**L**A vida literaria es siempre poco activa en el Perú: la estrechez del medio, la pobreza del país, la falta de estimulantes, las necesidades de la vida práctica y de la política no empujan a los espíritus a cultivar las letras de una manera desinteresada. Las publicaciones de gran aliento son difíciles y la actividad intelectual es demasiado a menudo reducida a los trabajos de la prensa periódica, necesariamente efímeros.

En tales condiciones la publicación de un libro es un fenómeno raro. A todas esas causas permanentes de esterilidad se han venido a añadir en 1909 la crisis interna, económica y política, la agitación revolucionaria y las amenazas de conflicto armado con Bolivia; también el año transcurrido le ha sido singularmente desfavorable para la producción literaria.

Los principales representantes del pensamiento y del arte peruanos residen en el extranjero donde los han atraído la esperanza de una más vasta escena o el deseo de completar sus conocimientos. En los Estados Unidos se

encuentra José Santos Chocano, el gran poeta del verso admirablemente sonoro y de poderío épico, heredero de Hugo y de Quintana por la grandeza de su inspiración, el cantor de las selvas del Amazonas, de las hazañas de los conquistadores, en los que la sonoridad gongorina, el lujo de hipérbolos y de imágenes, el énfasis y la pompa constante, de un temperamento artístico netamente español se unen de manera rara con los motivos y los ritmos de los modernistas. En París residen los dos hermanos Francisco y Ventura García Calderón, el primero pensador y ensayista distinguido, el segundo cronista y crítico literario muy brillante. El Dr. Mariano H. Cornejo, está en este momento en Madrid, encargado de la alta misión de sostener delante del rey de España los intereses peruanos contra el Ecuador en la cuestión de delimitación de fronteras. La obra sociológica del Dr. M. H. Cornejo ha sido muy apreciada por los profesores españoles más renombrados. Es aún en Madrid, que guarda todavía para nosotros algo de su antiguo prestigio de metrópoli donde se encuentra Felipe Sassone, novelista y autor dramático discípulo de Benavente y admirador de Valle-Inclán, aun de que sus escritos lo emparentan más bien con Felipe Trigo que con el exquisito escritor gallego, y que tenga ya en sus libros una personalidad vigorosa a pesar de la crudeza de ciertas exageraciones juveniles y de ciertas faltas de gusto. Para terminar esta rápida enumeración de escritores ausentes, mencionaré a uno de nuestros muy jóvenes compatriotas que se encuentra actualmente en París, Manuel Bedoya, que si él sabe poner dique y perfeccionar sus dones poderosos, puede adquirir un sitio elevado en las letras peruanas.

Si nosotros regresamos al Perú y especialmente a Lima, el eminente coleccionista de las tradiciones nacionales, D. Ricardo Palma, tan conocido en todos los países de lengua española, que ha popularizado el pasado colo-

nial en cortos relatos anecdóticos llenos de una gracia y de una ligereza inimitables, ha sido obligado por la edad a abandonar casi completamente, ya desde algunos años, sus trabajos literarios. Su hijo, Clemente Palma, poseía raras cualidades de cuentista fantástico que hacían de él un descendiente de Hoffman y de Poe; su libro *Cuentos malévolos* había dado la medida de su talento. Hoy día, el señor Clemente Palma renuncia a la literatura para consagrarse al periodismo político. Tal es el fin de nuestros compatriotas sobre quienes se fundaba las más brillantes esperanzas.

El ilustre prosista, el señor González Prada, se encierra en este momento en el silencio y se abandona a la misantropía y a las decepciones. El señor González Prada fue antaño entre nosotros el propagandista de campañas anticlericales y radicales.

Dos escritoras, de méritos muy diferentes, han muerto en 1909: Doña Mercedes Cabello de Carbonera, novelista de talento, quien entre 1880 y 1890 introdujo entre nosotros las doctrinas naturalistas de la escuela de E. Zola, y dió libros pesados pero llenos de un verdadero talento. En estos últimos años ella había perdido casi completamente la razón; la muerte vino a poner fin a su locura. Doña Clorinda Matto de Turner, quien acaba de morir igualmente, nacida en el Cuzco pero establecida en Argentina no tuvo nunca sino un bastante mediocre talento.

Hoy día los representates del feminismo literario son la señora Aurora Cáceres, actualmente en París, y la señorita Dora Mayer, de origen alemán, quien viene a emprender una noble campaña en favor de la regeneración de los Indios.

Entre los acontecimientos literarios del año, es preciso citar los Juegos Florales en honor del aniversario del 28 de julio y la visita de D. R. Altamira y Crevea, profesor de la Universidad de Oviedo (España), quien pasa

por Lima en el curso de un viaje a través de los países sudamericanos. Los juegos florales, tenidos por primera vez en Lima, produjeron una gran curiosidad a pesar de las aprensiones de un conflicto internacional, que surgieron hacia el mismo momento. El conductor de los Juegos fue el Dr. R. Morales de la Torre, cuyo bello discurso obtuvo un gran éxito. El poeta laureado fue el joven José Gálvez, hoy día una de las figuras más conocidas de la nueva generación literaria, la mejor promesa de renovación y de florecimiento poético que tiene actualmente el Perú. Dos bellas composiciones, de carácter distinto, *Canto a España* y *Reino Interior*, la primera, brillante evocación histórica, la segunda dulce y calmada meditación subjetiva, le valieron el voto del jurado y los aplausos del público.

La venida de D. R. Altamira tenía por objeto estrechar las relaciones intelectuales y especialmente organizar el intercambio de profesores entre España y la América Española. El entusiasmo despertado ha sido considerable. Las conferencias del ilustre profesor obtuvieron el más grande éxito y se hizo al orador la mejor acogida en los medios universitarios. El *Instituto histórico* y el *Ateneo de Lima* organizaron brillantes fiestas en su honor; la Facultad de Letras le nombró miembro honorario y D. R. Altamira leyó en esa ocasión un sólido y profundo estudio sobre los educadores españoles que han influido sobre el Perú emancipado.

El movimiento universitario se resiente del alejamiento de su principal promotor, el erudito y activo profesor de Filosofía, Dr. Deustua, que hizo conocer entre nosotros los sistemas de Wundt y Paulsen así como el contingentismo neo-francés, y quien cumple hoy día el cargo de embajador cerca del Vaticano. Sin embargo es preciso citar entre los libros que la Universidad ha dado este año, los *Apuntes de Historia Crítica del Perú, época*

*colonial*, del Dr. Carlos Wiesse, extracto concienzudo y muy útil de su curso. Entre las tesis de doctorados en letras, es preciso reservar una mención especial a la del señor F. Barreda y Laos, *Vida intelectual de la Colonia*, algún tanto atrevida y desordenada, pero la información es cuidada y de primera mano, y el libro anuncia un erudito paciente sabiendo poner en valor su documentación.

Mientras que la literatura pura parece en decadencia y que el número de sus representantes disminuye, aunque ellos conservan todo su talento, la historia interesa y atrae a la juventud estudiosa; la *Revista Histórica* que publica notables trabajos es una prueba. Ya que el país no tiene bastantes recursos para poseer simultáneamente poetas e historiadores numerosos, será de desear que, aun al precio del sacrificio del movimiento literario, el gusto de los estudios históricos tome raíz entre nosotros. El Perú posee depósitos de archivos que esperan todavía su organización y su utilización, y que constituyen probablemente la más rica colección de recuerdos históricos de toda la América del Sur. Parecidos trabajos pueden contribuir a dar al carácter nacional la seriedad y el espíritu de perseverancia que le faltan y que exigen las circunstancias más imperiosas y urgentes.



X I

MOVIMIENTO INTELLECTUAL EN 1910

*Nota publicada, en francés, en el Bulletin de la Bibliothèque Americaine (Amérique Latine), N° 3, Paris, diciembre de 1911, pp. 72-79.*

**E**L año que acaba singularmente inquieto y triste, turbado desde el principio por conflictos internacionales, agitaciones bélicas, angustias y pesadumbres de todo orden, y que se cierra entre nublados de tempestad y arreboles sangrientos de guerra civil, no ha resultado, sin embargo, tan desfavorable para el movimiento intelectual como hubiera podido suponerse por el infeliz destino que en los demás aspectos lo ha caracterizado. La producción literaria, para lo que acostumbra a ser en nuestro reducidísimo y estéril campo, no se ha manifestado en 1910 inferior a la de los años anteriores, y aun cabría decir que ha aventajado a la de éstos, en calidad a lo menos. Bien es verdad que mucha parte de esa producción se ha ejecutado en diversos puntos del extranjero, en que por distintas razones residen varios de los más notables escritores peruanos, y a los que no han podido llegar con intensidad decisiva los perturbadores efectos de las conmociones del país.

En Guatemala, al frente de un importante periódico, José Santos Chocano, que, dígame de él lo que se quiera

y pongánsele los reparos que se le pongan, no deja de ser nuestro grande y excelso poeta nacional sigue escribiendo con la maravillosa riqueza que lo distingue. Para las conmemoraciones que hemos hecho en Lima de la gloria del aviador Chávez, ha enviado un hermosísimo y valiente canto, que no desdice de sus últimas poesías conocidas, lo cual equivale a un magnífico elogio.

En París, los hermanos García Calderón representan muy lucidamente el Perú intelectual. Francisco redacta ahora un extenso libro, de vastas proyecciones sociológicas, sobre la América Latina, y en particular sobre los rasgos comunes que su evolución política presenta y sobre la necesidad de afirmar y garantizar su profunda mancomunidad entre los otros grupos, diferentes y antagónicos, de la civilización contemporánea. Ventura ha publicado en la librería de Olendorff una preciosa antología de poetas y prosistas peruanos desde los primeros tiempos de la República hasta nuestros días, intitulada *Del Romanticismo al Modernismo*. Los estudios críticos, que preceden a los trozos escogidos y que ocupan casi la mitad del volumen, son delicados e ingeniosísimos, y están escritos con aquel estilo acariciador y ondulante, ligero y flexible, lleno de lumbres, y matices, cuyo secreto posee su autor, y contra el que no hay que formular más cargo que el del exceso de galicismos en la dicción y en la sintáxis. En cuanto al fondo del tema, a la manera como aprecia la literatura peruana, habría que hacer algunas salvedades de detalle y reclamar, sobre todo en el capítulo dedicado a los nuevos, de una que otra exclusión o abreviación arbitraria. Para tratar con toda extensión e imparcialidad de cuanto la lectura de este interesante libro sugiere, habría querido yo que en una de sus páginas no me encomiara tan por encima de mis merecimientos, a fin de que no parecieran hijas de la gratitud las alabanzas que su brillantez reclama.

En Madrid, Felipe Sassone prosigue con buen éxito la carrera de novelista y dramaturgo; y el doctor don Mariano H. Cornejo, nuestro ministro especial para el frustrado arbitraje, ha hecho imprimir el segundo y último tomo de su *Sociología General*, digna de su robusto y nutrido talento, los capítulos relativos al lenguaje, el mito, el arte y la costumbre, notables en verdad, patentizan la predominante influencia de Wundt, muy bien asimilado y expuesto. Se inspira igualmente Cornejo para el concepto jurídico en la clásica lucha por el Derecho de Ihering; y pone a contribución con especial acierto, a los mejores filólogos y etnólogos modernos de Alemania e Inglaterra. Por lo que toca al conjunto, se advierte que cada día va apartándose más del estricto organicismo que enseñaba en sus cursos universitarios de Lima, y que sin renunciar aún del todo a las bases y comparaciones biológicas, se inclina de preferencia al sentido de la psicología colectiva, a la consideración del fenómeno sociológico como una relación intermental, que es a lo que concurren las más autorizadas tendencias del pensamiento contemporáneo.

Viniendo ahora a los escritores que residen en el país, mencionaré en primer término a José Gálvez, el más alto representante de la literatura joven. En estos momentos se imprimen en Europa dos libros suyos, en que ha coleccionado los principales versos de su adolescencia, de la rica y abundante cosecha que fundamentalmente esperamos todos de él. Mas para que la cosecha sea tal como la deseamos, no debe ser prematura, ni sacrificar lo granado y sabroso del fruto, a la pródiga abundancia; sino que ha de sazonzarse y dorarse por la larga influencia del sol y la insistente caricia del aire. Por eso ha comprendido Gálvez que, como dice Cervantes, la poesía es joya que no debe llevarse y mostrarse todos los días; y tras de la espontaneidad de los primeros años, prepara seguramente, en fecundo silencio, las sólidas bellezas que hay derecho

de exigirle. Para él, por otra parte, no ha sido estéril tampoco este año. En la lucida justa intelectual del Congreso de Estudiantes de Buenos Aires, ha presidido con lustre incomparable, la prestigiosa delegación que envió el Perú; y en la gran Metrópoli argentina y en la refinada y entusiasta Montevideo ha difundido la fama de sus versos, y ha recogido unánimes y excepcionales aplausos. De ese viaje ha traído algunas rimas, de encantadora sencillez que contrastan felizmente con la declamación excesiva y como de encargo, que se nota en sus composiciones escritas durante la efervescencia patriótica que provocó la cuestión ecuatoriana; y ha traído también la vibrante y generosa inspiración del espléndido discurso que pronunció en el Centro Universitario el día de la fiesta por el regreso de los Delegados. Es de desear que, con la severa conciencia de un artista ya adulto y seguro de sí, continúe, cerrando los oídos a vehemencias e impaciencias indiscretas, y se dedique a crear y pulir en sosiego nuevas estrofas líricas y nuevos poemas, con la asidua dedicación que todo lo duradero requiere.

Suceso de importancia verdadera para el porvenir de la cultura universitaria fue la visita del profesor de la Sorbona, Ernesto Martinenche, representante de la Asociación de las Universidades y Grandes Escuelas de Francia que tiene por objeto establecer y estrechar relaciones entre los altos centros franceses de enseñanza y los de la América Latina. A su paso ha dejado el distinguido catedrático de París derramadas las semillas de una eficaz aproximación entre los superiores institutos docentes de Francia y los del Perú, en forma de intercambio de publicaciones y programas y facilidades para el envío de alumnos. Esta labor, que no se opone a la de Altamira el año último, sino que la corrobora y amplía es indispensable para que la constante e imprescindible influencia francesa se ejerza en sentido provechoso y serio; e importa mucho, por lo

tanto, que las iniciativas en que fue formulada, no se olviden ni posterguen, sino que se pongan en obra, venciendo obstáculos y tardanzas. En el elegante discurso, con que se incorporó en la Facultad de Letras, expresó inmejorablemente Martinenche las razones que recomiendan y ensalzan la instrucción superior de su ilustre patria, que re tiene, sin duda alguna, la primacía y el cetro de la cultura humana.

Por aquellos mismos días de la visita de Martinenche y en honor suyo dió el joven catedrático de Estética, Raimundo Morales, en el local del semidifunto *Ateneo* una penetrante y sugestiva conferencia crítica sobre Rubén Darío, que deleitó a cuantos la oyeron. El mismo Raimundo Morales tiene en prensa un volumen de muy agradables cuentos, que llevará prólogo de Clemente Palma. Entre las promesas que han de tener inmediato cumplimiento, debe contarse igualmente la del tomo en que Clemente Palma va a reunir las mejores muestras de su actividad literaria en los géneros del cuento y de la crítica, que se imprimirá en París dentro de algunos meses, y que vendrá a ser esperado compañero y en parte, la natural continuación de los por tanto tiempo solitarios *Cuentos Malévolos*. Como publicación notable, entre las ya realizadas, debe citarse el primer tomo de los artículos de la distinguida pensadora señorita Dora Mayer, impreso por cuenta de la Municipalidad del Callao.

El glorioso maestro D. Manuel González Prada, avaro de los frutos de su ingenio, se decidió por fin a dar este año una segunda edición de *Minúsculas*. Aunque la nueva edición reproduce exactamente la de 1901, como ésta fue reducida y escasa y estaba agotada hacía mucho tiempo, puede decirse que la actual extiende de un pequeño círculo de iniciados a mayor público aquellas cortas y suavísimas poesías de tan insinuante dulzura y tan rico timbre. En ellas, el alma del que fue por largos años hosco

y ceñudo combatiente, se serena y entona una blanda melodía regida por los más tiernos y alados sentimientos. Diríase el encanto aquietador del crepúsculo, el milagro inefable de la paz vespertina. En esta feliz ocasión de releer los primorosos versos de González Prada nada turbaría el gozo de sus admiradores literarios si no fuera que al dorso de la edición aparece proclamado con libros tan legítimamente célebres como *Páginas Libres*, *Minúsculas* y aun *Horas de Lucha*, el triste cuaderno chocarrero denominado *Presbiteranas*, en todo indigno de su pluma egregia e impreso por desventura el año último.

Se anuncian próximos a publicarse varios tomos de versos de poetas jóvenes, en número que con ser muy grande, quizá excede ya a lo que conviene para el porvenir patrio y para evitar el peligro de la mediocridad. Pero el único libro nuevo de poesías que ha aparecido el cual constituye el acontecimiento literario de la semana y dista mucho de merecer ciertamente calificación de mediocre, es el de Enrique Bustamante y Ballivián, titulado *Elogios, poemas paganos y místicos*. En las primeras páginas, a modo de dedicatoria, resalta esta impertinencia, endilgada a los lectores: "A la avaricia de los mercaderes y a la estrechez espiritual de los hombres prácticos, ofrezco estas medallas que soñé forjar al temple de las almas y con los perfiles armónicos de la vida. Arrojo a los cerdos este ramo de rosas". Ocurre preguntar: si tanto desprecia de antemano al público, ¿para qué se ha dado el trabajo de hacer imprimir y poner en venta su libro? Si el objeto ha sido producir efecto, lo consigue en mucho, porque se principia a hojear el volumen con reverencia y acatamiento, en espera de las inauditas exquisiteces y recónditas complicaciones sentimentales que ha de expresar quien se reputa ser tan excepcional y peregrino. Más a poco la expectativa se modera y la sorpresa se disipa. El tomito, que tiene composiciones muy estimables, algunas

lindamente versificadas con efectivas elegancias de gusto, a pesar de una que otra leve incorrección de dicción o de ritmo que pueden pasar por franquicias en el modernismo libérrimo, no presenta nada singularísimo y maravilloso; es una colección de versos preciosistas, en que aparecen en primer término las influencias de Rubén Darío y Valle Inclán; y a través del *marqués de Bradomín* de éste, el influjo inmediato del *dandysmo* que se da tono con aires de impasibilidad diabólica y frío libertinaje, y que es tan común afectación en la literatura contemporánea. Estamos ya curados de sustos a este respecto; y cuando por tal camino se pretende asombrar, debe recordarse que hace más de sesenta años que se escribieron las *Flores del Mal*, y que una infinidad de discípulos e imitadores se han empeñado en extremar y abultar las tendencias artísticas de Baudelaire. Abundan en los versos de Bustamante los favoritos epítetos del modernismo sudamericano: hermético, ambiguo, iconoclasta, etc., y la mayor parte del libro se dedica a cantar la lujuria, de una manera cerebral, violenta y sistemática, que parece calculada y artificiosa y no se aviene mucho con la juventud. En este poeta el amor no se manifiesta sino en su forma de simple apetito, no se eleva de la esfera de los sentidos, de él está ausente casi siempre la íntima emoción del alma, y la tristeza no asoma sino como la fatiga de la carne. Es una concepción amarga y bastante estrecha del amor, meramente físico, voluptuoso y cruel, verdaderamente oriental, despojado de las delicadezas y primores con que la civilización cristiana lo ha sublimado y enriquecido. Quizá por eso toma de preferencia sus símiles y recuerdos de los países de Oriente; y habla de Aladino, los Zegries, los tules de Bagdad, el bizantinismo y las princesas de las hordas húngaras. Quien así dice sentir no debe extrañarse de que no sólo fariseos, sino cuantos reflexionen un tanto sobre el fondo de los asuntos, se asombren de que

proclame como maestro suyo en amor nada menos que a Cristo; y se interroguen qué pueden significar y qué contenido pueden tener, junto a esas disposiciones de ánimo que se enlazan siempre con el egoísmo y el epicureísmo, los ideales invocados vagamente en los elogios *A la Raza* y *A Don Quijote*. Pero sobre todo esto, que al cabo no es sino afectación de imitador y principiante, hay que alabar en justicia los méritos de los elegantes versos, que prometen un excelente y finísimo artista, el cual será digno de toda simpatía y aplauso cuando abandone ciertas poses con frecuencia contraproducentes y algo anticuadas.

En el terreno de la historia nacional, deben recordarse la deplorable muerte del doctor Patrón y el regreso a la patria, tras larga ausencia, del apreciable erudito don Manuel González de la Rosa, anciano y enfermo. El estudioso coleccionista e investigador don Jorge Corbacho, no ha podido concluir la reunión de documentos sobre la influencia de San Martín y la Argentina en la independencia peruana, que nuestro gobierno le encargó para las fiestas del centenario en Buenos Aires, pero prometiéndose dar fin a su tarea del año entrante, ha ensanchado, como era de esperar la obra, comenzando por esclarecer detenidamente las primeras insurrecciones separatistas del Perú, en que tanta parte tuvieron la propaganda y la propicia aproximación de los ejércitos platenses de Castelli y Rondeau. Para celebrar dignamente el centenario de la sublevación de Zela en Tacna, se ha formado en Lima un comité encargado de preparar y dirigir un concurso histórico acerca de ese hecho memorable. Continúa publicándose la *Revista Histórica*, aunque con algún retraso. En la *Revista Universitaria* se comienzan a insertar trabajos especiales de crítica histórica, como los de don Guinaldo Vásquez y don Luis Antonio Eguiguren, que son indicios de alguna reanimación en las indagaciones de nuestro pa-

sado. En el Cuzco la revista *La Sierra*, órgano de la Asociación Universitaria de esa ciudad, publica algunos estudios de igual índole.

En la Universidad de Lima, a más del vigoroso curso de apertura debido al doctor Oliveira, son de apreciar algunas tesis presentadas en las distintas Facultades. No las enumeraré por no alargar todavía más esta reseña, pero me detendré en una, la del alumno Carlos Enrique Paz Soldán para el bachillerato de Medicina, rotulada *La medicina militar y los problemas nacionales*, porque es muy significativa de las saludables opiniones que en la juventud ha infundido la movilización del mes de mayo. Paz Soldán, que confiesa que antes negaba la posibilidad de regeneración para el estudio (obligada base de nuestra nacionalidad), cree en ella ahora, después de la personal observación en los campamentos, mediante la militarización intensa y en vasta escala y reconoce y declara, la necesidad para todas las clases sociales de las virtudes que engendran el servicio militar. Si estas ideas se han generalizado, como me parecen, si aquellos meses de agitación bélica y vehemencia patriótica, malogrados en otros respectos, por lo menos han robustecido en la mente y el corazón de los jóvenes más distinguidos e inteligentes el nacionalismo viril y eficaz, el ideal colectivo, la confianza en la reparación futura; si a pesar de las decepciones generales se ha fortificado y avivado en ellos la salvadora esperanza en un porvenir mejor, y el anhelo ardiente de una patria grande, fuerte y respetada, no habrá sido inútil ni infecundo el sombrío año que hoy termina.



X I I

INFLUENCIAS IMITATIVAS EN LA MODERNA  
LITERATURA PERUANA

En *El Comercio de Lima*, del 28 de julio de 1911, pp. 21, 22 y 23, se publicó este artículo con la indicación de que había sido escrito por Riva-Agüero en enero de 1911, para la "Enciclopedia Universal" que se editaba en Londres. Aparece también al comienzo de T. XXV, dedicado al Perú, de la Biblioteca Universal de Obras Famosas, Madrid?, Sociedad Internacional, 1911?, pp. 12345-12352.

**L**A generación inmediatamente posterior a la guerra que puede llamarse con propiedad la penúltima generación de nuestra historia literaria se educó en el culto de los grandes románticos franceses y de los escritores españoles de la época de la Restauración. Así como la enseñanza de la filosofía se inspiraba aún hacia 1885 en los postreros representantes del espiritualismo de Cousin, en el krausismo y en Balmes, así en literatura los ídolos políticos eran Víctor Hugo, Núñez de Arce, Campoamor y el argentino Olegario Andrade. Admiraciones literarias de las que hoy unas nos dejan bastantes fríos y otras nos hacen sonreír, sin reparar en que con mayor razón, igual efecto producirán las contemporáneas dentro de veinte años. Es fatal y triste ley de la historia que los hijos desdénen lo que maravilló a los padres. Las modas recientemente pasadas, las afectaciones últimamente abandonadas, desagradan a la vez por gastadas y por próximas, su cercanía en el tiempo obliga a que subsista el sentimiento de

saciedad que las destronó, las hace aparecer vulgares y las priva del prestigioso encanto del arcaísmo. No hay situación más desfavorable para la justa apreciación crítica que la de las novedades de la antevíspera y la víspera.

Novedades de la víspera y bien trasnochadas, merecen ahora en verdad llamarse las corrientes que hacia 1890 substituyeron gradualmente entre nosotros a las antes enunciadas: en filosofía Spencer y Foullée, en literatura el naturalismo zolesco. Las incorrectas y pesadas pero vigorosas novelas de la señora Cabello de Carbonera, y los cuentos y artículos de Aurelio Arnao, son clarísimas muestras de imitación directa de Zola. El parnasianismo no trascendió en forma apreciable a estos países; y en el Perú sólo puede advertirse su huella en la solidez refulgente de la prosa de González Prada, el cual pertenece a una generación muy anterior a la que aquí me ocupan.

En los primeros libros y poemas de José Santos Chocano está patente la influencia avasalladora de Víctor Hugo. Quizá se agregaron a ella la de Olegario Andrade y la de la primera manera de Salvador Díaz Mirón; reflejos ambas a su vez de la del excelso vate de Francia cuyos procedimientos, abultados y extremados, dominan totalmente en las obras de juventud de nuestro célebre poeta nacional. Pero el huguismo de Chocano no es mera imitación y copia; es en mucho, en máxima parte, semejanza de temperamento. Su poderosísima y sanguínea fantasía, su opulencia verbal, su desenfreno metafórico, su afán de resonancias declamatorias y finales estruendosos, son en él espontáneos, orgánicos; y por ésta su naturaleza poética, aun prescindiendo de toda imitación deliberada, es hermano menor de Víctor Hugo, y dentro del solar castellano tiene ilustre e indiscutible alcuernia en Quintana, Góngora y Herrera. ¿Cómo ha surgido de improviso este impetuoso y desbordado caudal de poesía en la literatura peruana, que con Felipe Pardo y Ricardo Palma no expre-

saba sino las gracias del ingenio festivo y la fina zumba? Chocano es la viva antítesis de lo que debe entenderse por "limeñismo" en literatura: de aquel espíritu templado y equilibrado, burlón y ágil, de juguetona risa y blanda ironía. Diríase que cada una de las tres regiones del Perú aspira a tener su respectiva personificación literaria: y que Chocano es la encarnación política, no de la vegetación moderada y la sombría elegancia del paisaje en los oasis costeños, ni de la melancólica austeridad nevada y calva de las serranías andinas, sino de la pompa y exuberancia de la Montaña. A ella le ha dedicado en efecto el más sincero y personal de sus poemas tal vez, "El Derrumbe" que por lo laberíntico y enmarañado compite con la espesura de las selvas que describe; y es el verdadero clima de su alma esa riquísima tierra, última esperanza de engrandecimiento y compensación para nuestra patria, zona de prodigios, desenfrenada y ardiente, de aromas y venenos, de gigantescos bosques superpuestos de inmensos y lodosos ríos hirvientes y oceánicos, y en que la Naturaleza se descubre en constante orgía creadora y en delirio de grandezas. Ciertamente es todo esto; pero reflexionado atentamente, ¿No será cosa de preguntarse si la inspiración de Chocano con sus caracteres de lujo retórico y perpetuo énfasis, no manifiesta adecuada y cabalmente íntimas tendencias del espíritu peruano y hasta limeño? No queda éste descrito en su totalidad cuando se han apuntado los rasgos de buen humor satírico y epigramática donosura del histórico limeñismo: algo y mucho más hay en él, aun en la misma Lima, que no cabe en tan somera fórmula. Es innegable que en él existe una decidida inclinación a la brillantez excesiva y teatral, a lo recargado y declamatorio, la que se encuentra a menudo en comarcas de suelo más descarnado y líneas más simples todavía que nuestra costa como lo son por ejemplo Castilla, Sicilia y Provenza. El criollo peruano es efectista é

hinchado, es meridional por excelencia, pues es tropical; y de continuo recuerda que por la mayor parte descende de españoles del sur, de andaluces. Lima fue por dos siglos el centro del gongorismo más fervoroso y extremado de América; y el boato y empaque castellanos vienen bien en la capital del antiguo virreinato del Perú.

En su evolución posterior, Chocano, sin contrariar ni debilitar estas ingénitas condiciones suyas, ha ampliado su cultura en diversos viajes por América y Europa, ensanchado el campo de sus inspiraciones y modelos é introducido alguna claridad y concierto en su ciclópea y caótica vena. Ha enriquecido también sus combinaciones métricas, reducidas a las estrofas regulares y a una fragorosa silva casi idéntica a la tradicional quintanesca. Se ha acostumbrado a emplear con desenfado y perfecto dominio los vagos ritmos y los versos libres modernistas, los alejandrinos pareados y los tercetos monorrimos. Alguna vez ha seguido muy de cerca a José Asunción Silva. Pero quien con más decisión y constancia ha influído sobre él, como sobre la generalidad de los modernos poetas de lengua castellana, ha sido Rubén Darío. Por mucho que los altísimos méritos de Rubén Darío justifiquen su extensa influencia, y por mucho que en el presente caso hayan contribuído en algo a depurar y suavizar la torrencial musa de Chocano, no parece que en éste pueda pasar su imitación de lo más externo y material de los procedimientos porque no es imaginable mayor contraste y antagonismo que el que hay entre los sustancial de las personalidades de los dos poetas dichos. El insigne centro americano se caracteriza por una exquisita finura, por sabio y mimoso refinamiento, que a fuerza de tal, llega en ocasiones a producir los más variados efectos, hasta la deliberada extravagancia y lo que es más, hasta la apariencia de la ingenuidad. El peruano es esencialmente una desmandada energía, un ímpetu ensordecedor

de catarata, que a veces llega a los mayores excesos de retórica grandilocuente, a la más vacía altisonancia y a veces a una deslumbradora contemplación naturalista y panteísta del universo digna de un iluminado ó de un primitivo. El arte del primero tiene el aspecto de una deliciosa gracilidad femenina; el del segundo, la recia contextura y los abultados músculos de un gladiador.

De 1895 a 1900, mientras en la poesía Chocano imponía a la admiración del público literario un "Victorhuiguismo" exasperado y como frenético, y mientras Carlos G. Amézaga, abandonando el bronco é intemperante romanticismo de su juventud, encerraba en escasas composiciones líricas una original mezcla de elevada reflexión filosófica y de trivialidades realistas, en la prosa política y oratoria, en la tribuna parlamentaria, con marcada preocupación retórica el Dr. H. Cornejo, introductor de la Sociología en el Perú, seguía siendo en sus discursos fiel discípulo de Castelar, por el fraseo y el corte del período.

Poco a poco, se insinuaban tendencias más recientes. Clemente Palma, en su tesis doctoral de Letras, trataba con delectación del decadentismo y del diabolismo de Huymans, y en sus *Cuentos malévolos* obedecía a las impulsiones del exotismo y seguía la senda de Edgard Allan Poe, tan distinta de la harto trillada del periodismo político en que, para desdicha de su vigorosa imaginación y muy personal talento artístico, se ha empeñado después. Los versos de José Fianzón, aunque pocos y deficientes, son de notar como primeros testimonios de la introducción de las modas francesas modernistas y simbolistas. En las novelas cortas, cuentos y artículos de la elegante pluma de Enrique A. Carrillo, se reúnen el casticismo y la distinción mundana de Don Juan Valera con el brillo y el primor de los escritores de Francia; y en sus poesías, que por desgracia son escasas en número y casi desconocidas traduce e imita, con buen éxito, a Albert Samain y Francis Jammes,

entre otros. El más castizo y netamente español de los escritores políticos es sin duda alguna, José María de la Jara, cuya prosa espontánea y fluída, sin afectación de arcaísmo ya seria y vehemente, ya burlona, tiene legítimo abolengo castellano, hasta por no ceñir muy de cerca las ideas, sino envolverlas, como en pliegues de airosa capa, en flexibles y rozagantes frases. En el terreno de la crítica, el más notable escritor joven del Perú, Francisco García Calderón, se inició bajo la doble influencia preponderante de las obras de Menéndez Pelayo y de Rodó. Ahora su individualidad, fecundada día a día por prodigiosa cultura y estudio incesante en el gran centro de París, se destaca cada vez más con poderoso y ya inconfundible relieve.

En José Gálvez, el primero y mejor de los poetas del grupo juvenil coexisten y se alternan dos maneras; la imitación bastante moderada de Chocano quien como es natural ha impreso hondo sello en la mayoría de los nuevos cantores, y la dulzura sentimental, la tierna y suspirante elegía en que lo inició la lectura de Juan Jiménez, pero que está adquiriendo en él acentos y matices propios. Igual suavidad y melancolía musical se encuentran en las reducidas composiciones que "Juan del Carpio" ha consentido en entregar al público. Después de éstos debe mencionarse a Luis Fernán Cisneros, que desde hace tiempo descuida por el periodismo la poesía; al malogrado José E. Lora, señaladamente "rubendariano" en las cortas rimas que su breve y agitada vida le permitió escribir; y por fin, a Enrique Bustamante, a Julio A. Hernández, a Federico Moore y a Alberto J. Ureta, que son esperanzas más o menos abonadas por algunos versos fáciles. La más fundada hasta hoy es la de Enrique Bustamante, alumno entusiasta de Baudelaire, Juan Lorrain, Francis Jammes, Valle Inclán, Rubén Darío, y quizá Oscar Wilde; y en quien a trechos se halla alguna vaga reminiscencia de Verlaine, como en

este terceto que recuerda lejanamente los dos últimos de "Mon réve familier" en los "Poemas saturninos":

*En toda tu silueta vive el encanto triste  
de las amadas ideas cuyo recuerdo viste  
de lilas y tristeza nuestras vidas saudosas.*

No obstante, Verlaine —nieto bastardo, plebeyo y encanallado pero reconocible y encantador todavía, del aristócrata y seráfico Lamartine— es muy poco leído; y el colosal belga Verhaeren es totalmente ignorado. Los principiantes se contentan por lo general con acudir a los nuevos poetas españoles como Villaespesa, imitadores a la vez de los franceses. Puesto que han de seguir las inspiraciones de la última hora, convendría a lo menos que se dirigieran a beberlas en los maestros e inventores, y no en los copistas y reflejos.

En la prosa no ha sido tanta, como podría suponerse la influencia francesa. La del seductor Barrés y la de los críticos serios y sólidos como Brunetiére, Faguet y Doumic, no rebasa de un reducidísimo grupo. Las literaturas septentrionales, rusa y escandinava, que un tiempo estuvieron en boga universal y tan grande, no llegaron al Perú. No recuerdo en este momento sino un eco incierto y débil de "Los espectros" ibsenianos: el ensayo dramático "La ronda de los muertos" de Manuel Bedoya. El mismo Bedoya cuyos versos modernistas me parecen fríamente extravagantes, promete ser sin embargo, andando el tiempo, un novelista de nervio y robusto realismo.

La literatura inglesa es muy poco leída y gustada. De las dos literaturas latinas que más afinidad tienen con la castellana, es decir, la portuguesa y la italiana, la primera, que pinta un medio social tan parecido al peruano por su pequeña extensión, sus cualidades y vicios, es parcialmente conocida merced a la traducción de las novelas del

admirable Eca de Queiroz; pero no despiertan resonancia alguna nombres tan ilustres como los de Castello Branco, Anthero de Quental y Guerra Junqueiro. La literatura brasileña es para nosotros tierra ignota, aun cuando en mucho puede contribuir a romper la absoluta incomunicación presente la bilingüe "Revista Americana" que se publica desde hace poco tiempo en Río Janeiro. De la literatura italiana, Gabriel D'Annunzio es verdaderamente el único autor cuya fama se ha impuesto y cuyas principales novelas se han difundido mediante las traducciones de la casa editorial Maucci; pero el arte espléndido y deslumbrador de este mago italiano no ha ejercido en la juventud peruana toda la influencia que hubiera podido presumirse. No son muchos sus discípulos fervorosos. Solamente Ventura García Calderón, digno hermano de Francisco (lo que no es pequeño elogio), combina a menudo en elegantísimas páginas el ritmo ágil y vibrante de los "croniqueurs" parisienses en las lujosas sonoridades danuncianas y Raimundo Morales en sus cuentos intenta reproducir la cadencia y la construcción exterior de las frases del egregio estilista de *El Placer* y *El Fuego*. Quien entre los peruanos podría aspirar a la imitación de él con fortuna y provecho es Felipe Sassone, que lo ha conocido y tratado íntimamente y cuya sangre de italiano meridional y cuya desbordada sensualidad, ya amarga, ya exultante, se avienen y consueñan con la organización literaria del hijo celeberrimo de los Abruzos. Pero Sassone, residente ahora en Madrid, ha cedido a la sugestión de modelos para él más próximos; se ha iniciado en el teatro bajo los auspicios de Benavente; y prosigue su labor de novelista amoldándose en algo al tipo de Valle Inclán, pero sin abandonar todavía en los temas y la ejecución una crudeza pornográfica que recuerda a Felipe Trigo, y a los antiguos naturalistas. Del gran poeta Giosué Carducci, casi nadie en Lima ha oído hablar, ni menos habrá

quien de él haya leído cosa alguna, buena falta hace, sin embargo, que sobre tantas novedades peligrosas y frívolas, se escuche una potente, sobria y clásica voz como la del que fue el cantor histórico y patriótico de la Italia regenerada.

Del choque o de la mezcla de las diversas influencias literarias que he procurado enumerar concisamente ¿resultará en el Perú una jugosa y cierta originalidad? Muy dudoso sería afirmarlo, muy inseguro predecirlo. Las condiciones del país son adversas a un considerable conocimiento artístico. Por otra parte la misma multiplicidad de corrientes y tipos de imitación, en vez de favorecer y fecundar personalidades consistentes y autónomas, suele en entendimientos juveniles e inadecuados producir la dispersión, la indecisión y la incoherencia. Es urgente una atinada selección de modelos, una dirección, una disciplina en fin, si es que queremos que nuestra literatura no se reduzca a un simple juego, a un pueril remedo, fuera de alguna que otra excepción individual. Faltan en la generalidad de nuestros literatos principiantes, no sólo método y cultura, sino también (lo que es mucho más grave) seriedad, sinceridad de emoción y verdadero ideal. Resalta en muchos de los nuevos un "dilettantismo" de hojarasca en los asuntos y su desempeño y un libertinaje cínico en el sentimiento del amor, que son de pésimo agüero para el porvenir moral del país. Un cosmopolitismo inconulto ó ridículo y una predominante consideración estética, las más veces superficial, ahogan o eclipsan las aspiraciones religiosas éticas y nacionales. Ojalá sea todo esto mera afectación juvenil! Mucho hablan nuestros jóvenes literatos del ideal, pero en vago y en abstracto solamente; y escasísimos son los reflejos de él que en sus escritos pueden encontrarse y no deja de ser harto significativo y triste que en un país como el nuestro, que debería estar

henchido de anhelos colectivos, la cuerda de la poesía patriótica, desde la estrepitosa y confusa "Épopeya del Morro" de Chocano, no haya vuelto a resonar en ninguna composición de aliento e importancia.

XIII

EXOTICAS, DE MANUEL GONZALEZ PRADA

*Rescensión bibliográfica aparecida en La Revista de América. París, Año I, N<sup>o</sup> 1, jun-ago., 1912, y en Bañerios, N<sup>o</sup> 94, Barranco, 28 de Julio de 1912, p. 2. El desbordante entusiasmo por los ideales clásicos paganos y las reservas que Riva-Agüero pone a la moral cristiana en este artículo se explican por la fecha de su redacción.*

EL libro de versos más digno de atención que se ha producido en 1911 en la literatura es, a no dudarlo, el cuaderno intitulado *Exóticas*, de Don Manuel González Prada. Afirmación tan evidente no envuelve ni por asomo indiferencia o desdén para con algunas otras colecciones poéticas, obras apreciables de autores relativamente jóvenes, como *Rumor de Almas*, de Alberto Ureta, y *Versos a Iris*, de Adán Espinosa, quienes serán los primeros en reconocer la primacía y eminencia del maestro. Gran distancia media, por cierto, entre ensayos felices, pero ensayos y preludios al cabo, y los refinamientos y primores de prosodia en que se complace la pericia métrica de la experta lira de Prada. Porque, mucho más que libre esparcimiento de la fantasía y expresión espontánea de sentimientos íntimos, *Exóticas* quiere ser, en el propósito de su autor, un cuidado ejercicio de técnica, la comprobación de un bien meditado y estricto sistema rítmico en la versificación castellana, aplicable también a la prosa elevada y artística. Apreciador ferviente de Sinibal-

do de Mas, aunque se aparte de él en bastantes particularidades, Prada continúa la innovadora labor de combinaciones de métrica a que se dedicó este benemérito y no suficientemente celebrado poeta español. Concede, como es natural en nuestro idioma, mucha mayor importancia al acento que a la rima, y más de la mitad de sus composiciones carecen de ésta. A nadie ha de ocurrírsele ciertamente negar la legitimidad de prescindir de la rima en castellano (lo mismo que en italiano y portugués). Abonada está esa prescindencia desde muy antiguo con la excelencia reconocida del verso suelto, y en lo moderno con los exámetros de Rubén Darío y con los propios ritmos de Prada en el volumen de que trato, tan musicales algunos como el de la poesía denominada *En las Alturas*, tan aproximados otros a tipos clásicos como en *La Primavera*, por la reproducción de los elementos acentuales que ya existían, aunque secundarios, en la versificación latina. Pero aplaudiendo estas generosas tentativas, análogas con frecuencia a las célebres de Carducci, querríamos a Prada, en esto como en todo, menos intransigente y exclusivo, y a la vez con más consecuencia en el fondo, porque quien ha rimado con tanta delicadeza en *Minúsculas* (mucho más todavía que en la primera parte de estas *Exóticas*, en la que sigue el sistema de consonantes y asonantes), no debería llamar a la rima *pueril cascabel y vestidura de gótica barbarie*, como lo hace; y quien deplora lo monótono y pobre de la poesía castellana, no debería excomulgar tan cerradamente a los imitadores del novísimo versolibrismo en nombre de la índole de nuestra lengua. No parece tan definitivo aquello de que repugne esencialmente al genio del idioma el ritmo vago y sin la inflexible regularidad de acentos; y aun puede que le convenga cultivarlo con esmero, para combatir el exceso de tiesura y empaque, la falta de flexibilidad y matices, de que tanto se acusa al castellano y a

que no es de dudar que propende. Una inspiración lírica de vaguedad ondulante, delicadeza y claroscuro, que hasta el presente ha sido escasa en la gente española, necesita a menudo libertarse de las trabas de la rígida fijeza en la acentuación, harto más pesadas que las de la rima, y por eso es lícito que el poeta se exima de una, si conserva la otra. No faltan en la antigua literatura castellana precedentes de versos con disonancias en número mucho mayor que el admitido por Prada en sus polirritmos, y aun de verdaderos versos indefinidos como son los del *Poema del Cid*, que él mismo cita al respecto en su nota final, y de simildesinencias y similicadencias en los pasajes de aparato de las novelas medioevales y de caballerías, que a rato parecen oscilar entre el verso y la prosa. Fenómeno igual ofrecían, en opinión de Pidal y Alcalá Galiano, no ya solamente los cantares de gesta, sino los mismos romances primitivos que en ellos se absorbieron o que de ellos brotaron. Con todo lo cual y con los autorizados ejemplos contemporáneos de Rubén Darío, Valle Inclán y el atinado traductor Díez Canedo (que suelen intercalar en sus composiciones disonancias y líneas amargas), queda muy en tela de juicio la invencible repugnancia que Prada declara en el castellano para con el versolibrismo moderno ó poesía en números solutos, como la habrían llamado antiguamente.

Pero dejemos ya estos asuntos prosódicos para considerar el contenido emocional del libro. Aunque por la preferencia concedida en él a la factura y lo breve de las composiciones no es, dicho contenido, tan rico y delicado como pudo ser; no obstante, ideas y sentimientos de González Prada, por ser suyos no son nunca de olvidar, y tanto más cuanto que las ideas expresadas en el presente libro parecen ser hoy sus habituales y predilectas, pues le ocurren de pronto y casi involuntariamente como tema de sus estudios de virtuosidad métrica.

Hay veces en que el afán de fuerza y energía en el estilo degenera en mal gusto y hasta rudeza: así en *La divina pobre*, *El invierno* y los detestables polirritmos *Tour du propriétaire* y *Leyendo estoy a Kant*, mas encuentro estrofas hechiceras, de un suspirado y aéreo encanto, en los *cuartetos persas* y *las osiánicas*. La inspiración dominante es el entusiasta panegírico del paganismo heleno y la condenación sañuda del ascetismo cristiano. Desde la *Prelusión*, que abre el volumen y que es un sonoro romance endecasílabo, proclama el poeta con triunfante júbilo esta apoteosis de Grecia, contrapuesta a la noche del horror cristiano, a los grotescos dioses y al indebido pedestal del santo, y aunque allí habla dignamente de las glorias artísticas y científicas del mundo clásico, lo que más le atrae en el paganismo, lo que en casi todas las composiciones del tomo celebra de la existencia helénica, el mérito principal que le halla, es la glorificación del cuerpo y los placeres materiales, la licitud de todas las satisfacciones sensibles, y, en una palabra, la ausencia o la debilidad extrema del vínculo moral. Al leer las poesías de Prada se descubre que tiene a las hetairas por la más acabada personificación de Grecia.

Este concepto simplemente epicúreo del paganismo —perdónenos nuestro admirado compatriota si llega a sus ojos el presente artículo— nos parece muy incompleto y vulgar. Protestarían indignados contra él los mejores hijos de la civilización griega, desde los primeros: Esquilo, Sócrates, Platón y Demóstenes, hasta los últimos y quizá por eso los más nobles y atrayentes: el estoico Epiteto y los emperadores filósofos Marco Aurelio y Juliano. La historia de Grecia contiene algo más que bacanales y la de Roma, su continuación, encierra innumerables ejemplos elevadísimos antitéticos de los desenfrenos de la mala época. Olvidarlos es dar muy de vara o razón a las detracciones de los primeros cristianos. No fueron dioses únicos

del paganismo Venus y Baco; no fueron siquiera los principales; al lado y por encima de ellos eran venerados Marte el guerrero, Diana la casta, Júpiter el omnipotente, y Apolo y Minerva, encarnaciones de la sabiduría y la templanza. En el Mundo Antiguo, la belleza se hermanó con la fuerza, como el mármol con la piedra y el bronce; y la fuerza es siempre en lo íntimo raíz de moralidad, porque de ella arrancan la disciplina y el heroísmo. Grecia no fue sólo un pueblo de voluptuosos inteligentes; no ocuparía sitio tan privilegiado en los recuerdos humanos si no hubiere sido más que eso. En ella Píndaro representa más que Anacreonte, Tucídides y Eurípides más que Meleagro y Longo, y los vates homéricos mucho más que los risueños epigramatistas de la Antología. Atenas no tuvo ciertamente la austeridad lacedemonia, pero tampoco fue la tierra clásica del regalo y la molicie: cuando las guerras médicas, se distinguió entre las ciudades jónicas por la moderación de sus costumbres y conservó largo tiempo una exacta medida entre la severidad dórica y la blanda licencia de los griegos asiáticos, la cual se refleja en la sobriedad del aticismo. Recordemos, por fin, que Síbaris mereció general desprecio; y que a la gran mayoría de los Helenos, inspiró admiración perenne la maravilla monástica de Esparta.

No hay sociedad humana que viva, dure y prospere sin regulación y freno en las costumbres y sin ideales de moralidad. La Antigüedad no careció de ellos; y son ostensibles dos morales clásicas, más intensa la una, más amplia y generosa la otra, pero enemigas ambas a la par de los excesos que el vulgo reputa esenciales en el paganismo. Fue la primera y más eficaz, la moral patriótica y cívica, el culto de la ciudad natal, la doctrina agonística y aristocrática de la dominación y la conquista, que impone el sacrificio del individuo en todas las formas, que exige obediencia y gravedad en los ciudadanos, sencillez y pu-

dor en las familias, fidelidad y recato en las mujeres, condiciones esenciales de engrandecimiento perdurables en los Estados. Esa fue la moral heroica, inspiradora de las leyes de Licurgo, que se respira en las *Vidas* de Plutarco, y que permitió a los ceñudos patricios y a los férreos legionarios subyugar el orbe. El segundo principio de moralidad de mayor alcance filosófico y humano, fue la *sofrosine* (concepto capital sin el que son indescifrables la vida y el arte griego); la *sofrosine*, que es moderación, continencia, serenidad, sosiego, que sujeta todo impulso desbordado, reprime y pone a raya los apetitos animales, y establece sobre la domeñada concupiscencia el trono de la razón. Esta es la moral de los grandes trágicos, la que enseñó en sus *Diálogos* Platón, la *catarsis* de Aristóteles, conjuntamente ética y estética; y la que, andando los tiempos y en la sucesión de las escuelas, se convirtió en el quietismo epicúreo (tan distinto del bajo y trivial sentido que comunmente le damos), en la *alaraxia* y en el ideal abstinerente del Pórtico, y produjo, dentro del estoicismo y del neoplatonismo alejandrino, verdaderos santos, en muy poco semejantes de aquellos cristianos cuyos pedestales quiere derribar Prada.

Atendiendo a las dos morales dichas, a la patriótica y la filosófica, podría sostenerse la superioridad del paganismo sobre el cristianismo. Con respecto de la primera lo insinuó alguna vez Maquiavelo y respecto de la segunda Taine; pero no cabe comparación decorosa si se reduce el mundo pagano a una saturnal libertina. Y a eso viene a reducirlo González Prada, pues rechaza sin duda la ética filosófica, por su afinidad con el ascetismo, y más todavía la guerrera y propiamente vital (análoga a la de Nietzsche sin su inconveniente individualismo), que abomina de la energía conquistadora y la expansión imperatoria:

*Cansado estoy de crímenes y sangre  
De mirar en el hombre y en la bestia,  
La inmolación salvaje del vencido,  
La victoria del mal y de la fuerza.*

Y en otra parte nos dice:

*No haya fronteras; y en pueblos sin leyes, altares  
ni tronos  
Sean los hombres amigos y hermanos.  
Pueblos del mundo romped las espadas, rasgad  
las banderas;  
Cesen rencores de tribus y razas.  
¡Lancen los pechos el himno glorioso de paz y  
concordia!  
¡Caiga la lluvia de flores y abrazos!*

Como este anhelo de paz, tranquilidad y descanso habría de trascender forzosamente al campo económico y aun al intelectual, no se ve cuáles podrían ser las magnas luchas que en la poesía *Contra el dolor* celebra y exalta.

Para constituirse en adversario radical y consecuente del cristianismo, es menester, según Nietzsche lo hizo, aceptar y venerar la fuerza externa. La voluntad en el hombre no se satisface sino con el dominio exterior, o con el dominio y disciplina de sí propio, que culmina en el ascetismo. Proscritas dos finalidades, ¿qué le resta al ser humano, decaído y relajado, sino olvidar toda alta mira y ahogar tristemente la sed del ideal en el turbio légamo de los goces inferiores? Entonces se canta, en son que es en el fondo más amargo que la imprecación furiosa o la queja desolada:

*Rastros de los cisnes en el agua,  
Sombra de las nubes en el césped  
Son las ilusiones de la vida.*

*Goza la mañana de tu día.  
Rosas de placeres y de amores  
Nunca florecieron en la tarde.*

.....  
*Tal vez el summun de la ciencia humana  
Es agotar la miel de los placeres.*

Lo curioso del caso es que el que tal dice ha sido y continúa siendo por felicidad, viviente desmentido de sus doctrinas. El respetabilísimo D. Manuel González Prada, que desde hace años ha penetrado en las fronteras de la ancianidad, y luce limpias y hermosas canas, ha vivido siempre vida morigerada y de gran compostura, muy ajena a los excesos que preconiza teóricamente; ha formado un hogar venerable, espejo de todas las virtudes; y lleva la existencia familiar más ejemplar y fiel, apacible y tranquila. En lo público, bien conocida es su firme actitud de varonil independencia, franqueza meritísima e intransigencia inexorable y catoniana. Ha preferido el aislamiento, la ruda y solitaria protesta, la polémica amarga, el batallar sin tregua ni esperanza, a la más ligera transacción. Su obra escrita en lo político y religioso, a pesar de funestas extremosidades radicales y de frenético anticlericalismo, puede en un eminente sentido considerarse como benéfica moralmente, porque ha sido obra de sinceridad energía y desinteresado ardor. Dechado de libertad selvática, de pureza indiscutible, de altivez desdeñosa y fulminadora, se nos ha aparecido González Prada aquí como un santo ateo, equivalente en nuestros días y nuestro medio a aquellos hombres de Dios, rígidos y sombríos, que sólo bajaban de sus desiertas montañas para tronar contra las prevaricaciones de los príncipes y las supersticiones y vicios de los pueblos. ¿Qué perfida tentación, qué soplo de desaliento y cansancio es éste que así le hace deponer las sagradas vestiduras proféticas de Isaías, y repetir los